



Verano del 36

Sonia Lasa



San Sebastián 1981.

Amaia estudia Periodismo y, por sugerencia de su profesor de Historia, debe ampliar el trabajo que está realizando acerca de la Guerra Civil. Este hecho marcará el comienzo de un de un viaje, en el que la acompañaremos, a través del testimonio de quienes vivieron sus consecuencias en primera persona. Gracias al empeño de Amaia por saber de lo que todos callan, nos sumergiremos en los días grises de la contienda. Ane, su abuela, tuvo que quedarse sola a cargo del caserío familiar y nunca antes había querido hablar sobre lo sucedido entonces, hasta que Amaia descubre una vieja fotografía donde aparece una misteriosa mujer, por lo que acabará desvelando su secreto mejor guardado, regalándole a su nieta una expresión de sí misma que desconocía hasta ese momento. El buen trabajo siempre se ve recompensado, y ninguna de estas dos mujeres fuertes y luchadoras volverá a ser la misma ahora que el pasado se ha hecho presente en sus vidas.

Sonia Lasa

Verano del 36



Título original: *Verano del 36*
Sonia Lasa, 2018
Diseño de cubierta: Juanma Samusenko
Revisión: 1.0

Revisión: 1.0

 25/01/2020

A todas ellas.

Rojas amazonas,
guerreras del frigio,
con el pecho en alto,
con el pecho erguido
y una boca grana
cual horno encendido,
en el que se cuece
el clamor de un grito.
Vosotras sois todas
flor de heroísmo,
dando en los momentos
de mayor peligro
valor al que lucha
frente al enemigo,
y la propia sangre
al que cayó herido.

LUIS DE TAPIA, «Mujeres».
La Libertad, 24 de julio de 1936

Agradecimientos

Quiero agradecer a mis editoras que hayan apostado nuevamente por una de mis historias. En los tiempos que corren vuestra labor es admirable. Gracias por vuestra entrega y dedicación.

También quiero darle las GRACIAS, así con mayúscula, a Mila Martínez por ese maravilloso prólogo que ha sido como la guinda del pastel. Eres una de mis escritoras favoritas y me siento muy afortunada de compartir letras contigo.

No puedo olvidarme de vosotr@s, lector@s: sin vosotr@s nada de esto tendría sentido. Os doy las gracias por leer y apoyar mis novelas y por todos esos mensajes que me hacéis llegar.

A ti cariño, que lees una y otra vez cada una de las palabras que escribo. Gracias por cogerme de la mano y acompañarme para que este sueño se haga realidad.

Prólogo

Verano del 36 es de esas novelas que deberíamos releer cada poco tiempo para evitar que nuestra Historia caiga en el olvido, puesto que es sabido que quien olvida sus errores está condenado a repetirlos.

Sonia Lasa ha hecho una apuesta arriesgada y valiente; una apuesta que, a buen seguro, la va a llevar a la victoria. Porque hay que ser muy audaz y comprometida para escribir un libro con vocación de preservar la memoria histórica. Y también lo suficientemente hábil como para que esa finalidad venga conjugada con sentimientos generadores de huracanes dentro del pecho. Puedo asegurar que ambas cosas se dan entre estas páginas.

La autora, apoyada en un magnífico trabajo de investigación, ha escrito una novela profundamente sangrante y feminista en la que se entrecruzan dos períodos temporales distintos, ambos definidos por su singularidad dentro del pasado de nuestro país, adoptando como marco un punto geográfico muy particular. Concretamente, la novela navega entre los años posteriores a la transición en España —el inicio de la década de los ochenta— y la guerra civil española, utilizando como escenario el País Vasco.

La recreación de ambos períodos históricos y locales es tan acertada que encontraremos referentes musicales, cinematográficos y gastronómicos junto a leyendas y tradiciones vascas que logran dar un sabor muy personal y entrañable al relato, transmitiendo la fuerza y el amor por la tierra.

La novela ahonda en temas profundos y delicados como el código deontológico en el periodismo y sus límites, reivindicaciones sociales y políticas como el derecho al aborto libre y el rechazo a la OTAN; temas ante los que la autora se posiciona en una clara defensa de las libertades.

En definitiva, *Verano del 36* logra que nos sumerjamos en el ambiente universitario de los ochenta, luchemos codo a codo para apoyar sus demandas, nos indignemos ante la injusticia y sintamos el desgarrar de los testimonios de las mujeres republicanas que, por mediación de Sonia Lasa, elevan su voz en estas páginas narrando en primera persona la barbarie sufrida durante la guerra, la posguerra y la dictadura.

Y, por encima de todo ello, deja su huella indeleble una dolorosa, sensual y emotiva historia de amor entre dos mujeres demostrando que, a pesar de las trabas de un contexto marcado por la violencia y la ignorancia, nada es imposible.

MILA MARTÍNEZ

1

Amaia

San Sebastián, otoño de 1981

Hacía horas que la capital guipuzcoana ya se había despertado. En sus calles se evidenciaba el habitual ajeteo mañanero y, como era de esperar, el sol tampoco visitaría ese día la ciudad. En un pequeño apartamento con vistas a la playa de La Zurriola, Amaia estaba apoyada en la ventana viendo cómo las olas terminaban su ciclo con furia, mientras que el perseverante sirimiri se empeñaba en calar las calles. Llevaba un rato levantada y acababa de preparar el desayuno. Lo había dispuesto todo en el salón, pero todavía no quería despertar a Natalia.

Se habían conocido en una manifestación por los derechos de la mujer hacía casi un año y, desde ese día, no habían vuelto a separarse. Ambas estudiaban; Amaia Periodismo y Natalia Derecho. Compartían pasiones e ideales. Eran los ochenta y la juventud tomaba las calles casi a diario para mostrar su descontento con el sistema.

—Buenos días —saludó Natalia, que acababa de levantarse—. ¡Qué bien huele!

—Tortitas con mermelada de mora, tus favoritas. Hoy tengo que irme antes a la facultad. El profesor de Historia me ha citado en su despacho para hablar de mi trabajo —comentó Amaia mientras terminaba su café.

—¿El de la Guerra Civil?

—Sí.

—No te preocupes. Seguro que te pone una buena nota. A mí me pareció fantástico.

—No lo sé. Espero que así sea —dijo mientras guardaba unos cuadernos en su mochila.

—Esta tarde hemos quedado en la sede para organizar la manifestación del sábado.

—Tengo una reunión en el periódico del campus, pero creo que llegaré a tiempo.

—¿Quedamos para comer a las dos?

—Claro —dijo, sellando su despedida con un beso en los labios—. Que pases un buen día.

—Suerte con el trabajo.

A escasos metros del portal, Amaia tenía aparcado su coche, un Renault 4, más conocido como «cuatro latas». Fue un regalo de su *amona* Ane cuando cumplió los 18. «*Es para que vengas a visitarme todas las semanas*», le había dicho. Y ella no había faltado a su promesa. Todos los sábados iba hasta Beasáin para pasar unas horas junto a ella.

Debido al frío le costó un poco arrancar, pero al final el motor rugió de tal forma que supo que llegaría a tiempo a la facultad. En el campus, como siempre, había más gente fuera de las aulas que en ellas. Un grupo bastante grande había heredado la conducta de los *hippies* de los sesenta y se comportaba de la misma manera. El cannabis era su principal religión y pasaban las horas en la cafetería de la facultad, hablando sobre el sentido de la vida e intentando construir un mundo mejor. Amaia no pensaba igual. Ella creía que era importante acudir a las clases y aprender todo lo posible, así sería más fácil luchar contra las injusticias. Siempre supo que quería estudiar Periodismo. Quería contar la verdad al mundo. En su primer año, se apuntó al periódico de la facultad y empezó a colaborar con asiduidad. Gozaba de una columna de opinión para ella sola, donde escribía sin tapujos sobre política y el papel de la mujer en la sociedad. No faltaba artículo que no generara algún tipo de polémica. En las reuniones siempre acababa discutiendo con el redactor jefe, pero viendo la repercusión que tenían sus publicaciones y la notoriedad que había adquirido el periódico en todo el campus, casi siempre conseguía salirse con la suya, asegurándose así una absoluta libertad para todos sus escritos.

Llamó a la puerta del despacho del catedrático en Historia y entró.

—Buenos días, Amaia.

—Buenos días —saludó nerviosa porque no tenía ni idea de lo que el profesor iba a decirle.

—Tu trabajo es muy bueno, pero le falta algo. Todos los datos son correctos, aunque estaría bien que pudieras hablar con alguien que haya sido testigo directo, que haya sufrido los pormenores de la guerra. Si no conoces a nadie, yo puedo proporcionarte algunos nombres.

—Mi abuela tenía 20 años cuando estalló y tengo entendido que su padre luchó con el bando nacional, pero nunca habla de ello.

—Pues sería interesante conocer su historia. Si quieres tener una buena nota, habla con ella y añade su testimonio.

—Así lo haré.

—Por lo demás, el trabajo está impecable. Te doy de plazo hasta que acabe el trimestre para que lo completes.

—Muchas gracias.

Salió del despacho pensando en su abuela. Le había preguntado en repetidas ocasiones acerca de la guerra, pero ella siempre decía lo mismo: «Fueron unos años muy duros que es mejor no recordar. Las guerras solo traen horrores». Decidió que, en cuanto terminara la reunión en la sede, iría a Beasáin a visitarla, pero antes debía acudir a clase. Los exámenes iban a ser pronto y no podía despistarse. Llevaba una media de notable y no quería perderla. Era su último año y el nivel de exigencia era mucho mayor. Sus notas le brindarían la oportunidad, en el futuro, de trabajar en los medios que ella creía más afines a sus ideas.

La primera clase de la mañana era la de Deontología Periodística, una asignatura que le producía verdadera pasión. La profesora solía exponer demandas judiciales reales contra algunos medios de comunicación, haciendo que los alumnos pensaran sobre qué códigos éticos se había saltado el medio en cuestión, si es que lo había hecho. Ese día la noticia que ocupaba todas las portadas de los periódicos era *El crimen de Cuenca*, película que Pilar Miró había rodado hacía dos años y no había podido estrenar porque el gobierno había decidido secuestrar dicho metraje. Una de las razones, que al parecer el tribunal de justicia había alegado era que «podía ser delictiva contra el Cuerpo judicial y la Guardia Civil». Ahora el Tribunal Supremo por fin había

autorizado su estreno. Los alumnos se posicionaban, unos a favor y otros en contra. Los hechos que la directora del séptimo arte pretendía contar se remontaban al año 1910, cuando en un pueblo de la provincia de Cuenca desapareció un pastor. La familia denunció dicha desaparición y señaló a dos compañeros acusándolos de haberle robado y matado. Al cabo de tres años y de haberse sobreesido el caso, un nuevo juez lo reabrió y detuvo a los dos compañeros que fueron torturados por la Guardia Civil. Un jurado popular los declaró culpables y los condenaron a dieciocho años de prisión pero, gracias al indulto, solo cumplieron seis. A los dos años tras haber recuperado la libertad, el párroco recibió una carta del cura de un pueblo cercano pidiendo la partida de bautismo del desaparecido, porque este quería contraer matrimonio. Estaba claro que la justicia había fallado y había culpado a dos hombres inocentes. Lo que el gobierno no había querido hasta el momento es que se mostraran imágenes de la Guardia Civil abusando de su autoridad, pero todo apuntaba a que, en aquella ocasión, así lo habían hecho. Amaia lo tenía claro: estaba totalmente en contra del secuestro de la película.

—Creo que es importante que esa película se estrene y que todo el mundo vea y sepa lo que ocurrió en realidad para que nunca más vuelva a repetirse algo así —sentenció bajo la mirada de sus compañeros.

—Desde luego ha sido un acto contra la libertad de expresión. El pueblo tiene derecho a saber —añadió un compañero.

Siguieron comentando todos los detalles de la noticia y estudiando la sentencia que el Tribunal Supremo había dictado y que, para Amaia, era justa y además necesaria.

—El mundo está lleno de contradicciones, pero un buen periodista siempre debe saber dónde están los límites y no traspasarlos jamás —aconsejó la profesora.

—¿Y cuáles son esos límites? ¿Quién los marca? —intervino de nuevo Amaia.

—Los límites los debe marcar uno mismo, por eso es tan importante esta asignatura. Debemos tener unos valores y un código deontológico propios, asegurándonos de que no dañen a nadie y, sobre todo, de que no falten a la verdad.

Amaia no contestó, pero sabía que eso era muy difícil porque, para no faltar a la verdad, en la mayoría de las ocasiones normalmente alguien salía perjudicado.

Entre clase y clase la mañana pasó volando. Se acercó hasta la cafetería, donde Natalia la estaba esperando.

—¿Cómo ha ido lo del trabajo de Historia?

—Bien, pero el profe quiere que añada algún testimonio. Esta tarde iré a hablar con mi abuela, a ver si consigo que me cuente algo.

—Si quieres, puedo acompañarte —dijo mientras Amaia la miraba poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué? No pongas esa cara. Para tu familia solo soy tu compañera de piso y no pienso hacer nada que me delate. Además, me has hablado tanto de ella que me encantaría conocerla.

—Vale, tú ganas. Iremos después de la reunión.

Comieron mientras repasaban algunos puntos que más tarde comentarían en la asamblea. Amaia todavía tenía que pasarse por el periódico. Quedaron en encontrarse a las cinco en la sede. Un simple apretón en el hombro, esas eran las únicas muestras de cariño que se hacían en público. A Natalia le daba igual, pero Amaia no había hablado todavía con su familia de ello y quería llevar su relación de la forma más discreta posible.

Disponían de una pequeña sala con varias máquinas de escribir eléctricas, que la facultad les

había facilitado para la edición del periódico *La Voz Universitaria*. Cuando llegó, allí solo estaba Marcos, el redactor jefe.

—Buenas tardes. ¿Me he perdido algo? —preguntó al ver que faltaban el resto de sus compañeros.

—Hemos repartido los temas ya y se han ido a hacer trabajo de campo. He pensado que este mes podrías ocuparte de la editorial, además de tu columna. Con todo el jaleo de lo de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), estaría bien dejar clara nuestra postura al respecto. Como también sueles participar en esas manifestaciones, podrías hacer alguna entrevista y así llenamos unas cuantas páginas de actualidad. He conseguido un contacto dentro del grupo que está organizando la próxima manifestación. Están en la parte vieja, en el número treinta y dos, al lado del bar Rekalde. Te esperan el sábado a las siete. El contacto se llama Iñaki.

—Perfecto. Me pasaré por allí. Ahora voy a terminar la columna y después me pongo a ello —dijo mientras se sentaba frente a una de las máquinas de escribir.

El texto ya casi lo había terminado. El tema, como siempre, daría mucho que hablar: el derecho a un aborto libre. Amaia sabía que una gran parte de la gente más conservadora se le iba a echar encima, pero le daba igual. Era demasiado importante como para no hablar de ello. Estuvo trabajando casi una hora y, cuando lo dio por finalizado, se lo pasó a Marcos.

—¿Estás segura de esto?

—Absolutamente. La mujer lleva muchísimos años dejando que el hombre decida sobre su cuerpo. Ya va siendo hora de que nos escuchéis.

—No te enfades conmigo, ya sabes que comparto todo lo que dices aquí. Pero prepárate, porque nos van a llover las críticas.

—Creo que podré soportarlo. Tengo que irme —dijo mientras recogía sus cosas.

—¡No te olvides de lo de la OTAN!

Amaia le hizo un gesto con la mano para que se quedara tranquilo. Decidió pasar por la cafetería y tomar algo antes de la reunión. Sacó su cuaderno y escribió algunos apuntes para la editorial. Al ver la hora que era, se marchó en dirección a la facultad de Derecho. Allí es donde se reunía la Juventud Universitaria Feminista, en una pequeña sala que el campus les prestaba un día a la semana. Cuando llegó, Natalia ya estaba allí.

—Compañeras, como sabéis, este sábado hemos preparado otra manifestación. El tema a reivindicar, el derecho al aborto. Como siempre, os pido que os manifestéis de forma pacífica. Habrá policía y estará deseando darnos caña, así que no le demos motivos para ello. Si se produce alguna detención, no opongáis resistencia. No pueden retenernos, de modo que, llegado el caso, en unas horas tendrían que soltarnos. Si no hay dudas, procederemos a elaborar las pancartas.

Nadie puso objeción y todas colaboraron con la causa. No llegaban a veinte, aunque el sábado se sumarían a ellas otros grupos feministas con los que estaban en contacto. Escribieron unos cuantos lemas: «Sobre mi cuerpo mando yo»; «Si el Papa estuviera preñado, el aborto sería sagrado»; «Yo aborté porque me violaron». Y así unas cuantas consignas más. Acordaron repartirse el material. Amaia y Natalia recogieron sus pancartas y decidieron dejarlas en casa antes de ir a Beasáin a visitar a la *amona* Ane.

Aunque todavía no eran ni las siete, ya había oscurecido y, con el insistente sirimiri, las curvas de la carretera eran todo un desafío. El trayecto les llevó una hora y Natalia no paraba de hablar

de esto y de lo otro. Una vez en Beasáin, tuvieron que tomar un camino de tierra para llegar hasta el caserío. Estaba un poco metido en el monte y, si no sabías de su existencia, era casi imposible dar con él. La casa era bastante grande, una edificación en piedra con muchos años de historia y rodeado de monte. En la entrada, un pequeño murete adornado con rosas y con unas piedras pintadas en blanco daban nombre a la casa, *Ane-Mari*. El ruido del pueblo allí arriba ni se percibía. Solo el sonido de la naturaleza estaba presente.

Aparcaron el coche a un lado y, por el humo que salía de la chimenea, Amaia dedujo que su abuela estaba cocinando algo. No tuvieron que llamar a la puerta porque siempre estaba abierta.

—¡*Amona*! Soy Amaia.

—¡Amaia! —La mujer mayor se acercó, plantándole dos besos—. ¡Qué alegría!

A sus 65 años, Ane se encontraba en plena forma. Se encargaba de la huerta todos los días y cuidaba de los pocos animales que le quedaban sin contratiempos. Enfundada en su inseparable mandil azul y con sus inconfundibles mofletes rosados, ofreció su mejor sonrisa mientras abrazaba a su nieta.

—*Amona*, ella es Natalia, la amiga con la que comparto piso en *Donostia*.

—Un placer, he oído hablar mucho de usted —le dijo mientras le plantaba dos besos en la mejilla.

—¡*Maitia*! Trátame de tú, por favor —le pidió—. Pero sentaos. Estaba asando unas castañas.

Se acomodaron alrededor de una mesa junto a la chimenea, donde Ane tenía puestas las castañas en un caldero.

—¿Y cómo es que habéis venido con este tiempo tan malo? Mira que la carretera es muy mala.

—Tranquila, *amona*. He conducido despacio. Es que mañana participamos en una manifestación y no voy a poder venir. Además, quería pedirte un favor.

—Tú dirás.

—¿Te acuerdas del trabajo que te comenté que estoy haciendo sobre la Guerra Civil?

—Sí, claro.

—Pues el profesor me ha dicho que tengo que contar con el testimonio de alguien.

Ane se levantó y se acercó a la chimenea para remover las castañas con una cuchara de madera.

—¿Y qué te voy a contar yo si me he pasado la vida intentando olvidar todo aquello?

—*Amona*, imagino que debió de ser bastante duro, pero me gustaría que me contaras cómo lo viviste.

La abuela retiró las castañas al comprobar que ya estaban asadas y las puso en un plato para luego tapparlas con un trapo.

—Amaia, lo único que puedo contarte es que la guerra fue muy dolorosa. Todas lo son, pero esta no tuvo ni pies ni cabeza. Ya sabes que yo de política no entiendo, pero fueron unos años muy duros, donde pasamos mucho hambre y murió mucha gente inocente —contestó, sin muchas ganas de ahondar en el tema.

—Lo sé, *amona*. Tu padre luchó en el frente ¿no? —insistió.

—No tuvo más remedio. Mi tío, su hermano, era militar y carlista. Ni le preguntó. Mi padre no había cogido un arma en su vida. Desde que murió la *ama*, siempre estuvo aquí, en el caserío, trabajando en la huerta y cuidando de los animales.

—¿Entonces pasaste la guerra aquí sola? —preguntó Natalia con asombro.

—Coged castañas mientras estén calientes —les dijo acercándoles el plato—. ¿Cómo van tus estudios? —quiso saber, ignorando la pregunta que la amiga de su nieta le había hecho.

—Bien. Este es el último año y creo que sacaré buenas notas.

—El otro día estuvo tu madre de visita. Preguntó por ti. Deberías ir a verlos más a menudo.

—Entre las clases, el periódico y las asambleas, casi no tengo tiempo.

—Eso son excusas. Tus padres solo quieren lo mejor para ti.

—Ya, pero no apoyan que forme parte del grupo feminista.

—Ellos piensan de otra manera, pero tu madre está deseando verte —le dijo cogiéndole la mano.

—Vale. La semana que viene iré a verlos —dijo Amaia no muy convencida.

—¿Y tú también estudias?

—Sí, Derecho.

—Vaya, eso está bien. Si mi Amaia se mete en líos, tú podrás ayudarla.

Natalia se sonrojó ante el comentario, y Ane la miró con una sonrisa.

—Bueno, ¿entonces no me vas a contar nada más? —suplicó.

—Es que no hay nada más. Seguro que has leído un montón de cosas al respecto y, todo lo que yo te pueda contar, ya lo habrás escrito en tu trabajo.

—¿Tienes alguna foto de aquella época?

—Las que hay son de mi padre y su hermano. Están en una caja, en ese cajón de ahí —dijo apuntando hacia una antigua cómoda.

Amaia se levantó y la encontró al momento. Cuando la abrió, vio que había unas cuantas fotografías en su interior.

—¿Me las puedo llevar? Podría incluir alguna en el trabajo.

—Claro. Yo hace tiempo que dejé de mirarlas.

Charlaron un buen rato y se comieron todas las castañas. Se hizo de noche y todavía les quedaba el viaje de vuelta hasta San Sebastián. Primero se despidió Amaia dándole un buen achuchón a su abuela y prometiéndole que la semana siguiente volvería a visitarla. Natalia se despidió con dos besos en la mejilla, y Ane aprovechó para susurrarle al oído: «*No dejes que se meta en líos*» y después guiñarle un ojo.

Ya en el coche apenas hablaron. Era noche cerrada y, entre la lluvia y el mal estado de la carretera, tardaron un poco más de lo habitual.

—No has dicho nada en todo el viaje. ¿Te pasa algo? —preguntó Amaia mientras entraban en su piso.

—Tu abuela lo sabe.

—¿Qué se supone que sabe?

—Lo nuestro.

—Anda ya. ¿Cómo va a saberlo?

—Al despedirnos me ha dicho que no deje que te metas en líos y me ha guiñado un ojo.

Amaia no pudo contener la risa. «No se le escapa una», pensó.

—No te entiendo. No quieres que tus padres lo sepan y tu abuela, en unas horas, se ha dado cuenta de todo. ¿No te preocupa que vaya a contárselo?

—La conozco bien y no lo hará. Quiere que sea yo quien se lo diga. Por eso ha insistido tanto en que vaya a visitarlos.

—Joder, por un momento creí que había metido la pata —suspiró mientras se quitaba el abrigo.

Amaia se acercó a ella y la acorraló contra la pared.

—Estás muy *sexy* cuando te sonrojas —le dijo al oído.

—Tu abuela me ha caído muy bien, pero no sé si aprobaría esto —dijo en un intento de frenar los labios de Amaia, que ya estaban demasiado cerca de los suyos.

—Si no te beso ahora mismo, me meteré en un lío y, si no recuerdo mal, eso es lo que ella te ha pedido.

Natalia se quedó sin argumentos y se dejó hacer. Amaia deslizó sus manos por debajo de la camiseta y Natalia ya no pudo mantenerse de pie. Siempre que la tocaba, sus piernas se ponían a temblar y perdía el equilibrio. Fueron hasta el dormitorio desprendiéndose de toda la ropa y se tumbaron sobre la cama. Amaia la acarició de forma lenta y pausada, recorriendo cada parte de su cuerpo. Pudo comprobar que Natalia estaba muy excitada y la exploró con sus dedos delicadamente. Conocían sus cuerpos a la perfección, y la pasión entre ellas seguía intacta como la primera vez. Hicieron el amor hasta bien entrada la madrugada, hasta que quedaron exhaustas de tanto placer.

2

Ane

Como era de esperar, pasaron toda la mañana en la cama. Apenas habían pegado ojo y no tenían nada que hacer hasta la tarde. Natalia fue la primera en levantarse y no tardó en volver al dormitorio con un estupendo desayuno preparado en una bandeja. Dieron buena cuenta del zumo, el café y las tostadas, y Amaia se levantó para coger la caja que su abuela le había prestado. Volvió a la cama y se sentó junto a Natalia.

—Creo que no todas las fotos son de aquella época.

—¿A ver? Ve pasándomelas y las vamos organizando en distintos montones —le sugirió. Así lo hicieron; las organizaron por fechas; ya que la mayoría de ellas contaba con el año escrito en el reverso.

—Mira, aquí hay una.

En ella aparecían su bisabuelo y otro hombre algo más mayor vestidos con ropa militar.

—Este tiene que ser el tío de mi abuela. Me tiene contado que ocupaba un alto cargo y, por las distinciones que lleva, seguro que es él.

—El otro tiene cara triste —apuntó Natalia observando la fotografía.

—Normal. Según mi abuela, su padre era apolítico, pero su hermano lo obligó a luchar en el frente. Imagínate que de buenas a primeras surge una guerra y te obligan a participar en ella. Era un hombre de caserío que había dedicado toda su vida al campo y a los animales, además de cuidar de mi *amona*.

—¿Tu bisabuela murió joven?

—Sí, al parecer contrajo el tifus. Murió cuando mi abuela tenía 10 años. Sé por ella que le costó mucho quedarse embarazada y la tuvo con treinta. Ya sabes, en aquella época lo normal era tener hijos antes de los 20.

—No tuvo que ser fácil. Aquí parecen mayores ¿no?

—Creo que mi bisabuelo tenía 50 y su hermano era unos años mayor.

—Es una buena historia para incluir en tu trabajo.

—Aquí hay unas cuantas del caserío. También tienen fecha del 36.

—¿Y este sobre?

—¿A ver? El remite es de una dirección de Francia y hay dos fotos dentro.

—¿Quiénes son?

—En esta sale mi *amona*, pero esta otra... no sé quién puede ser esa mujer.

—Pues tu abuela parece muy feliz. Mira cómo sonrío.

Amaia no podía dejar de mirar la fotografía donde aparecía aquella misteriosa mujer. Le dio la vuelta y entonces descubrió que tenía algo escrito.

—«Nunca te olvidaré. Siempre tuya, Marisa. Agosto de 1936» —leyó.

—Vaya, menuda dedicatoria. Imagino que esa no es la letra de tu abuela.

—No, no lo es.

—Marisa, ¿te suena de algo ese nombre?

—No.

—Tal vez era una amiga.

—Tal vez —repitió, poco convencida.

—La verdad es que, para estar en plena guerra, tu abuela no parece muy preocupada.

—¿Tú crees...? —dijo Amaia sin poder terminar la pregunta.

—A mí me parece bastante evidente, pero creo que deberías hablar con ella.

—Ya la viste ayer, no quiere ni mencionar el tema.

—Bueno, cuando le enseñes las fotos algo tendrá que decir.

—La versión oficial es que pasó la mitad de la guerra sola, en el caserío, cuidando de los animales y de la huerta.

—Pues la foto de esa mujer y la dedicatoria hablan por sí solas.

—Mañana iré a verla.

Decidieron aparcar el tema, y con ello la mañana dio paso a la tarde. Prepararon algo para comer y salieron hacia el Boulevard, donde las esperaban el resto de las compañeras para dar comienzo a la manifestación. A ellas se unieron otros grupos feministas y entre todas sumaron cerca de cuarenta. Debido al intento del golpe de Estado que había tenido lugar unos meses atrás, la gente no se atrevía demasiado a manifestarse, y mucho menos por temas relacionados con los derechos de la mujer. Amaia y Natalia sabían que su lucha era respaldada por una minoría, pero estaban seguras de que, con el paso de los años, se irían sumando más mujeres a la causa. Portaban sus pancartas con los lemas «Sobre mi cuerpo mando yo» y «Por un aborto libre». La manifestación fue pacífica y, aunque la policía estaba preparada para actuar en cualquier momento, no hubo ningún altercado. Todo se desarrolló con normalidad y el acto terminó en el quiosco del Boulevard con la lectura de los manifiestos que cada grupo había preparado. En ellos se hacía mención a mujeres de la talla de Clara Campoamor, Victoria Kent y María de Maeztu, entre otras, que fueron las creadoras de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas y que lucharon por el voto femenino y contra otras muchas injusticias relacionadas con la mujer. Algunas personas se unieron a la lectura y aplaudieron aquellas palabras que tan solo reivindicaban unos derechos que debían ser básicos. Ambas se despidieron de sus compañeras y caminaron por las calles de la parte vieja de la ciudad.

Amaia había quedado con el contacto que Marcos le había facilitado para hacerle una pequeña entrevista e incluirla en su artículo sobre la OTAN.

—¿Tienes ya pensando qué le vas a preguntar?

—Solo necesito algunas impresiones sobre el tema porque para la editorial dejaremos clara nuestra postura. Así que solo será un rato. Luego, si te apetece, podemos ir al cine.

—Genial.

Llegaron al número 32 y tocaron la puerta. Un chico más o menos de su edad las recibió.

—Tú debes de ser Amaia. Marcos no me había dicho que eras tan guapa. Soy Iñaki, un placer —dijo plantándole dos besos. Amaia puso cara de no haberle gustado el comentario.

—Yo soy Natalia, su novia —sentenció, dejando al chico sin más que añadir.

—Encantado. Seguidme, iremos a uno de los despachos porque, como veis, aquí hay bastante lío. Estamos preparando la manifestación del sábado que viene.

—Yo me quedo por aquí —dijo Natalia, mezclándose con la gente. Ellos dos entraron en el modesto despacho. Se veía que aquel grupo tampoco contaba con mucho respaldo económico.

—Siéntate, por favor —le ofreció—. Bien, tú dirás.

—En primer lugar, me gustaría saber cuáles son las razones por las que no queréis el ingreso en la OTAN.

—Te puedo dar unas cuantas: la primera es que estamos en contra de la guerra, y este ingreso significa apoyarla; la segunda es que nuestro país no debería posicionarse a favor o en contra de uno de los bloques, ya que creemos que la neutralidad es más segura; la tercera es la económica. El ingreso en la OTAN supondría unos gastos que, teniendo en cuenta cómo está el país, mejor sería invertir ese dinero en asuntos más prioritarios.

—Los que están a favor defienden que el ingreso facilitaría el acceso a la Comunidad Económica Europea, además de crear muchos puestos de trabajo.

—¿De qué nos sirve todo eso si hay una nueva guerra? ¿Y de cuántos puestos de trabajo estaríamos hablando? Sigo creyendo que nuestro país seguiría indefenso y desprotegido y, lo que es peor, tendríamos a uno de los grandes bloques en contra.

—Entonces, ¿qué solución propones?

—Creo que todos los países, mejor dicho, el mundo entero debería remar en la misma dirección y defender los derechos de todos por igual y, por supuesto, evitar cualquier tipo de guerra, aunque pienso que eso va a ser imposible mientras sean las razones económicas las que predominen.

—¿Qué actos tenéis pensado hacer?

—Hemos redactado unos pasquines con todas estas razones que te he comentado y, durante toda la semana que viene, los repartiremos por la calle. Y para el sábado hemos preparado una gran marcha donde queremos mostrar nuestro descontento al respecto.

—Creo que con esto tengo suficiente. De todas formas, el sábado acudiré a la manifestación para hablar con alguien más.

—De acuerdo. Toma —dijo dándole una hoja como la que tenían pensado repartir.

—Genial. Muchas gracias por dedicarme parte de tu tiempo. Cuando se publique os enviaremos un ejemplar del periódico.

—Gracias a ti, por escucharnos y darnos voz. Cuanto más lejos lleguemos, más tendrán que oírnos.

Iñaki acompañó a Amaia hasta la otra sala donde Natalia la esperaba. Ambas se despidieron y abandonaron el local.

—¿Tienes material de sobra?

—Sí, aunque no me ha contado nada nuevo. El sábado en la marcha intentaré hablar con alguien más y también me reuniré con algún grupo que esté a favor del ingreso. Quiero mostrar

ambas opiniones y luego en la editorial, ya daré la del periódico.

—Estoy deseando leerlo.

Callejearon por la parte vieja hasta el paseo Salamanca. Allí decidieron ir al Salón Miramar, un cine popular.

—¿Te apetece que veamos *Carros de fuego*?

—¿Sabes de qué va?

—He leído algo. Está ambientada en Gran Bretaña, en los años veinte. Es la historia de dos atletas excepcionales que corren por distintas razones. Uno de los protagonistas es Ben Cross.

—Puede estar bien.

Tuvieron que esperar una pequeña cola para comprar sus entradas, pero al cabo de quince minutos ya estaban en el interior de la sala. Disfrutaron de la película y, cuando terminó, fuera ya había oscurecido. Cruzaron el puente del Kursaal y caminaron hasta su apartamento. Amaia preparó algo para cenar y comieron en silencio. Se tumbaron en el sofá con la televisión encendida pero sin prestar atención. Natalia miraba a Amaia y sabía que algo rondaba su cabeza.

—¿Sigues pensando en tu *amona*?

—No, bueno, tal vez.

—Tienes miedo de lo que pueda contarte —le dijo cogiéndole la mano.

—Es que todo esto me ha pillado por sorpresa. Aunque tal vez nos estemos precipitando y no sea más que una amiga.

—Tal vez pero, si hubiera sido algo más, eso no cambia nada.

—¿Cómo que no? Lo cambia todo.

—Amaia, tienes que alejar esos miedos. Nadie va a juzgarte porque hayas decidido compartir tu vida con una mujer y, si lo hacen, ¡a la mierda! Ese tipo de gente no merece ni un segundo de tu atención.

—Tú no lo entiendes. Para ti es fácil.

—A mí también me costó mucho contárselo a mis padres, pero no tenía ningún sentido seguir ocultándolo. Me di cuenta de que, escondiéndoselo, era como si me avergonzara de mí misma.

—Yo no me avergüenzo de lo que soy, pero mis padres no son tan comprensivos como los tuyos.

—No sabes cómo reaccionarán, pero lo que sí sé es que, cuanto más tardes en contárselo, mayor habrá sido la mentira.

—No estoy preparada.

—Habla con tu *amona*. Seguro que eso te ayuda.

—Mañana iré a verla. Ahora solo quiero que me abrace.

Se acurrucó entre sus brazos y decidió no pensar más en ello. Hablar con sus padres le quitaba el sueño y no le apetecía pasar la noche en vela. Los brazos de su compañera eran la mejor medicina contra el insomnio.

* * *

Antes de irse, quiso desayunar con Natalia. También compartieron una deliciosa ducha que

consiguió que la sonrisa de Amaia volviera a su rostro para quedarse allí todo el día. Cogió su «cuatro latas» y puso rumbo hacia Beasáin. La lluvia ese día había ofrecido una tregua y, al ser domingo, en la carretera había poco tráfico. Cuando llegó al caserío, la *amona* Ane estaba en la huerta recogiendo unas lechugas. Oyó el ruido del motor y no tardó en ver a su nieta.

—¡Amaia! No te esperaba hoy.

—*Kaixo, amona* —dijo, dándole un cálido beso en la mejilla.

—Anda, coge unos tomates. ¿Te quedarás a comer, no?

—Sí. He venido a pasar el día contigo.

—¿Y cómo es que no ha venido tu amiga? Me pareció muy maja.

—Natalia tenía que hacer un trabajo, pero te manda saludos.

Ayudó a su abuela en la tarea de recolectar vegetales y entraron en casa. La chimenea estaba encendida, como siempre.

—Estoy preparando *porrusalda*, y haremos una ensalada para acompañar.

—Me parece estupendo.

—Entonces ayúdame a poner la mesa.

Amaia asintió y fue en busca de los cubiertos.

—*Amona*, he estado mirando las fotos que me dejaste.

—Y qué, ¿te sirve alguna?

—Sí, voy a hacer copias para ponerlas en mi trabajo. Pero hay una que me ha llamado la atención.

—¿Cuál?

—Esta —dijo mientras la sacaba del bolsillo y se la mostraba. Ane intentó disimular su sorpresa al verla, pero su nieta se dio cuenta.

—Pues no sé qué tiene de raro.

—¿Quién es la mujer que aparece en ella?

Ane no contestó.

—Venga, *amona*, he leído la dedicatoria. ¿Quién es Marisa?

—No lo sé.

—A mí puedes contármelo.

—¿De qué sirve recordar esas viejas historias? El pasado es mejor dejarlo estar. Además, esto ya está listo —dijo refiriéndose a la comida.

Terminaron de preparar la mesa y se sentaron a comer. Amaia felicitó a su abuela por el caldo y disfrutaron de la comida en silencio. De postre Ane sacó unas *mamie* de la nevera.

—No sé cómo lo haces, pero te quedan riquísimas —dijo relamiendo la cuchara.

—El mérito es de Martina, la vecina. Me trae la leche de sus ovejas recién ordeñada. Luego te pongo unas cuantas para que las pruebe Natalia.

Amaia recogió la mesa y fregó los platos. Mientras, Ane se sentó en la mecedora que descansaba junto a la chimenea. Aunque no llovía, el día estaba fresco y el calor que brotaba del fuego era como un bálsamo.

Cuanto terminó de recoger la cocina, se unió a su abuela sentándose junto a ella.

—*Amona*, cuéntamelo, por favor.

—No sé ni por dónde empezar.

3

Verano del 36

Beasáin, verano de 1936

Era julio, y estábamos a mediados de mes. Lo recuerdo perfectamente porque mi *aita* y yo andábamos cuidando de los animales. Él trasquilaba las ovejas y yo ordeñaba las vacas cuando mi tío llegó al caserío. Era teniente de una brigada carlista. Se acercó a nosotros con cara de preocupación.

—Se está preparando algo gordo, Martintxo. La guerra va a empezar y vas a tener que venir conmigo para luchar en el frente.

—Pero, Joxe, ¿qué estás diciendo? —le preguntó el *aita* sin entender nada.

—La guerra por recuperar España ya ha empezado, y tenemos que luchar por ella.

—Tú eres militar pero mírame, Joxe, no soy más que un campesino.

—No te preocupes. Está todo arreglado. Te he incluido en mi sección y nadie hará preguntas.

—¿Y Ane? No puede quedarse aquí sola.

—Ella estará bien. Puede seguir cuidando del caserío. Me aseguraré de que no le falte de nada.

—Pero esto es una locura. Yo no entiendo de política. No puedo hacerlo.

—Claro que puedes. Debes servir a tu país, ¿o quieres que siga en manos de esos rojos? Mira todo lo que han hecho.

—Ane, ve dentro, por favor.

—Pero, *aita* —dije mientras entraba en el caserío.

—No hay nada que discutir. Soy tu hermano mayor y harás lo que yo te diga —pude escuchar escondida tras la puerta. Añadió algo más pero lo susurró de tal manera que me fue imposible escucharlo—. Toma, es un salvoconducto para Ane. Con él podrá bajar al pueblo a por provisiones y nadie le hará nada. Si alguien se acerca al caserío, que se lo muestre.

—¿Estás seguro de que ese papel la mantendrá a salvo?

—Te lo prometo. Mañana a primera hora vendré a buscarte.

Mi padre entró en casa abatido. Me abracé a él con todas mis fuerzas y lloramos en silencio.

—Ane, no sé cuánto tiempo estaré fuera, pero sé que podrás llevar tú sola el caserío.

—Pero, *aita*, ¿por qué tienes que irte?

—Ahora más que nunca necesito que seas fuerte. Quiero que me prometas que seguirás cuidando de los animales y de la huerta. Se aproximan tiempos difíciles y vas a tener que mirar hasta la última lechuga. —Fue a su dormitorio y volvió con una escopeta—. La tenía para cazar, pero nunca la he usado. Ven, acércate, te la enseñaré. Mira, por este lado se abre. Luego se meten los cartuchos. Quitas este seguro de aquí y disparas. Quiero que siempre la dejes cargada pero con el seguro puesto. Y esconde todos estos cartuchos en algún sitio —me dijo dándome tres cajas—. Ane, solo debes utilizarla si estás en peligro. Asegúrate de tenerla siempre a mano.

—Vale, *aita*.

—Este papel también es muy importante. Debes llevarlo siempre contigo. Cuando tengas que bajar al pueblo, no te olvides de llevarlo y enseñárselo a los militares. Y si alguien se acerca al caserío, también debes mostrarlo. No quiero que vayas al pueblo a no ser que sea estrictamente necesario. Aprovecha estos días para ir y comprar todo lo que necesites, pero ten mucho cuidado.

—*Aita*, me estás asustando.

—Ane, no voy a engañarte. Ya eres toda una mujer y sé que vas a hacerlo bien. Solo quiero que estés atenta y vigiles bien el caserío. Intenta encender la chimenea lo menos posible y no te alejes demasiado a la hora de pasear a las ovejas. Mantenías en la cuadra y no salgas demasiado. Ya has oído a tu tío, se aproxima una guerra.

—Llévame contigo —rogué.

—Aquí estarás mejor. Si haces todo lo que te he dicho, no te pasará nada.

—¿Y cuándo volverás?

—No lo sé, *maitia*, pero te prometo que lo haré lo antes posible.

Lagun, un Labrador que mi padre me había regalado cuando yo cumplí los 12 años, se puso junto a él como si acabara de entender todo lo que estaba ocurriendo. Mi padre lo acarició.

—Lagun cuidará de ti —dijo con tristeza.

Lo ayudé a preparar sus cosas. Cogí una pequeña manta y en ella liamos un par de pantalones, unos cuantos calzones y unas camisetas además de un jersey de lana.

—Esto para que no pases frío.

—*Eskerrik asko, laztana*.

Esa noche cenamos en silencio hasta que le pregunté.

—*Aita*, ¿por qué al tío no le gusta la República?

—Él tiene otras ideas. Ya sabes que es monárquico y que estuvo luchando a favor de las guerras carlistas.

—Ya, pero la República ha hecho muchas cosas buenas. Gracias a la biblioteca que abrieron en el pueblo, puedo coger libros y seguir practicando la lectura con ellos.

—Ojalá yo supiera el porqué de todo esto —dijo cogiéndome la mano—. Ane, tienes que prometerme que no hablarás con nadie sobre la República. A partir de ahora ese tema está prohibido. ¿De acuerdo?

—Sí, *aita* —dije sin rechistar.

Nos acostamos temprano, pero yo no podía contener las lágrimas. Me pasé toda la noche llorando. De un día para otro, mi padre se iba y yo me quedaba sola en el caserío, y lo peor de todo, comenzaba una guerra.

Al día siguiente mi tío llegó a primera hora.

—¿No pensarás ir vestido así?

—Es la única ropa que tengo.

—Anda, toma —le dijo dándole un macuto. Ahí tienes tu uniforme.

Mi padre me miró avergonzado y se fue a su cuarto a vestirse. Mi tío se acercó a mí.

—Ane, el papel que te ha dado el *aita*, recuerda que siempre debes llevarlo encima, y no te olvides de decir quién es tu tío —dijo acariciándome la mejilla. Asentí y lo miré con dureza. Le reproché con la mirada que se llevara a mi padre. No entendía su lucha, pero no se lo dije. Mi padre me había enseñado desde pequeña a no hablar de política delante de los demás, y menos delante de mi tío.

Cuando mi padre terminó de vestirse, se acercó a mí y me abrazó. Su hermano le había proporcionado unas botas, un pantalón y una camisa de color arena donde en uno de los bolsillos aparecía una x bordada en rojo. En ese momento no supe qué significaba ese símbolo pero, tiempo después, alguien me explicó que era la cruz de Borgoña. Dicha cruz nació como una representación de la cruz de san Andrés, patrón de Borgoña. El símbolo ya era usado por Felipe «el Hermoso» en su bandera y en los uniformes cuando se casó con Juana I de Castilla, «la Loca». Los carlistas la habían llevado en sus uniformes a lo largo de todas las guerras.

—Martintxo, la boina. Recuerda que siempre debes llevarla puesta.

Al parecer, aquella boina roja también era importante. Recuerdo que, al ver a mi padre con ella, me resultó ridículo. Volvió a abrazarme y me susurro al oído: «*asko maite zaitut*».

Tras su marcha, yo seguí con las tareas diarias: ordeñar las vacas y las ovejas, dar de comer a las gallinas y cuidar de la huerta. Lagun no se apartaba de mi lado y, cuando sentía un ruido extraño, ladraba para alertarme pero por suerte casi siempre eran falsas alarmas. Todo marchaba bien aunque unos días después, concretamente el 26, empecé a oír lo que me parecieron tiros. Al principio fueron unos pocos, pero luego no dejaron de oírse en todo el día. Me aseguré de encerrar bien a los animales y yo me atrincheré en el caserío intentando hacer el menos ruido posible porque deduje que abajo, en el pueblo, algo horrible estaba pasando. La guerra había llegado a Beasáin.

A ese día le siguieron otros parecidos. El sonido de las detonaciones y los disparos eran continuos y no cesaban. Me sentía tan sola que me acerqué hasta el establo y me quedé allí, abrazada a Lagun, alrededor de las vacas y las ovejas. Solo pude dormir cuando el cansancio me venció. Tuvieron que pasar algunos días hasta que dejaron de oírse los disparos. Cuando salí del establo, parecía estar todo en calma. Di una vuelta por el caserío para asegurarme de que no había nadie alrededor. Retomé los quehaceres y todo parecía haber vuelto a la normalidad. Me dispuse a hacer pan, pero caí en la cuenta de que se había terminado la harina. Esperé un par de días más hasta que me animé a bajar al pueblo.

Cogí la bicicleta y, sin olvidarme del salvoconducto, me dirigí hasta allí. Había muy poca gente por la calle. A la altura de la iglesia, me dieron el alto unos militares. Les mostré el papel que me había dado mi tío y me preguntaron a dónde iba. Les respondí que a la panadería, y me dejaron pasar. Crucé la plaza y vi que el ayuntamiento también estaba rodeado de militares. Algunos vestían el mismo uniforme que mi tío, y otros llevaban sus camisas de color azul y otro bordado en los bolsillos. Se trataba del yugo y el haz de flechas que representaba la bandera de la FE-JONS (Falange española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista).

Miré hacia las casas y pude ver a más de un vecino espiando tras las cortinas. El miedo se había apoderado del pueblo. Caminé con paso firme y pude ver en el suelo restos de manchas

rojas. Sabía perfectamente de qué eran, pero solo el pensarlo me erizaba la piel. Llegué hasta la panadería y, para mi sorpresa, estaba cerrada. Conocía a Manu, el panadero, y sabía que vivía en la planta de arriba del local, así que lo llamé y aporreé la puerta. Al cabo de unos minutos me abrió y me empujó para adentro.

—¡Ane, estás loca! ¿Cómo se te ocurre venir aquí? ¿Dónde está tu padre?

—En el frente —acerté a decir—. Necesito harina. Te he traído huevos.

—Está bien. Te daré unos kilos, pero no vuelvas porque he cerrado la panadería.

—¿Os han hecho algo?

—No, todavía no. Pero no voy a quedarme aquí esperando a que me maten.

—¿Qué ha ocurrido? He oído tiros y explosiones.

—Todos están muertos —me dijo echándose a llorar.

—Pero ¿cómo? —pregunté.

—Ane, vete al caserío y no salgas de allí. Puede que tengas suerte, al estar tan metido en el monte será difícil que den con él. Toma, es toda la que puedo darte. Ahora debes marcharte.

—Gracias, Manu —me despedí mientras guardaba la harina en una bolsa.

—Escóndela o te la quitarán —me aconsejó abriéndome la puerta. Esa fue la última vez que volví a ver. Camuflé como pude la bolsa dentro de mi vestido y seguí callejeando para asegurarme de que nadie seguía mis pasos. Me perdí por el monte hasta llegar al caserío. Más tarde supe lo que había ocurrido en esos días. El coronel Cayuela, dirigiendo una unidad de la falange y otra de requetés, había ocupado Beasáin y había protagonizado un duro combate al encontrarse con una buena resistencia republicana. En este pueblo siempre ha habido trabajadores comprometidos con la lucha obrera y todos ellos dieron la cara por la República. Pero no fue suficiente. Los otros eran más y estaban mejor organizados para la batalla. En el primer tiroteo con el que cercaron el pueblo, mataron a una niña de dos años.

No tardaron mucho en nombrar un nuevo alcalde, que, junto a un comandante militar, creó la «Junta de Guerra Carlista», integrada por unos cuantos vecinos del pueblo que se encargaron de delatar a los republicanos y a nacionalistas. Esa Junta perpetró muchísimos crímenes, y la mayoría transcurrieron durante la madrugada sangrienta del 28 de julio. Entre los asesinados, los miembros del cuartel de la Guardia Civil; los dirigentes del Partido Carlista que se habían mantenido leales a la República: todos ellos fueron fusilados en la tapia del caserío Albisu Enea; un vecino que, al tratar de huir, fue detenido durante quince días: después de pagar una multa de quinientas pesetas, lo dejaron libre para luego asesinarlo en su propia casa, delante de sus cuatro hijos; un comerciante, de afiliación carlista, fue asesinado por advertir a una patrulla que acababa de incendiar un coche, que tuviera cuidado porque al lado había una fábrica de productos químicos; el presidente de la Sociedad Recreativa, que fue delatado: lo sacaron de su casa y lo llevaron hasta las tapias de un caserío frente al cementerio y allí lo acribillaron a balazos; un moldeador de la Compañía Auxiliar de Ferrocarriles: lo arrastraron hasta el mismo lugar que el anterior, donde le obligaron a desnudarse y le dispararon en la cabeza; dos muchachos, de 18 y 21 años: fueron detenidos y asesinados en la misma puerta de La Casa del Pueblo; un carnicero carlista: por haberse hecho responsable de un muchacho que habían detenido, al final fueron los dos ejecutados; otro vecino, también de afiliación carlista, que fue interrogado por unas luces que salían de su establo para después matarlo; un vecino, conocido como «el Hijo del periodista»: fue destrozado a machetazos y desvalijaron su casa.

Fueron cerca de treinta y ocho personas las que fueron asesinadas aquella noche, y la mayoría sin proceso ni juicio alguno. Fueron unos fusilamientos masivos para un pueblo que, días atrás, vivía en una absoluta tranquilidad.

El pueblo ya nunca fue el mismo. Durante aquellos primeros días de la contienda, los requetés se dedicaban al saqueo. Entraban en las casas abandonadas y se llevaban todos los objetos y la ropa que encontraban. El resto de las casas eran registradas a diario en busca de armas. La población civil sufrió todo tipo de vejaciones por parte de dichas tropas. Requisaron el centro social republicano y también el nacionalista vasco. Quemaron la única biblioteca que teníamos, aquella a la que yo solía acudir cada semana para tomar prestados diferentes libros.

Apenas quedaban hombres de 20 a 30 años. Los que no habían sido víctimas de las pistolas habían sido arrancados de sus casas a palos para llevarlos al frente, a las líneas de fuego de los sublevados. Los que tenían más edad iban a la fábrica de ferrocarriles desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde sin cobrar ningún jornal. Se les facilitaban dos ranchos mugrientos al mediodía y por la tarde, tanto a hombres como a mujeres.

También intervinieron los comercios, y los que no corrieron esa suerte terminaron desapareciendo. El dinero también empezó a escasear y, en apenas tres semanas, todo se inundó de miseria, terror, muerte y sufrimiento.

Seguí los consejos de Manu el panadero, y no volví a bajar al pueblo. Me refugié en el caserío estando siempre alerta. Me dedicaba a las faenas diarias y racionaba la comida lo máximo posible. Cuidaba de la huerta y, en cuanto recogía una cosecha, sembraba otra. Era mi principal sustento, además de la leche y los huevos que me proporcionaban los animales. Fui preparándome para cuando llegara el invierno. Corté leña suficiente y recogí bastante alfalfa para no tener que sacar a los animales de la cuadra. Elaboré unos cuantos quesos, que puse a curar dentro de casa. Mi padre me había enseñado a hacerlo en una caseta que teníamos para ello, donde se ahumaban, pero el humo habría llamado mucho la atención.

Por las noches era cuando más sola me sentía. Encendía la radio que mi padre le había regalado a mi madre años atrás. A ella le encantaba escuchar las radionovelas. Yo buscaba alguna emisora donde emitieran noticias y, cuando me cansaba de escuchar los pormenores de la guerra, buscaba otra que transmitiera música. Me ponía a bailar intentando no pensar en mi padre, pero cuando me acostaba el silencio era abrumador y los malos pensamientos volvían a mi cabeza. No dejaba de preguntarme si él estaría bien. Después me acurrucaba junto a Lagun y lloraba en silencio esperando que volviera lo antes posible.

4

No a la OTAN

Amaia no podía dejar de pensar en todo lo que su abuela le había contado, pero aquello solo había sido el principio: la *amona* Ane le había prometido que el próximo domingo continuaría.

—Después de tantos años y ¿nunca te había contado nada? —preguntó Natalia mientras almorzaban.

—Así es, y dudo mucho que mi madre sepa algo. Estoy deseando que me cuente la parte que tiene que ver con esa mujer, Marisa.

—Lo que yo no sé es cómo pudo sobrevivir tanto tiempo allí sola. Después de que le contaran lo que había sucedido en el pueblo, yo me habría vuelto loca. Tu abuela es una mujer increíble.

—Sí que lo es —asintió Amaia—. Por cierto, tengo que volver a la universidad. Quiero hablar con la gente sobre el tema de la OTAN. A ver si tengo suerte y encuentro a alguien que se posiciona a favor.

—Te recomiendo que te des una vuelta por mi facultad. En mi clase hay bastantes conservadores, y seguro que te proporcionan buenos titulares —dijo con una sonrisa.

—Estupendo. Nos vemos luego —se despidió, besándola.

Subió al coche y condujo hasta el campus. Fue directa a la facultad de Derecho, tal y como le había aconsejado Natalia. Estuvo dando vueltas por el campus preguntando a todo aquel que pasaba por delante y, cuando ya iba a desistir, un chico muy repeinado y vestido como si hubiera salido de un anuncio de colonia fue su salvación. Al parecer el susodicho estaba muy a favor de que España entrara a formar parte de la OTAN.

—La OTAN se creó durante la Guerra Fría para frenar a la Unión Soviética y su expansión del comunismo. ¿No te parecen suficientes razones para apoyarla? —sentenció el desconocido.

—No, pero estoy segura de que para ti sí que lo son. ¿Qué crees que podría aportar la OTAN a un país como el nuestro?

—Para empezar, seguridad. No quiero ni imaginarme que a los rusos les dé por empezar una guerra. Sin la ayuda de la OTAN, España estaría perdida. Cuantos más seamos contra esos comunistas, mejor. También va a ser bueno para nuestra economía.

—¿Cómo?

—Hay estudios que demuestran que esa integración nos traerá prosperidad, además de muchos

puestos de trabajo. Si lo miras bien, todo son ventajas. La gente que no está de acuerdo es una pequeña minoría, ya sabes, los inconformistas de turno que lo único que hacen es quejarse pero que tampoco proponen ninguna solución.

—Quizá es porque esa gente está en contra de las guerras, sean quienes sean los implicados en ellas.

—Tonterías. Eso es demagogia. Siempre ha habido guerras y siempre las habrá. Hay que detener a aquellos que quieren instaurar su política al resto del mundo.

—Muchas gracias por tu opinión —agradeció Amaia conteniendo la rabia. «Menudo tipo», pensó. Ya tenía la otra cara de la moneda. Solo le quedaba asistir a la manifestación del sábado y podría terminar el artículo para el lunes. Se acercó hasta la biblioteca para tirar de hemeroteca y ver todo lo que se había publicado acerca del Tratado años atrás. Un poco de historia le vendría bien para abrir el escrito. Apuntó en un cuaderno todos los datos que creyó relevantes y, para cuando terminó, ya eran las ocho de la tarde.

Aparcó su coche cerca del portal, pero decidió dar una vuelta antes de subir. La opinión de aquel chico le había afectado. Pensó en el intento de golpe de Estado que había tenido lugar meses atrás y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Hacía frío pero, aun así, resolvió caminar por el paseo nuevo. Las olas rompían con su habitual fuerza contra el muro, y Amaia sentía lo mismo en su interior. El relato de su abuela se repetía en su cabeza una y otra vez, y entonces comprendió su malestar. No era justo. Los libros con los que ella había estudiado, tanto en el colegio como en el instituto, no contaban la historia de aquella manera. El sufrimiento que padeció su *amona* y miles de personas no estaba reflejado en aquellos ejemplares, y eso le produjo asco e indignación. Siempre había tenido claro que quería ser periodista para contarle la verdad al mundo, pero por primera vez se vio luchando contra un gigante. No le importó. Si David había conseguido vencer a Goliat, ella también podría hacerlo. Ese día se prometió no olvidar la historia, la de su abuela y la de muchos otros que fueron asesinados en una guerra sin sentido llevada a cabo por un monstruo llamado Franco, quien decidió no respetar el gobierno que había sido elegido democráticamente en las urnas.

Ya había oscurecido y, como no quería preocupar a Natalia, dio media vuelta y caminó hasta casa.

—*Kaixo, maitia* —saludó, con uno de esos besos que quitan el hipo.

—Mmmm, veo que te ha ido bien —respondió Natalia abrazándose a ella.

—La verdad es que he hablado con un tipo que daba grima, pero sus respuestas van a animar mucho el artículo.

—La cena ya está preparada. Tortilla de patatas.

—¡Qué buena! Voy a ponerme el pijama —dijo alejándose hasta el dormitorio—. He pensado en escribir un libro sobre la guerra.

—¿Y eso?

—Después de lo que me ha contado mi abuela, creo que se lo debo. No ha hecho más que empezar y todavía tiene mucho que contarme, por eso pienso que es importante publicar su historia. Debemos tener presente el pasado para que no vuelva a repetirse. Voy a recoger otros testimonios y a juntarlos todos en un libro —comentó mientras se reunía de nuevo con Natalia en la cocina.

—Me parece una idea estupenda, pero no sé si la gente querrá hablar. Mira tu abuela: hasta

ahora no había dicho nada. Parece que las personas todavía no se han recuperado, y hablar de ello les causa dolor.

—Algo así te marca para toda la vida, pero tal vez si hablan del tema puedan liberar ese dolor. Lo único que necesitan es a alguien que les escuche y ponga voz a su historia.

—Eres maravillosa, y estoy muy orgullosa de ti —le dijo guiñándole un ojo.

—Y tú haces la mejor tortilla de todo *Donostia*.

* * *

El sábado había llegado y Amaia iba de camino a los Jardines de Alderdi Eder para participar en la marcha en contra de la OTAN. Natalia había aprovechado el fin de semana para ir a visitar a sus padres, que vivían en Bilbao. Antes de que comenzara la manifestación, estuvo recogiendo algunas opiniones de participantes que, como ella, querían intervenir en la marcha. En Madrid hacía un mes que se había organizado una gran concentración con el mismo objetivo, en la que habían participado más de trescientas mil personas. La pancarta a la cabeza había sido presidida por el Partido Socialista Obrero Español. «*Desarme total, disolución de los bloques, ni guerras convencionales ni atómicas, ni bombas de neutrones*», fueron algunas de las consignas que su dirigente había expresado en su discurso, dejando clara la postura de su partido, con respecto a la entrada de España en la Organización.

En San Sebastián también se esperaba la asistencia de la gente de los pueblos de la provincia, pero Amaia estaba segura de que no sería tan multitudinaria. A pesar de haber una clara mayoría en contra del Tratado, también había gente que se mostraba a favor. La marcha se desarrolló sin incidentes entre los gritos de los manifestantes. El recorrido no era largo: una pequeña vuelta por el centro de la ciudad y en una hora habría terminado. Pero cuando estaba llegando a su fin, se oyeron las sirenas de los coches de la policía. Al parecer, un grupo de cafres, o eso pensó Amaia, acababa de quemar unos contenedores. La mayoría de los participantes les recriminó la acción, pero la policía no se paró a preguntar y la cosa se calentó. Algunos de los agentes empezaron a perseguir a los implicados, lo que provocó una enorme estampida. Se produjo un momento de caos donde la gente corría sin motivo y sin saber muy bien adónde ir. Amaia también corrió con la mala suerte de que fue a chocar con uno de ellos. Que se disculpara y le dijera que no había tenido nada que ver con los disturbios no sirvió de nada. El policía la esposó y la metió en un coche, informándola de que estaba detenida por alteración del orden. Había participado en muchas manifestaciones y sabía que eso podía pasar, pero nunca la habían llegado a arrestar. Mientras estaba en el coche pudo ver cómo la marcha se deshacía y la gente que hacía un momento parecía tan unida por una misma causa dejó de estarlo para pasar al «nadie conoce a nadie». Entonces recordó las palabras que había leído en *El País* sobre la intervención de Rafael Alberti en la manifestación de Madrid: «Los ojos de Picasso miran con sorpresa en los escombros del *Guernica*. Que la tragedia del 36 no vuelva a repetirse». Con ese pensamiento, y sin más explicación, la llevaron al calabozo, donde la informaron de que iba a ser allí donde pasaría la noche. No estaba sola, la acompañaban otros manifestantes cuyo único delito era el de haber ejercido su derecho a expresar libremente su opinión. Pensó en Natalia y en lo que siempre le

decía: «*Si nos detienen, no te preocupes. Solo pueden retenernos una noche. Por la mañana deberán soltarnos porque no disponen de cargos contra nosotras. Eso solo lo hacen para metemos el miedo en el cuerpo*».

Compartió celda con otras cuatro chicas más que no paraban de quejarse por el trato que la policía les había dado y gritaban constantemente que ellas no habían hecho nada. Amaia se resguardó en una esquina y se tapó con su abrigo. Sabía que la noche allí iba a ser larga, así que decidió cerrar los ojos y esperar a que el tiempo pasara cuanto antes. Pensó en su *amona* y en las ganas que tenía de volver a verla para que le siguiera contando su historia.

* * *

—Ya pueden irse —dijo uno de los policías mientras abría la puerta de la celda—. Tendrán que firmar este impreso y procederemos a devolverles todas sus pertenencias.

Por fin la pesadilla había terminado pero Amaia jamás olvidaría su primera noche en el calabozo. En ese instante supo que escribiría un artículo relatándolo todo. Salió de la comisaría y sin mirar atrás se fue derecha a casa. Lo primero que deseaba hacer era darse una ducha. Se sentía sucia y quería borrar cualquier rastro de lo acaecido esa noche. A pesar de haber conseguido mantener la calma, se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Sintió rabia y se repitió a sí misma «esto no va a quedar así». Se sentía humillada y, lo peor de todo, habían atentado contra algo que para ella era fundamental, la libertad de expresión. Por ello, en cuanto salió del baño, cogió un bolígrafo y su cuaderno y se puso a escribir. No quiso dejarlo para más tarde porque no quería olvidar ni un solo detalle. Añadiría aquella dolorosa e injusta experiencia al artículo que estaba preparando sobre la OTAN y contaría toda la verdad sobre lo ocurrido. A esas alturas ya le daban igual las consecuencias. Todo el mundo tenía derecho a saber cómo se habían comportado las fuerzas del orden. «Que la tragedia no vuelva a repetirse», se dijo.

Cuando terminó de escribir y plasmar todos sus sentimientos sobre el papel, se vistió y puso rumbo al caserío de su *amona*. Estaba deseando verla y contarle todo lo que le había sucedido.

Su abuela la recibió con el cariño de siempre y, a pesar de que Amaia le relató lo de la detención con una tranquilidad pasmosa, la preocupación se hizo visible en el rostro de Ane.

—Amaia, *maitia*, tienes que tener cuidado.

—¿Y qué quieres, *amona*?, ¿que deje de ir a las manifestaciones?

—No, solo te pido que tengas más cuidado y que cuando veas jaleo, te vayas.

—Detuvieron a muchos y fueron cuatro los que quemaron los contenedores. Seguro que a esos ni los cogieron. El problema es que no quieren escucharnos. Si creen que pasando una noche en el calabozo nos van a callar, no tienen ni idea —añadió indignada.

Ane la miraba con preocupación pero a la vez con orgullo.

—Siempre has tenido claro lo que querías, y eso está bien. Me parece maravilloso que luches por la libertad, pero solo te pido que te andes con ojo, ¿vale?

—Lo intentaré, pero no te prometo nada —le dijo besándola en la mejilla.

Ane se levantó y sirvió el café que silbaba desde la cafetera que estaba en el fuego. Tostó un poco de pan en la chimenea y sacó un tarro de mermelada de moras que ella misma había hecho.

Amaia no pudo evitarlo y metió el dedo en el frasco.

—Mmmm, *amona*. Esta es la mermelada más rica del mundo —dijo mientras la saboreaba.

—Luego te doy unos tarros para que te lleves a casa y la pruebe también Natalia. Por cierto, ¿por qué no ha venido contigo?

—Ha ido a *Bilbo* a visitar a sus padres. Pero me ha dicho que te dé un beso enorme de su parte.

—Esa chica es un tesoro. Ya la puedes cuidar.

Amaia dejó pasar el comentario de su abuela, aunque sabía perfectamente que su *amona* no daba puntadas sin hilo. Disfrutaron del café y mientras Amaia daba buena cuenta de las tostadas, se decidió a preguntar:

—*Amona*, todavía no me has hablado de Marisa.

5

Marisa

Todos los días me sumía en un bucle interminable. Me levantaba temprano y ordeñaba las vacas. Limpiaba la cuadra y repartía la alfalfa para que el ganado pudiera comer. Después visitaba a las gallinas y recogía los huevos que ellas, ajenas a todo lo que se estaba desatando, alegremente me regalaban. Les daba el pienso para comer y después me ocupaba de las ovejas. Además, me entretenía en cortar algo de leña. Disponía de un buen montón, pero en invierno lo gastaría pronto, así que cuanto más cortara, mejor. Después me calentaba algo de leche y comía un trozo de pan que me había sobrado el día anterior. Debía ser cuidadosa con la harina porque, si la gastaba rápido, tendría que volver al pueblo a por más. No derrochaba ni una miga. Usaba lo justo y lo apuraba todo. La leche que me sobraba después de hacer los quesos, la utilizaba para elaborar postres como mamies y yogures. Cualquier cosa antes que desperdiciarla. Por eso tenía siempre la despensa bien llena. Aprendí a organizarme.

Un día empecé a notar que las gallinas ponían menos huevos que de costumbre y que una de las vacas, por mucho que la ordeñaba, no daba leche. Fueron pasando los días y los hechos se repetían. Lagun ladraba cada vez que entraba conmigo en la cuadra, pero yo pensaba que era porque las vacas lo ponían nervioso. También observé que un fardo de alfalfa había sido cambiado de sitio. El miedo se apoderó de mí. Intenté tranquilizarme, pero tenía la certeza de que alguien se había colado dentro. De inmediato cogí la escopeta de mi padre. Sabía que estaba cargada, así que la empuñé y junto a Lagun, mi fiel amigo, me dirigí hasta allí. Solo se oía el ruido que procedía de los animales. Me puse delante de la puerta y apunté con el arma.

—Sé que estás ahí. Si no quieres que dispare, sal con las manos en alto —acerté a decir intentando controlar el miedo. Pero no ocurrió nada y yo estaba empezando a perder la paciencia—. No es la primera vez que disparo y, si no sales, me veré obligada a hacerlo.

—No, por favor, no lo hagas —dijo una mujer apareciendo entre la paja—. Lo siento, no quería robarte, pero llevaba una semana sin probar bocado.

Me quedé atónita. Se trataba de una chica, supuse más o menos de mi edad. Parecía más asustada que yo y tenía muy mal aspecto. Lagun no paraba de ladrar y tuve que calmarlo.

—Si quieres me marcharé ahora mismo. Solo necesitaba descansar un poco antes de seguir mi camino —dijo intentando ponerse en pie—. Te pido perdón de nuevo, yo no quería... —Y se

desmayó.

Solté la escopeta y me acerqué hasta ella. Al parecer había perdido el conocimiento y no era de extrañar, porque al verla más de cerca pude comprobar en qué condiciones se encontraba. Tenía una delgadez extrema y su cara era un claro reflejo de la muerte. Su mano se aferraba a un pequeño morral de tela. No podía dejarla allí, así que la levanté y la llevé dentro del caserío. La tumbé en mi cama, pero ella seguía sin recobrar el conocimiento. Se me ocurrió mojarle los labios con un poco de agua mezclada con azúcar. Se veía que llevaba bastante tiempo sin comer y pensé que un poco de dulce le iría bien. Llené una palangana de agua y humedecí un trapo. Limpié su cara y bajo la suciedad descubrí una piel muy blanca adornada de pecas. El pelo parecía pelirrojo, pero la mugre que lo cubría había acabado con todo su brillo. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero no podía quedarme cruzada de brazos. Me senté junto a ella y seguí mojándole los labios para hidratarlos. Al parecer había caído en un profundo sueño. Lagun se tumbó al lado de la cama y no volvió a ladrar. Me fijé en su ropa. Llevaba un pantalón y una camisa repletos de desgarrones. Se los quité y, al dejarla en ropa interior, sentí cierto pudor. Alejé esos tontos pensamientos de mi cabeza. Sus zapatos estaban rotos y algunos dedos de sus pies asomaban entre los agujeros. También se los quité. Las ampollas campaban a sus anchas. Tenía experiencia en curarlas. A mi padre le solían salir muchas en las manos a causa de trabajar con la azada. Cogí una aguja y la restregué en alcohol. Las fui pinchando una a una aprovechando que la chica seguía dormida. Las vacié con cuidado y las desinfecté. Luego le vendé ambos pies. En unos días habrían sanado. Eché un vistazo al morral en el que solo había una chaqueta, un cuaderno y una cámara de fotos. La dejé descansar y volví a la cuadra para limpiar y dar de comer al ganado. Mientras hacía las tareas no podía dejar de pensar en aquella mujer, si podría fiarme de ella. Por el momento había dejado a Lagun a su lado pero, viendo cómo se encontraba, no había razón para sentir temor alguno. Al contrario, su fragilidad me despertó un sentimiento de protección. Sentía que debía ayudarla porque, tal y como estaban las cosas en el pueblo, allí no conseguiría nada. Supuse que, como muchos otros, estaría huyendo de la guerra. Esperaría a que se recuperase y después tendría que marcharse.

Cuando terminé de faenar en la huerta, volví adentro para preparar algo de comer. La chica todavía seguía durmiendo y parecía tranquila. Hice un puré con las verduras que acababa de recoger y estaba terminando de poner la mesa cuando apareció en la cocina.

—Lo siento mucho. Llevo semanas caminando y llevaba varios días sin comer nada. Siento de veras haberte robado —dijo intentando ponerse en pie.

—Siéntate. Todavía estás muy débil —le dije ayudándola a sentarse. Lagun ladró y se puso a sus pies.

—¡Vaya! ¿Y tú quién eres? —preguntó mientras lo acariciaba. Entonces cayó en la cuenta de que no llevaba su ropa puesta.

—¿Mi ropa? —preguntó preocupada.

—La he lavado. Cuando se seque te la coseré. Tiene muchos rasguños.

—No hace falta. En cuanto esté lista me iré. No quiero molestarte más.

Quise decirle que no era ninguna molestia, pero esas palabras no llegaron a salir de mi boca.

—He hecho puré de verduras. Toma, te sentará bien —dijo finalmente.

—Muchas gracias. No sé cómo voy a agradecerte todo lo que estás haciendo por mí —dijo mientras Lagun seguía demandando sus caricias.

—Toma, un poco de pan. Es el último trozo. No creo que pueda conseguir más harina.
Se quedó callada mirándolo.

—¡Pan! —exclamó—. Hacía tiempo que no lo veía.

La miré con asombro y sin dejar de preguntarme de dónde había salido aquella chica. Por supuesto a ella no le dije nada, pero solo le bastó mirarme un segundo a los ojos para comprender mis temores.

Terminamos de almorzar y yo me puse a recoger la mesa y a fregar los platos.

—Te debo una explicación —me dijo de repente. Para entonces ya se había ganado la confianza de Lagun, que parecía haber caído en un plácido y sereno sueño.

—No hace falta —contesté, mientras limpiaba la mesa con un paño, pero me detuvo cogiéndome del brazo y consiguiendo así retenerme a su lado.

—Por favor, siéntate —me rogó—. Me llamo Marisa y vengo de un pueblo de la provincia de Burgos. Soy maestra o por lo menos lo era antes de que estallara la guerra. Hace unas semanas, los nacionales llegaron al pueblo. Me encontraba dando clase a los niños cuando un grupo de hombres armados entró en la escuela y empezó a revolverlo todo. Nos sacaron al patio y nos pusieron contra la pared. Sacaron todos los libros que había en la escuela e hicieron una hoguera con ellos. Los niños no paraban de llorar y, por más que intentábamos calmarlos, no lo conseguimos. Aquellos hombres nos apuntaban con sus armas y se reían al ver que algunos de los pequeños se habían orinado encima a causa del miedo. Me enfrenté a uno que se mofaba sin piedad, pero lo único que recibí fue un gran golpe en la cabeza con la culata de su arma. A partir de ahí todo se volvió confuso. Caí al suelo y me pareció oír disparos, además de un gran revuelo. De repente todo se volvió de color rojo. La sangre que me brotaba de la cabeza fue a parar a mis ojos. Perdí el conocimiento. Cuando desperté me encontraba en una cama. Creí que estaba en el hospital, pero seguía en la escuela. Se había improvisado una especie de sanatorio porque era tal el número de heridos que el hospital del pueblo no daba abasto. Los republicanos y los vecinos de la villa habían tomado cartas en el asunto y se habían enfrentado a los nacionales. Lo primero que hice fue preguntar por los niños y, afortunadamente, la mayoría se encontraba a salvo con sus familias. Ese mismo día decidí unirme al bando republicano —me explicó sin poder contener las lágrimas.

—Deberías descansar.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ane.

—Gracias, Ane —dijo cogiéndome la mano. En ese instante sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Retiré mi mano como si la suya me quemara y abandoné la cocina apresurada buscando un poco de aire puro.

Me senté en el banco de madera que años atrás había construido mi padre al lado de la huerta, desde el cual se divisaba toda la comarca del Goyerri. No podía imaginar por lo que había pasado aquella chica y sentí lástima a la vez que rabia. Rabia por aquella maldita guerra que se había desatado y que estaba destrozando la vida de tanta gente inocente. También recordé a mi padre, obligado a luchar por mi tío en el bando equivocado. Decidí no hablarle a Marisa de aquello porque era algo de lo que me avergonzaba y no quería que pensara que yo era como ellos. Estuve un buen rato allí sentada, en silencio, rodeada de la misma naturaleza que había conocido desde niña y que tanto amaba. Solo quería que aquel lugar se mantuviera lo más alejado de la guerra y

que nadie lo destruyera.

Empezaba a anochecer. Hice la última visita del día a los animales y me cercioré de cerrar bien la cuadra. Volví al interior de la casa y también aseguré todas las puertas y ventanas. Dejé la escopeta de mi padre a mano. Desde que había empezado la guerra no había dormido tranquila ni una sola noche, pero ese día la preocupación fue mayor. Si Marisa había encontrado el caserío, cualquiera podría hacerlo, y eso me aterraba.

Como le había cedido mi habitación, me acosté en la cama de mi padre. El silencio de la noche era abrumador y, como venía siendo habitual, solo conseguí dormir unas pocas horas. Me levanté al alba y pude comprobar que Marisa dormía. Salí y comencé con las tareas diarias. Mientras ordeñaba las vacas, sentí el ruido de la puerta de la cuadra al abrirse. Marisa estaba de pie frente a mí mirándome. Iba envuelta en la manta que le había echado por encima la noche anterior.

—Buenos días. Me gustaría poder ayudarte. He visto todo lo que haces y creo que no te vendrían mal un par de manos más.

—Deberías estar descansando.

—Ya me encuentro mucho mejor. Si me dices donde está mi ropa.

—Todavía no la he cosido, pero quizás tenga algo que pueda servirte —le dije mientras volvíamos a la casa. Cogí un pantalón y una camisa del armario de mi padre. Por el tamaño de su pie, imaginé que calzaba el mismo número que yo, así que también le presté unas botas de las mías —. Toma, el pantalón te quedará algo grande, pero con esta correa podrás sujetarlo.

—Muchas gracias. Esta ropa ¿es de tu marido? —me preguntó.

—De mi padre —le contesté sin dar más explicación.

Esperé en la cocina a que se cambiara y cuando terminó volvimos juntas a la cuadra.

—Si quieres puedes ocuparte de las gallinas. Primero recoges los huevos y los pones en esa cesta de ahí y luego, puedes coger un poco de agua del pozo y echarla allí. Después les das el maíz. De limpiar me encargo yo.

—Entendido.

Seguí ordeñando las vacas y de vez en cuando la miraba de reojo. No parecía temer a las gallinas y se las arreglaba bastante bien. Se acercó hasta el pozo pero no conseguía subir el cubo lleno de agua. La estuve observando un rato en sus vanos intentos, y al final me decidí a ayudarla. Agarré la cuerda y sin querer nuestras manos se rozaron. Volví a sentir esa especie de calambre que me sacudió todo el cuerpo. Ella se apartó y me dejó hacer.

—Lo siento —se disculpó.

—Todavía no estás recuperada. Lleva los huevos adentro y descansa un rato.

Me hizo caso, pero salió de nuevo y se sentó en el banco de madera. Llevaba su cámara de fotos en la mano. Yo terminé de dar de comer a las vacas y a las ovejas y limpié la parte donde estaban las gallinas. Después me puse a recoger algunas lechugas y unos tomates en la huerta.

—Aquí hay mucha paz —dijo mientras sacaba una fotografía del paisaje—. Aquello que se ve allí ¿qué es?

—¿Sabes dónde estás?

—Creo que en alguna parte de Guipúzcoa. Cuando los nacionales tomaron mi pueblo, tuvimos que huir con lo puesto. Decidimos separarnos porque el grupo era demasiado grande y habríamos sido un blanco fácil para ellos. Conseguí llegar hasta aquí atravesando el monte, pero si no te

hubiera encontrado habría muerto.

Me senté a su lado y, señalando a lo lejos, fui explicándole las vistas.

—Estás en la comarca del Goyerri. Aquello de allí es Beasáin, pueblo al que pertenece este caserío. Ese de allá es Villafranca del Oria y ese otro es Lazcano, El pico que tenemos en frente es el monte Txindoki.

La vi atenta a las explicaciones, pero no quería aburrirla. Me había dicho que era maestra y supuse que tendría conocimiento de la geografía vasca.

—Continúa, por favor —rogó al notar mis dudas.

—Bueno, hay una leyenda sobre ese monte. *Mari*, la diosa vasca, reina de la naturaleza, se dice que suele habitar allí. Aunque su morada principal está en Amboto, un pequeño municipio que pertenece a Vizcaya. Las cumbres del Oiz y Txindoki también son importantes para ella. La leyenda más destacada cuenta que Mari, cada siete años, cambia de morada, y en ese cambio se la puede ver surcar los cielos en un carro de fuego. Dependiendo de donde esté, así es el clima, lluvioso o seco.

—Bonita leyenda —dijo con gran interés.

—Aquí en el Goyerri existe otra que tiene que ver también con ella. Cuentan que había una mujer muy mala. Decían que era mala porque era mujer que tomaba sus propias decisiones sin tener en cuenta las del marido, un hombre cristiano. El matrimonio vivía en un caserío de aquí de Beasáin, con sus cinco hijos. El padre quería bautizarlos pero ella no, así que un día los ató a todos a una carreta y los llevó a la iglesia. En mitad del camino, Mari comenzó a arder en llamas, consiguiendo así quemar las cuerdas, y gritó: «Mis hijos para el cielo y yo ahora para Muru». Murumendi es otra cima que se encuentra aquí, en esta comarca. Y desde entonces se dice que Mari siempre anda por allí.

—Había leído algo sobre la mitología vasca, pero esta leyenda la desconocía. Gracias por compartirla conmigo.

—Mi madre me las contaba cuando yo era pequeña, antes de dormirme —dije haciendo una pausa—. Murió de tifus, hace diez años.

—Lo siento mucho. Debió de ser duro.

—Sí, pero mi padre y yo hemos conseguido salir adelante.

—Y vivís en un sitio privilegiado. Esto es precioso.

—Lo malo es cuando a Mari le da por irse a Amboto y aquí no para de llover —dije sonriendo.

Marisa también lo hizo y por un instante me olvidé de la guerra y de todo lo que estaba ocurriendo. Éramos dos perfectas desconocidas, pero me sentía a gusto con ella. Nos quedamos un buen rato en silencio admirando el paisaje, hasta que se levantó un poco de aire y decidimos volver adentro.

Cociné unas legumbres que todavía sobraban de la cosecha anterior y Marisa me ayudó a preparar la ensalada. Colocó los cubiertos y dispuso la mesa. Comimos en silencio y al rato ella comenzó a hablar.

—Mañana seguiré mi camino.

—No —dije sin pensar—. Quiero decir que no creo que sea un buen momento. Hace unos días bajé al pueblo. Los nacionales se han apoderado de él y hasta han nombrado un nuevo alcalde. Las cosas andan muy revueltas. Tal vez deberías esperar a que se calmen un poco.

—Pero no quiero ser una molestia para ti.

—No lo eres. Además, si pretendes seguir cruzando el monte, es mejor que te recuperes del todo. Mira tus pies, todavía no han cicatrizado —dije, intentando disimular la pena que me producía pensar en su marcha.

—Está bien. Me quedaré unos días más pero con la condición de que me dejes ayudarte en las tareas. Ya he abusado bastante.

—De acuerdo.

Se empeñó en recoger la mesa y fregar los platos y no pude negarme. Había refrescado y nos quedamos toda la tarde en casa. Estuvimos charlando y ella me contó anécdotas de la escuela. Se notaba que echaba de menos a sus alumnos y que sentía verdadera pasión por su profesión.

—Perdona el atrevimiento, pero ¿no tendrás algo de tabaco? Me muero por un cigarro.

—Mi padre suele fumar de vez en cuando. Tal vez en su mesilla de noche tenga alguno.

No fue difícil encontrarlos. Le ofrecí el paquete y una caja de cerillas.

—Muchas gracias —dijo dándole una calada ansiosa.

—A mi madre no le gustaba que fumara pero todavía sigue haciéndolo a escondidas. En todos estos años, no ha podido dejarlo.

—Ya sé que es un mal hábito, pero es lo único que consigue relajarme.

Creo que era la primera mujer que veía fumando. Me gustó. Marisa no era como las demás chicas que yo conocía. Me pareció una mujer con mucho mundo. Cuando hablaba, daba la sensación de que dominaba todas las materias. La tarde se me pasó volando. Preparamos algo de cena y después yo me excusé para retirarme a la habitación de mi padre. Ella dijo que quería fumar otro cigarrillo antes de acostarse. Esa noche tampoco conseguí dormir, pero ya no era la guerra la que me quitaba el sueño, sino ella.

6

Por la libertad de expresión

Natalia volvió de Bilbao ese mismo domingo por la noche. Hicieron el amor durante horas. Desnudas y tumbadas en la cama, Amaia le contó todo lo que había sucedido.

—Si me hubieras llamado, habría venido en el primer autobús. Lo siento mucho cariño.

—No habrías podido hacer nada. La policía no atendía a razones. Además, sabía que me soltarían por la mañana. Pero no te voy a mentir, tuve miedo —dijo Amaia mientras se abrazaba a su chica.

—Me habría gustado estar contigo. Las noches en el calabozo se hacen eternas. Todavía recuerdo mi primera vez. Tuve la suerte de que me encerraran con un grupo que conocía. Nos pasamos la noche charlando y preparando la siguiente manifestación —recordó sonriendo.

—Yo he escrito algo que quiero añadir al artículo sobre la OTAN —comentó mientras se levantaba y buscaba su cuaderno. Volvió junto a Natalia y se lo dio para que lo leyera. Después de observarla un rato en silencio, esperó su opinión.

—Es perfecto, pero va a levantar ampollas.

—Me da igual.

—¿Sabes?, eso es lo que más me gusta de ti. Tu valentía y tu inconformismo —le dijo mientras la besaba.

—Y a mí me encanta que me beses así.

Siguieron enredadas durante horas hasta que el sueño las venció.

* * *

Amaia comenzó el día con ilusión. Ya había terminado su artículo y aprovechó que tenía unas horas libres para acercarse hasta el periódico. Además de Marcos, en el aula estaban dos compañeros más tecleando en las máquinas de escribir eléctricas.

—Buenos días a todos —saludó, ocupando una que estaba libre.

—Espero que consigieras buenos titulares en la manifestación. Me han contado que estuvo algo movidita.

—Sí, algunas pasamos la noche en el calabozo. A unos cafres les dio por quemar cuatro contenedores y nos hicieron responsables a todos.

—Joder, Amaia, ¿estás bien? No tenía ni idea.

—Me he permitido la licencia de contarlo todo en el artículo.

—Me da miedo, conociéndote.

—Dame una hora para que lo pase a limpio y podrás leerlo.

—Vale, ahora tengo que irme a clase. Nos vemos luego.

Amaia se afanó en transcribir la crónica sin dejarse ni una sola coma. Cuando terminó, lo releyó y lo dejó en la carpeta donde guardaban todo lo que iban a publicar en la próxima edición. Después volvió a clase. Tocaba Géneros Periodísticos. Ese día el profesor explicó cómo se debía elaborar una crítica cinematográfica. Cogió una serie de apuntes, pero la clase le pareció aburrida. Ninguna de las siguientes clases que tuvo ese día logró captar su atención. No dejaba de pensar en lo ocurrido en la manifestación y en el relato de su abuela. No lo había dejado claro pero, por lo que le había contado, dedujo que su abuela sentía algo por Marisa. No le sorprendió. Su *amona* siempre había sido una mujer muy moderna y adelantada para su época. Con ella podía hablar de todo y, aunque no le había explicado que Natalia y ella eran pareja, sentía que su abuela ya lo sabía.

Terminaron las clases y volvió al periódico para conocer la opinión de su compañero.

—Joder, Amaia, esto es demasiado.

—Pues te prometo que no he exagerado nada. Todo lo que está escrito es lo que pasó.

—Lo sé, conozco tu estilo y siempre te ciñes a la verdad, pero es arriesgado.

—Este periódico se creó para contar la verdad, no para alegrar los oídos de unos cuantos. Somos de los pocos medios que quedan libres, sin ninguna gran empresa detrás que nos marque la línea editorial. No pienso cambiar ni una letra. Quiero que se publique tal y como está.

—De acuerdo, pero prepárate.

—Me da igual lo que digan. Está en juego la libertad de expresión.

—Mañana tendré todo el contenido y saldrá en la edición del miércoles.

—Estupendo.

—Solo espero que esto no se nos vaya de las manos.

—No tienes nada que temer. El artículo va firmado con mi nombre. Si pasa algo, yo seré la única responsable.

Marcos la miró pero no dijo nada. Amaia vio el miedo en sus ojos. Él había conseguido las máquinas de escribir y el aula para el periódico e imaginó que el rector se las había cedido bajo unas condiciones. «Si él es un vendido, es su problema», pensó.

Después de almorzar se reunió con Natalia y el grupo feminista. Estaban organizando una conferencia en la universidad. El pasado 1 de octubre se habían cumplido cincuenta años desde que el Parlamento aprobara el derecho al voto de la mujer, por ello querían rendir un homenaje a la figura de Clara Campoamor, máxima representante y artífice de tan importante logro. Tras muchas gestiones, habían conseguido que tanto Dolores Ibárruri como Pilar Soler aceptaran la invitación de participar en dicha conferencia. En la reunión discutieron sobre los puntos a tratar y trabajaron en el folleto que repartirían por todas las universidades para anunciarla. Todas estaban muy ilusionadas preparando el evento pero, sobre todo, por haber conseguido que aquellas dos históricas mujeres fueran a estar con ellas la semana siguiente.

Amaia y Natalia decidieron dar un paseo antes de volver a casa.

—Me gustaría llevar a mi *amona* a la conferencia, pero no sé si querrá ir.

—¿Por qué no iba a querer? Al final parece que se está sincerando contigo. Hasta te ha hablado de Marisa.

—Sí, pero todavía le cuesta hablar de ello. Cuando lo hace, percibo el dolor que siente en cada una de sus palabras.

—Por lo que me has contado, Marisa no debió de ser solo una amiga. Se nota que tenía sentimientos más fuertes hacia ella.

—No lo sé, el ir a la conferencia y revivir todo aquello, puede que no sea tan buena idea.

—Tu abuela es una mujer inteligente y, si tiene ganas, no desaprovechará la ocasión de compartir un rato con esas increíbles mujeres.

—Tienes razón.

La cogió de la mano y se perdieron por el paseo nuevo. A Natalia le sorprendió aquella actitud. Amaia cuidaba mucho los gestos de cariño en la calle. Sus padres también vivían en *Donostia*. Cuando empezó la carrera y se unió al grupo feminista, su padre se había mostrado en desacuerdo y la relación entre ellos se había vuelto bastante tensa. Amaia habló con ellos y les planteó la posibilidad de irse a vivir a un piso compartido. Al final sus padres accedieron y la relación se enfrió todavía aún más.

Ella siempre estaba con el miedo de que podrían encontrarse con ellos. Natalia no preguntó a qué se debía ese cambio, pero se aferró a su mano con una gran sonrisa en los labios.

* * *

Cuando Amaia llegó esa mañana a la facultad, casi todo el mundo con el que se cruzaba llevaba un ejemplar del periódico bajo el brazo.

—Tía, esta vez sí que le has echado huevos —le dijo un compañero de clase acercándose a ella.

—Me he limitado a contar la verdad.

—Pues al rector no parece haberle gustado.

Amaia siguió su camino sin hacer caso al comentario. Cuando llegó al aula del periódico, Marcos y otros miembros del periódico estaban sentados esperándola. Las máquinas de escribir habían desaparecido.

—Buenos días, ¿qué es lo que ha pasado? —preguntó al ver la sala vacía. Solo quedaban las mesas y las sillas.

—Nos han clausurado el periódico —le dijo Marcos cruzándose de brazos.

—¿Cómo? Pero eso no puede ser.

—Y todo por tu artículo —añadió un compañero.

—No pueden cerrarnos el periódico. Hay que hacer algo.

—Tú ya has hecho bastante —la increpó el mismo compañero.

—Iván, no digas eso. La tirada se ha agotado en un tiempo récord y la gente en el campus no para de hablar de nosotros.

—Pues gracias a ella ya no habrá más periódicos.

—Iré a hablar con el rector y le diré que yo soy la única responsable. No puede prohibirnos la publicación así como así. Somos estudiantes de Periodismo. ¿Es que se han vuelto locos?

—Tengo la impresión de que no hay nada que hacer —dijo Marcos con tono abatido.

—Eso ya lo veremos. —Y se marchó.

Con paso firme, se dirigió hasta el edificio del rectorado. A pesar de que la secretaria le había dicho que este estaba reunido, atravesó la puerta sin llamar.

—¿Cómo se atreve a entrar en mi despacho de esa manera?

—Lo hago de la misma forma en que usted ha cerrado nuestro periódico. Soy Amaia Aguirre, la responsable del artículo que al parecer no le ha gustado. Le ruego que nos devuelva el periódico. Ha atentado contra la libertad de expresión. Soy estudiante de Periodismo y en esta facultad se nos prepara para que el día de mañana seamos buenos comunicadores. ¿Cómo pretende que lo seamos si censuran nuestras palabras y coartan nuestras ideas?

—Haberlo pensado antes de escribir esas barbaridades. Les prestamos las máquinas eléctricas y el aula a cambio de que publicaran noticias relacionadas con el campus, pero han ido demasiado lejos. Sobre todo usted, señorita. Y ahora salga de mi despacho, por favor.

Amaia salió de allí llena de ira. No se daría por vencida tan fácilmente. Decidió acudir al despacho de su profesora de Deontología Periodística. Estaba segura de que ella la ayudaría.

Llamó a la puerta y entró.

—Buenos días, profesora.

—Buenos días Amaia. ¿Teníamos tutoría?

—No, vengo por otro tema. El rector nos ha cerrado el periódico.

—Déjame adivinar, tu artículo —dijo mostrándole un ejemplar.

—¿Lo ha leído?

—Claro. Leo todo lo que escribes y he de decirte que me ha parecido fantástico.

—Gracias, pero ya ve que a algunos no les ha gustado. Lo que quería saber es si tienen algún derecho legal para prohibirnos seguir publicando.

—No, ninguno.

—Entonces deberían devolvernos las máquinas de escribir, ¿no?

—Si no quieren hacerlo están en su derecho, pero vosotros podéis seguir con el periódico. Buscad otros medios.

—No creo que ninguna facultad se preste a ello estando el rector detrás de todo esto.

—Amaia, creo que vas a ser una buena periodista. Escribes con libertad y no te casas con nadie. Pase lo que pase, nunca cambies eso.

—Muchas gracias. Ojalá el rector pensara igual —dijo agradeciendo sus palabras.

—Podéis contar conmigo para lo que necesitéis. Yo tengo una máquina y puedo prestártela.

—Se lo agradezco.

—Todo el campus debería estar al tanto de lo que ha pasado.

—Me encargaré de ello personalmente. Gracias por sus palabras.

Volvió al aula del periódico para reunirse con sus compañeros.

—¿Qué ha dicho el rector? —preguntó otra compañera.

—Que nos retira su apoyo y que nos olvidemos del periódico.

—Pues entonces ya está todo dicho. Yo me piro.

—Nadie puede prohibirnos publicar nuestro periódico.

—Ya lo han hecho, ¿es que no te enteras? —dijo el compañero que estaba en desacuerdo abandonando el aula.

—Pero...

—Déjalo, Amaia —la interrumpió Marcos.

—No existe ninguna ley que permita al rector prohibir nuestra publicación. Lo primero que debemos hacer es informar a todo el campus de lo que nos han hecho.

—Vale, y ¿cómo lo hacemos sin máquinas de escribir?

—Conozco a alguien que puede prestarme una. Escribiré una nota informativa con todos los detalles y haremos fotocopias que repartiremos por toda la universidad. También organizaremos una marcha. Tenéis que contárselo a todo el mundo. Cuanto más apoyo tengamos, más tendrán que oírnos.

—Podríamos hacer una colecta, con lo que saquemos podríamos comprar un par de máquinas eléctricas para ir empezando.

—No es mala idea. Si os parece, vamos a organizarnos. Vosotras dos os encargáis de las huchas. Podéis hacerlas de cartón. Tú y Marcos podéis ponerlos con las pancartas y yo me encargo de la nota y las copias.

Todos asintieron. Marcos se acercó a ella y le habló en un tono más bajo.

—¿Crees que todo esto servirá de algo?

—Mejor que no hacer nada y cruzarnos de brazos. Pero, si tienes dudas, ahora es el momento para dejarlo.

—¿Piensas que tengo dudas? Si las hubiera tenido no habría publicado tu artículo. Sé que tienes razón, pero esta lucha no está igualada para nada.

—Cuando tengamos a todo el campus de nuestra parte, entonces lo estará.

Natalia se indignó muchísimo cuando Amaia le contó lo ocurrido. La ayudó a redactar la nota informativa asesorándola con algunos artículos de la Constitución referentes a la libertad de expresión.

—¿Sabes?, a veces pienso en todo lo que vivió mi *amona* durante la guerra y después, con la dictadura de Franco. Ahora veo todo esto y siento que las cosas han cambiado tan poco... Vivimos en una época donde el gobierno y los medios se jactan de tener libertad, pero yo no creo que sea así. La libertad siempre es para los mismos, y ¿qué hay de los demás?

—Deberán pasar muchos años para que esa libertad de la que hablan sea real. La sociedad todavía debe avanzar mucho más porque apenas ha empezado a hacerlo.

—Sería más fácil remar en la misma dirección.

—A lo largo de la historia, siempre han sido unos pocos los que han ido a contracorriente. Con mucho sufrimiento, pero gracias a su constancia, consiguieron muchísimas cosas que en su día eran impensables. Fíjate en las sufragistas, por todo lo que tuvieron que pasar y cuántas murieron, pero al final lo consiguieron. Tú y yo podemos votar y se lo debemos a ellas. Su lucha no fue en vano, como tampoco lo será la nuestra.

—Te quiero y tengo mucha suerte de tenerte a mi lado.

—Yo también te quiero —dijo Natalia, sellando la conversación con un beso.

—Mañana va a ser un día duro, será mejor que descansemos.

* * *

A primera hora Amaia había pasado a limpio su nota gracias a la máquina de escribir que le había prestado su profesora. Una hora más tarde ya tenía cientos de copias. Se reunió con sus compañeros del periódico en la cafetería y comprobaron que todos habían cumplido con sus cometidos. Las encargadas de las huchas se habían empleado a fondo y habían elaborado unas cajitas muy divertidas. Marcos y el otro compañero habían confeccionado unas cuantas pancartas con mensajes muy directos. Amaia distribuyó las copias y todos se pusieron manos a la obra para repartirlas por toda la universidad. El objetivo era que todo el mundo debía saber lo que había ocurrido con el periódico y, a la vez, animar a que participaran en una protesta que iba a tener lugar esa misma tarde, frente al edificio del rectorado, para pedir la devolución del aula y de las máquinas de escribir eléctricas.

Natalia pidió a sus compañeras del grupo feminista que corrieran la voz a otros grupos y que invitaran a todos ellos para que acudiesen al acto.

Entre los preparativos y las clases Amaia estaba agotada pero, cuando dieron las seis y vio a tanta gente concentrada en los alrededores del rectorado, supo que algo iba a cambiar. Natalia se unió a ella junto a la pancarta que sostenía en primera fila.

—Las chicas han conseguido traer a más grupos. Han reunido a cincuenta personas y, por lo que veo, ya somos más de doscientas.

—La gente se ha volcado. Espero que el rector cambie de opinión.

—Por lo menos tendrá que oírlos.

—Amaia, ¿puedes venir un segundo? —le preguntó Marcos—. Espero que no te importe. Tengo un amigo en *El País* y le he contado lo de nuestra protesta. Quiere hacerte unas preguntas. Nos dedicarán poco espacio, pero saldremos en la edición de mañana.

—Eso es genial.

Amaia habló con el periodista y le explicó con todo lujo de detalles lo ocurrido. El plumilla le mostró su apoyo y le dio su palabra de que no modificaría ni una sola letra.

El acto duró una hora y media y en todo ese tiempo el rector no hizo acto de presencia. Amaia entró en el edificio y pidió una nueva cita con el rector, pero la secretaria se negó en rotundo a dársela. Los manifestantes mostraron su enfado y, entre gritos y silbidos, no dejaron en buen lugar la imagen del rectorado. Algunos podrían pensar que aquella pequeña manifestación no había servido de nada pero, para Amaia, la lucha no había hecho más que comenzar.

7

No soy una de ellos

El tiempo al lado de Marisa pasaba sin darme cuenta. Hacía ya una semana que había llegado al caserío y su compañía fue la solución perfecta a mi soledad. Me ayudaba en todas las tareas y conversábamos durante horas. Nunca me había sentido tan bien. Mi padre no era tan hablador y no acostumbraba a charlar de muchas cosas. En cambio, con Marisa, todo era distinto. A mí siempre me ha gustado la lectura y disfrutaba con la biblioteca que habían abierto hacía un par de años en el pueblo. Cada semana acudía en busca de algún nuevo ejemplar que no hubiera leído. Todavía tenía los dos últimos que había tomado prestados: *El retrato de Dorian Gray* y *Guerra y paz*.

Una noche que Marisa salió a fumar, retomé la lectura de uno de ellos. Estaba tan enfrascada en él que no la sentí entrar.

—Veo que te gustan los clásicos —dijo sentándose en la mecedora que tenía a mi lado.

—Me lo recomendó el bibliotecario, pero me está resultando un poco difícil. Hay muchos personajes.

—Sí, no es una novela sencilla, pero seguro que podrás terminarla.

—No sé si este es el mejor momento para leerla. Con la guerra que se está desatando ahí fuera tengo más que suficiente —dije, dejando el libro sobre mis piernas.

—Entonces, deberías leer este otro.

—Ese ya lo he leído.

—¿Y te gustó?

—Bueno, digamos que en ocasiones me impresionó. Lo que no llegué a entender es esa obsesión que tiene el protagonista por la belleza y esa necesidad de mantener su juventud por encima de todo.

—Es un claro culto al hedonismo —dijo, advirtiéndome en mi cara que desconocía dicho término—. Para él, el placer es el fundamento de la vida. Y en parte estoy de acuerdo. ¿Qué sería de nosotros si no nos dejáramos llevar por el placer en más de una ocasión?

Me ruboricé. Nunca había hablado de estos temas con nadie, y ella se dio cuenta.

—Venga, Ane, seguro que alguna vez lo has sentido. No tiene por qué ser sexual. Por ejemplo, cuando te sientas en ese banco de madera, ¿qué sientes?

La miré sin saber qué contestar.

—Ahí lo tienes. Eso se llama placer.

Sonreí, y ella me miró con gesto serio.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Asentí con la cabeza—. ¿Qué haces aquí sola?

—Mi padre y mi tío están luchando en el frente, y yo debo cuidar del caserío.

—¿Y no tienes miedo?

—Claro que sí, pero confío en que todo esto acabe pronto.

—La guerra no ha hecho más que empezar. He visto lo que son capaces de hacer esos miserables y nada les detendrá. No pararán hasta arrasar con todo. Llegar a Francia es la única solución.

No dije nada. Me levanté y salí fuera a tomar el aire. Estábamos a mediados de agosto y por las noches la temperatura se había vuelto más fría. Estuve unos minutos dejándome invadir por la negrura del monte y volví adentro. Marisa se había quedado dormida con el ejemplar de *El retrato de Dorian Gray* entre sus manos. No quise despertarla. Cogí la manta de la cama y me aseguré de taparla bien. Después me acosté.

Al día siguiente me levanté temprano como acostumbraba a hacer y vi que Marisa seguía dormida en la mecedora. Intenté hacer el menor ruido posible y fui directamente a la cuadra para empezar con las labores de limpieza. Hacía un día estupendo y, como los animales llevaban muchos días encerrados, decidí sacarlos un poco pero sin alejarme demasiado. Primero lo hice con las vacas y después con las ovejas. Las dejé pastar un par de horas y, cuando volví, Marisa se había ocupado de las gallinas y de limpiar el resto. Entré en la casa, pero no estaba. Había dejado una nota encima de la mesa: «Estoy en el río». No es que el río quedara lejos, pero alguien podía verla. A paso rápido me encaminé hacia allí. Encontré toda su ropa amontonada en el suelo, debajo de un árbol, mientras ella nadaba tranquila en el agua.

—Marisa, alguien puede verte —dije sin elevar mucho la voz.

—El agua está buenísima. Anda, métete.

—Tiene que estar helada. Además, no tengo traje de baño —me excusé mientras me sentaba en la hierba.

—¡Y eso qué más da! —dijo zambulléndose de nuevo.

La vi hacer innumerables piruetas. Después se sumergió y al rato apareció en la orilla. Salió del agua desnuda y yo tuve que desviar la mirada hacia otro lado. Ella no parecía sentir ningún pudor y yo era incapaz de mirarla sin que mi cuerpo se pusiera a temblar. Se acercó hasta donde yo estaba y se tumbó en la hierba.

—Me seco un poco y nos vamos.

Asentí con la cabeza pero sin mirarla. Estaba a mi lado, desnuda, y yo luchaba para que el torbellino que sacudía mi interior no se manifestara.

—Deberías haberte bañado. El agua está buenísima —comentó con los ojos cerrados.

—La próxima vez —acerté a decir mientras espiaba su desnudez de reojo. Su piel era tan pálida como la de su rostro y también estaba cubierta de innumerables pecas. Sus pechos eran pequeños y sus pezones, turgentes. Parecían ignorar su inmenso poder. No podía seguir mirándola y, como ella, opté por cerrar también mis ojos. Su desnudez despertaba algo en mí que nunca antes había sentido.

Estuvimos un rato en silencio y, cuando ella comenzó a vestirse, yo me adelanté hasta un zarzal. Aunque aún no era el tiempo, ya brotaban algunas moras. Saqué un pañuelo y envolví en él

unas cuantas. Pensé en hacer mermelada con ellas. Volvimos al caserío y afortunadamente nadie se cruzó con nosotras.

Después de comer nos sentamos un rato, y Marisa siguió con el hábito de fumar un cigarrillo.

—¿Y qué tienes pensado hacer cuando llegues a Francia?

—Perfeccionaré mi francés y buscaré trabajo como maestra.

—¿No echas de menos a tu familia?

—Claro que sí, cada segundo, pero hace tiempo que ellos decidieron excluirme de sus vidas.

—Hizo una pausa antes de continuar—. No querían que estudiase para maestra y me echaron de casa.

—¿En serio? —pregunté con asombro.

—Digamos que no aprobaban mi forma de ver la vida.

—Pero eso es horrible. No puedo ni imaginar que eso me pasara a mí.

—No es tan grave. Solo tuve que decidir: o vivir bajo sus leyes y consentir un matrimonio concertado o seguir mi propia vida. Obviamente, elegí lo segundo y no me arrepiento en absoluto. Trabajé como modista para pagarme las clases nocturnas y, cuando obtuve el título, empecé a ejercer como maestra.

—Eres muy valiente.

—No lo creas. Me pasé meses llorando y, cuando estaba a punto de volver a casa con ellos, conocí a alguien que me dio un buen consejo.

—¿Y cuál fue?

—Haz siempre lo que te apasione; si no, la vida no tendrá ningún sentido.

—Es un buen consejo.

—¿Sabes por qué quise hacerme maestra? —Negué con la cabeza—. Hace tan solo unos años, con la dictadura de Primo de Rivera, los contratos de maestras tenían una serie de cláusulas. Entre ellas se mencionaban cosas como no casarse, no andar en compañía de hombres, estar en casa a menos que fuese durante el horario escolar, no fumar cigarrillos, no beber *whisky* ni cerveza, no viajar en automóvil con ningún hombre excepto tu padre o tu hermano, no teñirse el pelo, no usar vestidos que queden a más de cinco centímetros por encima de los tobillos, no maquillarse ni pintarse los labios y otras muchas más que aludían a la limpieza del aula. El gobierno de la República consiguió cambiar todo eso y la enseñanza ha mejorado mucho desde entonces. Por eso me hice maestra, para acabar con todo aquello y dedicarme a enseñar, a transmitir valores culturales y educacionales. Acercar la cultura a todos los niños, sin distinciones, porque siempre he creído que todo el mundo tiene derecho a recibir una buena educación.

No pudo contener la emoción y sus ojos brillaron a causa de las lágrimas.

—Seguro que eres una maestra maravillosa —le dije acariciándole la mano. Ella me devolvió el gesto.

—Ahora que estaba empezando a cambiar todo, van esos canallas y provocan esta guerra.

Las dos estábamos de acuerdo. Aquella guerra no iba a traer nada bueno. Me levanté y fui hasta la cocina para preparar la mermelada. Limpié concienzudamente cada una de las moras hasta no dejar ni rastro de ninguna hoja. Las mezclé con el azúcar y luego las puse a fuego lento. Marisa se acercó a ver cómo lo hacía.

—Haces que todo parezca tan fácil...

—Lo es. Solo hay que estar pendiente de ir retirando la espuma que las moras van creando.

Así se consigue una buena textura.

—Imagino que esto también lo aprendiste de tu madre.

—Era una cocinera excelente.

—Debes echarla mucho de menos.

—Sí, aunque muchas veces siento que está aquí conmigo. Te parecerá una tontería.

—No, nada de eso. Mientras mantenemos sus recuerdos, conseguimos que no se marchen del todo. Te entiendo muy bien. ¿Puedo?

Le pasé la cuchara y dejé que ella misma quitara la espuma. Estuvimos pendientes de que las moras y el azúcar no se quemaran. Era la primera vez que Marisa hacía mermelada, y se mostró satisfecha con el resultado.

—Ahora hay que dejar que se enfríe. Luego la pasaremos a un tarro y mañana podrás probarla.

—Seguro que está buenísima. Por cierto, me he fijado en la flor que hay colgada en la puerta de la entrada.

—¿Te refieres a la Eguzkimore? Es la Flor del Sol. Hace muchísimos años, cuando no existían ni el sol ni la luna, la gente tenía mucho miedo de la oscuridad. Decían que la noche se comía a los pastores y a las ovejas, por eso las personas de entonces pidieron a Mari, la mujer de la que te hablé el otro día, que los ayudase. Ella les regaló su primera hija, Ilargi, es decir, la luna, pero su luz no era suficiente y volvieron a pedirle de nuevo su ayuda. En esa otra ocasión, Mari les obsequió con una segunda hija, Eguzki, el sol. Pero como la noche seguía siendo peligrosa, Mari bendijo con su protección a todos los hogares que tuviesen una Eguzkimore en su entrada. Así, si algún espíritu maligno intentaba entrar, primero debía pararse a contar las brácteas de la planta y, al final, el día terminaba sorprendiéndolo sin haber terminado su tarea.

—Veo que aquí seguís mucho las tradiciones.

—Yo no creo demasiado en esas cosas, pero siempre he vivido rodeada de la naturaleza y tengo mucho respeto por ellas. La tierra me lo ha dado todo, a mí y a mi familia, y hemos de ser agradecidos con ella. No sé, pero siento que pertenezco a todo esto.

—Eso que dices es muy bonito. Yo nunca he sentido que formara parte de nada —dijo con la mirada entristecida.

—Pues yo me siento atada a esta tierra, a estos montes, a este caserío. —Marisa me observaba en silencio—. Soy una sentimental —dije queriendo restarle importancia. Después de lo que me había contado sobre su familia, entendí su tristeza. Pensé que un buen vaso de leche caliente la animaría.

El día había sido largo, así que nos acostamos pronto. Como ya iba siendo habitual, tardé un buen rato en conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en ella. Una simple pared nos separaba y en mi mente aparecía una y otra vez la imagen de su cuerpo desnudo junto al río. De pronto un ruido me sobresaltó. Abrí los ojos de par en par. Todo estaba oscuro. Tal vez habían sido los animales. Escuché poniendo más atención y el ruido volvió a producirse de nuevo. En esa ocasión lo oí con más claridad. Me pareció creer que provenía de la huerta. Me levanté con sigilo y me encontré de bruces con Marisa, que también lo había escuchado.

—¿Tú también lo has oído? —me susurró.

—Sí —dije cogiendo la escopeta de mi padre—. Mantente detrás de mí.

Lagun caminaba a mi lado y parecía nervioso. Salimos intentando hacer el menor ruido posible y, al desviar la mirada hacia la huerta, pudimos comprobar que allí no había nadie. Nos

acercamos hasta la cuadra y, excepto los animales, tampoco encontramos nada más.

—¿Has visto esas pisadas?

Entonces me fijé en la tierra. Las huellas eran tan recientes que sobresalían en el barro. Observé con más detenimiento toda la huerta y vi que muchas de las hortalizas estaban mordisqueadas.

—Ha debido de ser un zorro o un lobo. Menos mal que la cuadra estaba cerrada; si no, habría ido a por las ovejas.

—Deberíamos entrar. No sea que le dé por volver.

Después del incidente, todavía me costó más conciliar el sueño, así que, cuando amaneció, el cansancio se había apoderado de mí. Me despertó un aroma a café. Marisa se había levantado antes que yo y había terminado casi todas las tareas. Estaba preparando el desayuno cuando me uní a ella en la cocina.

—Buenos días. Me he quedado dormida. Lo siento mucho.

—No lo sientas, necesitabas descansar. Siéntate. Hoy el desayuno lo sirvo yo.

Había dispuesto la mesa sin que faltara ningún detalle. Incluso la había adornado con un jarrón y unas flores silvestres que imaginé habría recogido esa misma mañana.

—Tendremos que probar esa mermelada, ¿no?

Asentí emocionada. No recordaba la última vez que alguien me había preparado el desayuno. Marisa metió el dedo en el tarro y se lo llevó a la boca.

—Mmmm, está buenísima. Toma, pruébala —dijo mientras volvía a untar el dedo y me lo ofrecía para que yo también la probase. Estoy segura de que me sonrojé, pero conseguí acercar mi boca a su dedo.

—Es verdad, ha quedado muy rica —acerté a decir, intentando aparentar normalidad, cuando lo único que sentía era un fuego abrasador recorriendo todo mi cuerpo. Nuestras miradas se encontraron y supe al instante que ella se había dado cuenta de mi sonrojo.

—He estado arreglando un poco la huerta, pero el animal de ayer ha causado bastantes destrozos.

—No importa. La cosecha de patatas está para recoger. Después araré un poco la tierra y sembraremos cebollas.

Y así lo hicimos, en cuanto terminamos de desayunar nos pusimos manos a la obra. Recogimos todas las patatas y yo empecé a trabajar la tierra.

—Me gustaría ayudarte.

—Dentro hay otra azada. En el cuartillo que está al lado de la despensa.

Sin quererlo, Marisa encontró el salvoconducto que yo, en un descuido, había dejado allí a la vista. Cuando volvió, su cara lo decía todo.

—Pensaba que tu padre y tu tío estaban luchando en el frente con los republicanos.

—Marisa, por favor, deja que te explique.

—¿Explicarme el qué? Yo he sido sincera contigo desde el primer momento y resulta que tú estás con esa chusma. Seguro que te has divertido de lo lindo. Creía que éramos amigas. Voy a recoger mis cosas —dijo, volviendo al interior de la casa. Yo la seguí y la agarré del brazo.

—Por favor, escucha lo que tengo que decir. Después, si sigues queriéndote ir, dejaré que lo hagas, pero antes siéntate, por favor —le rogué, y aunque ella no parecía muy convencida, al final accedió—. Mi tío es carlista y forma parte del ejército. Antes de que comenzara la guerra se

presentó aquí y obligó a mi padre a partir con él al frente. Mi padre y yo no compartimos sus ideas, las rechazamos, pero ¿qué podía hacer él? Mi tío no le dejó otra opción. Le odio con todas mis fuerzas por lo que nos ha hecho. Tienes que creerme, no soy una de ellos.

—Debiste contármelo.

—Lo sé, y he estado a punto de hacerlo en más de una ocasión, pero sabía que reaccionarías de esta misma manera. Estoy avergonzada por ello. Perdóname, por favor. Me gustaría que te quedaras.

Le conté todo lo que había presenciado en mi visita al pueblo y la convencí de que no era un buen momento para que reanudara su marcha hasta Francia. Encendimos la radio, pero las noticias seguían siendo las mismas. Reinaba el caos en muchas ciudades de España, y sobre la frontera no mencionaban nada.

—La semana que viene bajaré al pueblo a ver si me entero de algo —le prometí.

—Eso puede ser peligroso.

—El salvoconducto me ayudará.

Y entonces me dio un beso en la mejilla.

—Siento haberte dicho todas esas cosas —me susurró al oído.

—Y yo siento haberte mentido —dije abrazándola.

8

Mujeres valientes

El ambiente en la facultad seguía revuelto. El descontento de los alumnos por el incidente del periódico era más que evidente, pero el rector seguía sin querer recibir a Amaia. Con la publicación de la noticia en *El País*, otros medios también se habían puesto en contacto con Marcos para publicar más información sobre el tema. Ese día acudió una televisión local para grabarlos allí mismo, en la universidad. Ambos explicaron ante las cámaras todo lo ocurrido y fueron hasta el rectorado para dejar constancia de la insistente negativa del rector a recibirlos. Mencionaron lo de la recaudación para comprar alguna máquina de escribir eléctrica y así poder seguir adelante con el periódico. Las muestras de apoyo no se hicieron esperar. Al día siguiente el canal de televisión contactó con ellos y les puso al corriente de la cifra que habían recaudado hasta el momento. Alcanzaba por lo menos para dos máquinas de escribir. Todos lo celebraron y no perdieron ni un segundo para ponerse manos a la obra y preparar el siguiente número.

En cuanto terminaron las clases, Amaia fue a Beasáin para comer con su *amona* y después llevarla con ella a la conferencia. Cuando llegó al caserío Ane se sorprendió: no la esperaba hasta el domingo.

—*Kaixo*, Amaia. ¿Cómo tú por aquí?

—He venido a comer contigo y además me gustaría que vinieras a la conferencia de la que te hablé.

—Anda, siéntate.

Ane añadió un cubierto más a la mesa y le sirvió un buen plato de alubias negras. Después colocó una fuente con varios trozos de morcilla rellena de puerro, su preferida.

—Mmmm, *amona*, están buenísimas —dijo dando buena cuenta de ellas.

—Al parecer este año ha habido una buena cosecha. Las compré el otro día en el mercado de Ordicia.

Comieron en silencio hasta que Amaia volvió al tema de la conferencia.

—*Amona*, me encantaría que vinieras.

—A mí no se me ha perdido nada allí. Yo ya estoy mayor para esas cosas.

—Pensaba que te gustaría conocerlas. Tenéis muchas cosas en común.

—Tanto Dolores como Pilar son unas luchadoras. Yo, en cambio, siempre he hecho lo que

otros esperaban de mí.

—*Amona*, no digas eso.

—Pero es la verdad. No hay ni un solo día en que me pregunte ¿por qué no tuve agallas?

—Estuviste sola, aquí en el caserío, mientras se desataba una guerra. Yo creo que fuiste muy valiente.

—Valiente habría sido luchar y plantarle cara a mi tío, pero no lo hice.

Amaia vio el dolor en los ojos de su abuela y le cogió la mano dándole un cariñoso apretón. Terminaron de almorzar y recogió la mesa. Mientras fregaba los platos puso a su *amona* al corriente de lo que había pasado con el periódico.

—No me lo puedo creer. ¿Acaso no os enseñan en la universidad qué es la libertad de expresión?

—Claro, pero si publicamos algo que no les gusta nos dejan sin medios para seguir con el periódico.

—¿Habéis conseguido recaudar dinero suficiente?

—Sí. Ya estamos preparando el próximo número, donde contaremos todo lo que nos han hecho.

—Espero poder leerlo —dijo Ane haciendo una pausa—. Por cierto, el otro día hablé con tu madre. Está preocupada por ti. Dice que hace tiempo que no habláis.

—Es que siempre que nos vemos terminamos discutiendo. No le gusta nada de lo que hago.

—Ella te quiere, Amaia. Tiene otra forma de pensar, pero estoy segura de que, si le explicas las cosas, acabará entendiendo.

—¿Y qué le voy a contar? Es mi vida, y no tengo que dar explicaciones a nadie.

—Es tu madre y no se merece saber de ti a través de otros. ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo, es solo que... —Amaia no supo qué decir.

—Es normal tener miedo, yo también lo he tenido muchas veces y con los años me he dado cuenta de una cosa, que ese miedo solo está en tu cabeza. Mira, hagamos un trato, yo voy a la conferencia si tú me prometes que la semana que viene irás a visitar a tu madre.

—*Amona*, eso es chantaje.

—Llámalo como quieras. ¿Aceptas o no?

Amaia se quedó pensativa y al final, con un gesto de derrota, asintió con la cabeza.

—Voy a arreglarme un poco y nos vamos.

Mientras la esperaba, vio que al lado de la chimenea estaba la caja de fotos que le había prestado para el trabajo de Historia. Reconoció el sobre donde había encontrado la foto de Marisa pero esta vez, además de la foto, asomaba una carta. No pudo contener su curiosidad y la leyó:

Anglet, 10 de agosto de 1938

Querida Ane:

Te escribo desde Anglet, un pequeño pueblo entre Bayona y Biárriz, He tenido la suerte de poder llegar hasta aquí gracias a un compañero, también republicano, que conocí en el campo de refugiados de San Juan de Luz. Después de pasar allí casi nueve meses durmiendo bajo el techo de un frontón, con una sola manta para

protegernos del frío y sin apenas comida, Juan, este compañero, me contó que tenía unos amigos en Anglet que podrían ayudarnos. No me lo pensé y decidí acompañarlo en su aventura. Tarde o temprano, las autoridades francesas nos habrían desalojado a otro lugar porque San Juan de Luz no paraba de recibir españoles que, como yo, escapaban desesperados de la guerra. La ciudad no tardó en triplicar el número de su población y no había recursos para todos. Juan y yo decidimos abandonar el campamento una noche. Caminamos durante días y, aunque no fue fácil, finalmente conseguimos llegar al pueblo. No tardamos mucho en dar con su amigo, ya que tenía un taller de reparación de coches y no había muchos por allí. François y Marte nos abrieron las puertas de su casa. Juan enseguida se puso a trabajar en el taller y yo, gracias a Marie, he conseguido trabajo como limpiadora en una escuela. No gano mucho dinero, pero sí lo suficiente para alquilarme una habitación en un hostel y no seguir abusando de la hospitalidad de los amigos de Juan. Marie me da clases de francés en mis ratos libres. Estoy aprendiendo mucho y tal vez, con el tiempo, pueda aspirar a un trabajo mejor.

Espero que contestes a mi carta, ya que por fin dispongo de una dirección propia a la que puedes enviarla.

Deseo con todas mis fuerzas que estés bien. El no tener noticias tuyas me esta matando. Separarme de ti ha sido mucho más doloroso que todo lo que he vivido durante este tiempo. Espero que esta injusta guerra termine cuanto antes, porque sueño con el día en el que tú y yo volvamos a vernos.

Por favor, escíbeme y dime que estas bien.

Te quiero y siempre te querré.

P. D: Te mando las fotografías que nos hicimos junto al banco de madera. Escondí tan bien el carrete que fue lo único que no lograron quitarme. Espero que no me olvides.

Marisa

Amaia no daba crédito a lo que acababa de leer. Oyó que su *amona* se acercaba desde la habitación y dejó la carta en su sitio. Visiblemente emocionada, se giró para recibir a su abuela.

—Estás muy elegante —dijo intentando contener la emoción.

—Y tú muy rara. ¿Estás bien? —preguntó Ane, a la que no se le escapaba una.

—Sí, *amona*, solo estoy algo cansada por todo esto del periódico. ¿Nos vamos?

Durante el trayecto hasta *Donostia*, Amaia no podía dejar de pensar en la carta de Marisa, mientras que Ane no paraba de hablar de esto y de lo otro.

—¿Y cómo es que habéis contactado con Ibárruri?

—El grupo feminista se ha encargado de todo. Este año se cumplen cincuenta años desde que la mujer consiguiera el derecho al voto y está participando en muchos actos. La verdad es que parece una mujer bastante sencilla. Desde el primer momento aceptó nuestra invitación sin

condiciones. Tanto ella como Pilar son dos grandes referentes para nosotras, para la lucha.

—Lucha que veo estás empeñada en continuar. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, *amona*.

Llegaron a la facultad media hora antes de que empezara la conferencia. Tras dejar el coche en el aparcamiento, se dirigieron hasta el aula magna. Allí sus compañeras lo tenían casi todo listo para que diera comienzo el acto. Natalia las estaba esperando.

—Ane, qué alegría verla. Está guapísima —dijo, plantándole dos efusivos besos en la mejilla.

—Natalia, *maitia*. Yo también me alegro de verte. A ver si el próximo domingo vienes al caserío con Amaia.

—Claro. Allí estaré.

—¿Te gusta el *marmitako*?

—Sí, mucho.

—Pues entonces ya tenemos el menú —dijo sonriente.

Natalia miró a Amaia para comprobar que estaba de acuerdo con el hecho de que la acompañase y recibió una sonrisa como respuesta.

Se sentaron en la segunda fila y unos minutos más tarde la sala estallaba entre aplausos para recibir a las invitadas. Dolores Ibárruri y Pilar Soler saludaron y se sentaron en la parte alta que se había improvisado como si de un escenario se tratase. En primer lugar dieron las gracias a la Juventud Universitaria Feminista por haberlas invitado a dar aquella charla. Una compañera de la asociación presentó a las invitadas e hizo una breve introducción de la historia de la lucha de las mujeres por conseguir el voto femenino. Nombró a Hubertine Auclert, que en 1876 fundó la sociedad *Le Droit des Femmes* para promover e impulsar el derecho al voto de las mujeres, y que luego pasó a llamarse *Le Sufrage des Femmes*. También mencionó a Millicent Fawcett, fundadora de la Unión Nacional de Sociedades del Sufragio Femenino (NUWSS). Tampoco podía faltar Emmeline Pankhurst, que fundó la Unión Social y Política de las Mujeres (WSPU) en 1903, junto a otras mujeres británicas que fueron llamadas *suffragettes*, y con ellas empezaron los enfrentamientos violentos en su lucha por conseguir el voto femenino. Tras el prefacio histórico, tomó la palabra una Dolores Ibárruri que, a pesar de contar con 85 años, seguía teniendo una energía admirable. Habló de la gran labor que había ejecutado Clara Campoamor en su cargo como diputada por el Partido Republicano Radical durante la Segunda República. Elogió sus logros como miembro del equipo que se encargó de elaborar el proyecto de la Constitución de la nueva República. Entre ellos destacaban el divorcio, la no discriminación por razón de sexo, la igualdad jurídica de los hijos e hijas habidos dentro y fuera del matrimonio, y el sufragio universal, que tuvo que debatirse en las Cortes.

Dolores también explicó el famoso desencuentro que tuvo Campoamor con Victoria Kent. Esta última, diputada del Partido Republicano Radical Socialista, era contraria al voto de las mujeres. Sus argumentos eran que estas estaban todavía muy influenciadas por la Iglesia y sus votos irían a parar a favor de la derecha.

—Al parecer el debate fue todo un acontecimiento en el que Clara Campoamor salió vencedora. Pero yo creo que, a pesar de sus diferencias, las dos fueron vencedoras en su lucha por los derechos de la mujer —añadió la compañera que las acompañaba en la mesa.

También se habló de la Guerra Civil y ambas invitadas contaron sus experiencias durante aquellos horribles años. El salón de actos se sumió en un silencio estremecedor cuando Pilar

Soler habló de cómo dio a luz en la cárcel y relataba todo lo que allí vivió durante la etapa del franquismo. Además explicó las infinitas torturas a las que había sido sometida cuando, dos años después de haber conseguido la libertad y estando en la clandestinidad en la resistencia, fue detenida y encarcelada de nuevo.

Ambas protagonistas hablaron de sus exilios y de cómo los vivieron, Dolores en la URSS y Pilar en Francia. Sus testimonios dejaron a los allí presentes sin habla. Ane escuchaba en silencio y no pudo evitar recordar aquella época, revivir en su cabeza todo lo acontecido, pero, sobre todo, no podía dejar de pensar en Marisa. Amaia la observaba de vez en cuando y se dio cuenta de que su abuela estaba emocionada. La cogió de la mano y la acarició con cariño. Ane se aferró a su nieta, lamentando esa parte de su pasado.

El tiempo de ruegos y preguntas llegó y los asistentes se mostraron más que participativos. Nadie quería perderse la oportunidad de hablar con aquellas magníficas mujeres. Casi todas las cuestiones fueron relacionadas con la guerra y con el franquismo. Tanto Dolores como Pilar contestaron a cada una de ellas con total naturalidad. Era importante que la juventud supiera de los horrores de aquella etapa de la historia, y nadie mejor que ellas para contárselo.

El acto duró cerca de dos horas y, cuando la gente empezó a abandonar el aula, las tres se encaminaron hasta el escenario para conocer a las invitadas de primera mano. Amaia las saludó y seguidamente les presentó a su abuela. Ane no podía creer que estuviera hablando con Dolores Ibárruri. La admiraba por su lucha y su entrega, valores que, a su parecer, a ella siempre le habían faltado. Ante aquellas dos mujeres, todavía se sentía más cobarde que nunca. Cruzaron algunas palabras, sobre todo de agradecimiento, y se despidieron. Natalia se quedó con sus compañeras mientras Amaia y Ane se encaminaban hacia el coche.

—*Amona*, ¿estás bien? —le preguntó, notando que algo le rondaba.

—Sí, no te preocupes. Es que me han venido muchos recuerdos a la cabeza. Eso es todo.

—Pensé que te haría ilusión conocerlas.

—Sí, claro que sí.

Amaia arrancó y no quiso preguntarle más. Su *amona* no parecía tener ganas de hablar, así que hicieron todo el camino de vuelta en silencio. Cuando llegaron al caserío, Amaia la acompañó hasta el interior.

—¿De verdad que estás bien? —insistió.

—Sí, solo un poco cansada por el viaje. Lo he pasado muy bien. Me alegra que me animaras a acompañarte.

—Yo también me alegro. Hasta el domingo, *amona* —se despidió, dándole dos besos y un cálido abrazo.

—*Agur, maitia*. Y ten cuidado con la carretera.

Ya dentro del caserío y a solas, Ane se acercó hasta la chimenea y cogió el sobre que estaba sobre la repisa. Sacó la carta y la leyó una vez más. «Ojalá hubiera tenido el valor para dejarlo todo y escaparme contigo», se dijo a sí misma.

Amaia llegó a casa y Natalia ya estaba allí. La esperaba con la cena a punto.

—Lo de esta tarde ha sido increíble, y parece que tu abuela también lo ha disfrutado.

—Sí, pero apenas ha hablado durante el viaje.

—Se le habrán removido muchas cosas.

—Hoy he encontrado una carta de Marisa. Seguramente la que acompañaba a las fotografías

que vimos.

—¿Y la has leído? Cuéntame.

Amaia le puso al día de que lo había descubierto. Natalia la escuchaba con los ojos bien abiertos, como si no diera crédito a lo que estaba escuchando.

—Entonces, ¿se querían?

—No sé qué sentía mi abuela, pero está claro que Marisa la amaba.

—¿Le has dicho que la has leído?

—No. Prefiero que sea ella la que me hable de ello.

—Quizá este domingo te cuente algo.

—Quizá.

9

No pares, por favor

Había pasado una semana y, a raíz de contarle toda la verdad a Marisa sobre el salvoconducto, se mostró más comprensiva, pero la idea de reanudar su marcha lo antes posible seguía más que presente. Le prometí que bajaría al pueblo para ver cómo estaban las cosas por allí y así poder enterarme de algo. Aquella mañana, mientras ella lidiaba con los animales, yo cogí la bicicleta y me marché. Los nacionales y algunos carlistas se paseaban por las calles infundiendo el miedo. Apenas se veían vecinos, pero me topé con un conocido de mi padre que trabajaba en la fábrica de ferrocarriles. Se dirigía allí cuando me acerqué a él.

—¡Mikel! ¿Cómo estáis?

—Ane, ¿qué haces por aquí?

—He venido a comprar algo de harina. ¿Vas a la fábrica? Te acompaño.

—Mejor que no. Los falangistas se han adueñado de ella —me dijo bajando la voz—. Ya no construimos trenes, ahora nos dedicamos a hacer armas para ellos.

—No lo sabía. En casa ¿estáis todos bien?

—Sí, pero apenas nos llega para hacer una comida al día. Nos han retirado el salario y trabajamos a cambio de un pequeño almuerzo.

—Yo podría daros huevos y verduras. Dile a tu mujer que se acerque mañana al camino de Usurbe, frente a la fuente, y se los llevaré.

—Muchas gracias, Ane. ¿Tu padre está contigo en el caserío?

—No, se fue al frente a luchar y todavía no he tenido noticias tuyas. Me gustaría pedirte un favor. Seguro que tú en la fábrica te puedes enterar de cómo están las cosas. Necesito saber si los nacionales han tomado San Sebastián y en qué situación se encuentra la frontera.

—Ane, cuanto menos sepas, mejor.

—Por favor, es importante. No te lo pediría si no fuera así.

—Conozco a alguien que tal vez pueda informarme. Mi mujer te contará todo lo que averigüe.

—Mañana a las siete de la tarde la espero donde te he dicho. Muchas gracias, Mikel.

—A ti, Ane, y ten mucho cuidado.

—Descuida.

Me despedí de él y me dirigí hasta la panadería de Manu. La encontré cerrada y probé a

llamar a su casa, pero tampoco contestó nadie. Una mujer que en ese momento pasaba por allí me interrumpió.

—No insistas. Se han ido, como casi todos. Aquí solo quedamos los cobardes, los que no tenemos valor para enfrentarnos a esos malditos.

Aquellas palabras se me clavaron como si de un puñal afilado se trataran. Le pregunté por la harina y me señaló dónde podía conseguirla. Cerca de la plaza había un pequeño puesto que distribuía el kilo a cambio de dos pesetas. Era demasiado caro, así que tuve que renunciar a ella. Di media vuelta y, cuando salía del pueblo, dos militares gritaron algo a mis espaldas. Los ignoré y seguí pedaleando por el monte hasta llegar al caserío.

Cuando llegué, Marisa estaba con su cámara de fotos intentando inmortalizar el paisaje. Dejé la bici a un lado y me acerqué hasta ella.

—¿Puedo hacerte una foto?

—Como quieras —le dije—. ¿Dónde me pongo?

—Ahí mismo —dijo señalándome el lugar—. ¿Qué te parece si sonrías?

Lo hice de una forma forzada porque me sentía desnuda ante ella. No dejaba de mirarme y, aunque lo hacía a través de aquel minúsculo orificio, sentía sus ojos sobre mí. Bajó la cámara y se acercó.

—Perdona, tienes algo en el pelo —dijo mientras me lo retiraba y ponía un mechón detrás de mi oreja. Sus manos me rozaron la mejilla y un calor intenso recorrió todo mi cuerpo. Estoy segura de que me sonrojé porque la sonrisa de Marisa así me lo hizo saber—. Mucho mejor.

Agarró de nuevo su cámara y apretó el botón. Por fin pude sonreír porque en mi cabeza no dejaba de repasar la casual y maravillosa caricia. Parecíamos dos chicas ajenas a todo. Estaba teniendo lugar una guerra, pero me sentía más feliz que nunca disfrutando de su compañía.

Le pedí la cámara para inmortalizarla yo a ella.

—Intenta que salga todo el paisaje —me dijo.

Era la primera vez que tocaba un trasto de esos y ella advirtió mi torpeza. Se acercó y se colocó detrás. Posó sus manos sobre las mías y fue enseñándome la función de cada uno de los botones. Su cuerpo estaba muy cerca del mío y pude notar el roce de sus pechos contra mi espalda. Y ahí estaba de nuevo ese calor inexplicable que se apoderaba de todo mi ser cuando Marisa estaba cerca de mí. Intenté controlar la respiración porque el corazón me latía de una forma que sacudía cada uno de mis músculos. No sé si ella se dio cuenta, pero no se apartó. Todo lo contrario, comenzó a susurrarme al oído.

—Este dedo debes tenerlo siempre ahí. Ahora acercas la cámara a tu ojo derecho. Asegúrate de mirar solo por el visor. La imagen la verás en blanco y negro. Gira este anillo hasta verla nítida. Entonces estará enfocada.

—Sí, ya la veo —acerté a decir, intentando no pensar en sus pechos, que cada vez los sentía más pegados a mí.

—Está bien. Si te gusta lo que ves, ya puedes disparar.

Apreté el botón y ella se separó.

—Ya lo tienes. Mi turno —dijo mientras volvía a ponerse delante para que la retratase.

Escondida tras el visor, la observé durante un buen rato. Me pareció que la luz del sol le sentaba bien. Detecté un brillo especial en sus ojos. La enfoqué hasta verla lo más nítida posible y apreté el botón.

Aquellas imágenes quedarían plasmadas en el carrete para siempre, pero también en mi cabeza.

Durante la cena le conté cómo había sido mi visita al pueblo, y no dudó en mostrar su preocupación.

—Me da miedo que vayas sola.

—Con el salvoconducto nadie se atreverá a hacerme nada. Además, mañana no tendré que volver. He quedado muy cerca de aquí con la mujer de Mikel. Espero que haya podido conseguir información.

—Cada minuto que paso aquí te pongo en peligro —dijo llevándose las manos a la cara.

—No, por favor, no digas eso. Tú habrías hecho lo mismo por mí —la animé, acercándome a ella. Retiré sus manos de la cara y acaricié sus mejillas. Entonces nuestras miradas se encontraron, nuestras bocas enmudecieron y nuestros ojos hablaron por sí solos. Pude ver su deseo en ellos. Acerqué mi cara a la suya y mis labios buscaron los suyos con torpeza, pero cuando se encontraron se disiparon todas las dudas. Marisa me agarró por la cintura y yo me puse a temblar como una tonta.

—¿Estás bien? —me preguntó al notar mi nerviosismo.

—Sí, es solo que, yo nunca...

—Perdóname —dijo separándose de mí.

—No, por favor —la sujeté del brazo—. No pares —le rogué.

La cogí de la mano y la llevé hasta mi habitación. En un arranque de valentía, me quité la ropa y me quedé desnuda frente a ella.

—Eres bellísima —dijo mientras sus ojos recorrían mi cuerpo. No pude evitar sonrojarme, y entonces se acercó y acarició mi mejilla. Me besó, pero esta vez nuestras lenguas se encontraron. Aquello me excitaba y mi cuerpo no dejaba de temblar. Entonces Marisa también se quitó su ropa y me tumbó sobre la cama. Siguió besándome y con sus manos fue recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, deteniéndose en mis pechos. Sentía como mis muslos se humedecían y contemplar su cuerpo desnudo, aquel con el que tantas veces había soñado, me complicaba la respiración.

—¿Quieres que pare? —me dijo con cariño.

—Me moriré si lo haces —afirmé, besándola con urgencia.

Abandonó mis labios para besar mi vientre hasta llegar a mi sexo. Noté sus caricias y algo en mi interior estalló. Solté un gemido al sentirla dentro de mí y me abracé a ella con todas mis fuerzas. Nuestros cuerpos seguían pegados y reparé en que su respiración también se había acelerado. Estaba tan excitada como yo. Me coloqué sobre ella y admiré su cuerpo.

—No tienes que hacerlo, si no quieres.

—Deseo hacerlo —dije, llevando mis dedos hasta sus muslos. Suspiró y entonces comprendí que no podía demorarme mucho más. Me adentré tal y como ella lo había hecho hacía unos segundos conmigo.

—No pares, por favor.

Atendí a sus ruegos y no tardó en llegar al clímax. Nos besamos y nos quedamos abrazadas.

—Yo nunca había estado con nadie —le dije.

—¿Y te lo imaginabas así?

—No.

—¿Pero? —dijo, adivinando mis pensamientos.

—Ha sido maravilloso.

—Para mí también lo ha sido.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Has estado con muchas chicas?

—Vaya, veo que no te andas con rodeos —dijo sonriendo a la vez que cogía un cigarrillo de los de mi padre y lo encendía—. Cuando estudiaba en la academia, hubo una chica que me atraía. Solíamos coincidir en el comedor y por los pasillos. Ella era un año menor que yo y estaba en otro curso, pero el intercambio de miradas era más que evidente. Un día, llamaron a la puerta de mi habitación y allí estaba ella. La dejé entrar y se sentó en mi cama. Sin decir nada me plantó un beso y después desapareció. Intenté hablar con ella en varias ocasiones, pero siempre me rehuía. Supongo que le entró miedo o no le gustaron mis labios. Así que para mí también ha sido la primera vez.

—Parecías tan segura... —le dije.

—Eso es porque llevo queriendo besarte desde el primer día que te vi. ¿Te arrepientes?

—En absoluto. Yo también lo deseaba, sobre todo desde que te vi desnuda en el río —dije besándola.

No sé en qué momento de la noche nos dormimos, pero cuando desperté a la mañana siguiente, tenía la certeza de que había sido la primera vez en mucho tiempo, desde que mi padre se había ido, que había podido dormir sin sobresaltos ni pesadillas.

* * *

—Buenos días, dormilona —me saludó Marisa desde la cocina. Esa mañana también se había levantado antes que yo y había preparado el desayuno.

—Puedo acostumbrarme a esto fácilmente —dije mientras me levantaba y me lavaba la cara.

—¿Qué te parece si después de hacer las tareas vamos al río? Luego podemos dar un paseo por el monte.

—Me parece una gran idea —concluí.

Desayunamos y nos repartimos las tareas como de costumbre. Antes del mediodía ya las habíamos terminado, así que preparé algo de almorzar y lo metí en una cesta. Había salido el sol y, aunque no hacía mucho calor, era un buen día para ir de pícnic.

Algo en mí había cambiado. Me sentía muy feliz pero a la vez culpable. Mi padre estaba luchando en una guerra que no era la suya y yo solo podía pensar en Marisa y en cada una de sus caricias.

—Una peseta por tus pensamientos —dijo mientras estábamos sentadas junto a la orilla disfrutando del almuerzo.

—No dejo de pensar en lo feliz que me siento al estar contigo —dije con gesto preocupado.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que ahí fuera muchas personas están perdiendo la vida.

—Si no nos hubiéramos conocido, tal vez yo también estaría muerta.

—No digas eso.

—Pero es la verdad. Si no me hubieras ayudado, habría muerto de hambre. Cada vez que bajas al pueblo arriesgas tu vida. De alguna manera tú también estás luchando como ellos.

—¿De verdad lo crees?

—Claro que sí. Eres una buena persona y no te limitas a contemplar la guerra, ayudas a todo el que puedes. Eso es lo que más me gusta de ti —dijo, besándome—. ¡Y ahora bañémonos! —gritó mientras se desnudaba y se adentraba en el río.

Me quedé un rato sentada contemplándola y no pude evitar pensar que aquellos días tan maravillosos pronto llegarían a su fin. Tarde o temprano, Marisa se marcharía a Francia, y mi vida sin ella ya no sería la misma.

—¡Vamos! Está buenísima.

Me quité la ropa y me reuní con ella. Decidí aprovechar cada segundo a su lado y no martirizarme pensando en su marcha.

Después del baño, dimos un pequeño paseo por los alrededores. Le fascinaba el paisaje. Al atardecer, decidimos volver. Yo debía reunirme con la mujer de Mikel, así que acordamos que Marisa se quedaría esperándome en el caserío. Era mejor que nadie la viera.

Caminé por el monte hasta el punto de encuentro y allí estaba la mujer con un cántaro a cuestas.

—En el pueblo lo preguntan todo, así no sospecharán.

—Aquí tienes —le dije dándole los huevos y alguna verdura escondidos bajo un trapo.

—Muchas gracias, Ane, esto significa mucho para nosotros. Con los niños apenas nos alcanza para comer.

—Podemos vernos aquí todas las semanas. Te traeré todo lo que pueda.

—Mi marido me ha dicho que las cosas por *Donostia* andan revueltas. Los nuestros se resisten y por el momento no han caído, pero Mikel dice que no tiene buena pinta. Hay bombardeos diarios y es mejor no acercarse.

—Muchas gracias, Nekane. Dile a tu marido que le agradezco mucho la información. Te espero el viernes que viene a la misma hora para ver si ha averiguado algo más.

—Ten mucho cuidado, *neskatxa*. Esta gente no se anda con chiquitas.

—Tranquila.

Nos despedimos y yo volví al caserío. No eran buenas noticias para Marisa, pero me alegré porque tendría que quedarse algunos días más conmigo.

Cuando llegué, había preparado una sopa para cenar y estaba escuchando la radio poniendo todos sus sentidos en ella. Cada noche sintonizábamos una emisora nueva. Las emisiones piratas estaban a la orden del día y nosotras teníamos interés en oír cualquier noticia sobre lo que estaba ocurriendo. Un día más, locutaron uno a uno todos los bombardeos que habían tenido lugar orquestados por ambos bandos y, por último, emitieron una lista de todas aquellas ciudades donde la resistencia había conseguido frenar a los fascistas. Escuchando aquello en aquel momento, nada hacía presagiar que perderíamos la guerra.

10

Tengo que decirlos algo

Amaia no dejaba de pensar en lo que su *amona* le había revelado.

—Creo que tu abuela lo ha hecho adrede —dijo Natalia, sacándola de su embelesamiento.

—¿Qué quieres decir?

— Toda esa historia, no creo que haya sido casual. Además, lleva tiempo pidiéndote que hables con tus padres.

—Imaginaba que sentía algo por Marisa, pero no que llegaran tan lejos. No pensaba que mi abuela fuera...

—¿Lesbiana? Vamos, Amaia, ¿por qué te cuesta tanto decirlo?

—No es eso, ya sabes que no me gustan las etiquetas.

—Mírate, todavía tienes miedo de contar lo nuestro.

—Sabes que mis padres no tienen nada que ver con los tuyos. Ellos jamás lo aceptarán.

—Eso no lo sabes, y nunca lo sabrás si no se lo cuentas.

—No todos podemos tener tu misma suerte.

—¿Suerte, dices? Para mí tampoco fue fácil, ¿sabes? También pensé que me odiarían por ello, pero entonces comprendí que la única que se odiaba a sí misma no aceptando la realidad era yo.

—Lo siento. Tienes razón, soy una cobarde, pero mi abuela no lo es. ¿Por qué se casó entonces con mi abuelo, si amaba a Marisa?

—Me temo que ese es otro capítulo que tendrá que contarte, pero no es difícil de imaginar. En aquellos años, una mujer sintiendo algo por otra habría sido todo un escándalo y, por lo que cuenta tu abuela, su padre no era un hombre muy moderno que digamos. ¿Sabes si tiene alguna carta más de Marisa?

—No lo sé, no he querido mencionarle que la había leído. Ahora que se está sincerando conmigo, no quiero estropearlo.

—Tal vez Marisa siga viva y esté viviendo en ese mismo pueblo.

—Han pasado muchos años.

—Tengo unos tíos en Bayona. Puedo hablar con ellos, darles el nombre y la dirección, a ver si pueden averiguar algo.

—No sé si deberíamos.

—¿Por qué no?

—Supongo que mi abuela, cuando se casó, dio carpetazo al asunto.

—Pero tú misma has dicho que la amaba.

—Sí, por eso creo que algo tuvo que pasar para que tomara la decisión de casarse con mi abuelo.

—Tú déjalo en mis manos —dijo Natalia con cierto misterio.

* * *

En la facultad, los compañeros del periódico, con el dinero que había donado la gente, se habían hecho con un par de máquinas de escribir. El rector volvió a concederles la misma sala que habían estado usando antes de todo el revuelo. Amaia sospechaba que algo o, mejor dicho, alguien había echado mano de su influencia para que el rector hubiera tomado aquella decisión e imaginaba quién podía estar detrás.

Estaban preparando el siguiente número y Amaia tecleaba sin parar su editorial. Quería contarle todo, sin dejarse ningún detalle. Se había cometido una gran injusticia con ellos, y todo el mundo tenía derecho a saberlo. Tampoco quiso olvidarse de agradecer a todas aquellas personas anónimas que los habían apoyado desde el primer momento y que, gracias a su generosidad, habían podido comprar las máquinas eléctricas para seguir adelante con la publicación. En cuanto terminó, le pasó el escrito a Marcos.

—Me voy, que tengo muchísimas cosas que hacer. Mañana me cuentas qué te parece.

—Seguro que está genial.

Corrió por el campus. Quería agradecer a la profesora de Deontología todo su apoyo, así que se acercó hasta su despacho.

—Adelante —dijo al sentir que alguien llamaba a la puerta—. Amaia, no te esperaba.

—Buenos días, me he pasado para darle las gracias por todo lo que ha hecho por nosotros y por el periódico.

—Yo no he hecho nada. El mérito es todo vuestro. Dime, ¿para cuándo el próximo número?

—Ya estamos trabajando en él, la semana que viene estará listo. Con el dinero recaudado hemos podido comprar unas máquinas de escribir y el rector nos ha devuelto el aula que usábamos.

—¡Eso es estupendo! —dijo la profesora sonriendo.

—Ha sido usted, ¿no?

—¿Yo? No sé a qué te refieres.

—A que hayamos recuperado el aula. Estoy segura de que el rector jamás habría cedido.

—Se estaba cometiendo una gran injusticia.

—Gracias, en el nombre de todos mis compañeros y especialmente en el mío —dijo mientras se levantaba para irse.

—Espera un segundo Amaia. Quería comentarte algo.

—Dígame —respondió, volviéndose a sentar.

—Hace unos meses, unas cuantas profesoras de la facultad creamos una revista para hablar

sobre el papel de la mujer en la sociedad actual. Estamos empezando, pero nos encantaría contar contigo. Me gusta tu estilo y sé que podrías aportarnos muchas ideas. Se trata de una publicación mensual y cobrarías por artículo, aunque ya te adelanto que no sería gran cosa.

—Estaré encantada de participar.

—Nos reunimos en un pequeño local, en el barrio de Amara. Esta es la dirección —le dijo, apuntándose en un papel—. El jueves a las siete.

—Allí estaré.

—Hablaremos de los temas a tratar y haremos el reparto. Me alegra que te unas a nosotras. Nos vemos el jueves.

—Muchas gracias —dijo, abandonando el despacho.

La propuesta la había pillado por sorpresa, pero colaborar en la revista mano a mano con la profesora era algo que le apetecía muchísimo. Cuando terminaron las clases fue a buscar a Natalia a la facultad de Derecho. Hizo tiempo en la cafetería hasta que su compañera terminó con la última clase.

—Tengo que contarte algo —le dijo mientras se sentaba a su lado.

—Tú dirás.

—La profesora de Deontología me ha ofrecido colaborar en una revista que ella y otras docentes han montado.

—¡Vaya! ¡Eso es genial!

—Es una publicación que trata el tema de la mujer en todos los ámbitos y se publica todos los meses. El jueves tengo que reunirme con ellas.

—Me alegro mucho por ti. Además, no se me ocurre nadie mejor que tú. Si necesitan ayuda de tipo legal, ya sabes a quién recomendarles —dijo sonriendo.

—Tengo otra cosa que contarte. He decidido hablar con mis padres. Esta tarde he quedado con mi madre.

—¿Te sientes preparada para hacerlo?

—Debo hacerlo. Tú y mi *amona* tenéis razón, debo ser sincera conmigo misma, y también con ellos.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, esto es algo que debo hacer yo sola.

—Sabes que te quiero, y pase lo que pase, eso no va a cambiar.

—Lo sé, yo también te quiero.

* * *

Amaia decidió ir caminando hasta la casa de sus padres. Vivían en el centro y desde Gros apenas la separaban quince minutos andando. Estaba nerviosa porque no sabía cómo se lo tomarían. Cuando llegó al portal, respiró hondo y tocó el timbre. Su madre le abrió la puerta.

—Dichosos los ojos. Ya era hora de que vieneses —dijo, dándole dos sonoros besos en la mejilla.

—Hola, *ama*.

Entraron y se sentaron en el salón.

—¿Te apetece un café?

—Vale. ¿Y el *aita*?

—Está trabajando. En el bufete andan con un caso bastante importante —dijo desde la cocina donde preparaba el café. Volvió con dos tazas y unas pastas en un platillo.

—Y a ti, ¿qué tal te va en la facultad?

—Bien —dijo sin profundizar.

—¿Y el periódico? ¿Habéis conseguido arreglarlo?

Amaia miró a su madre sorprendida de que estuviera al tanto de lo ocurrido.

—Tu abuela me pone al día, como te ve más que yo...

—Es que ando muy liada.

—Ya —dijo resignada.

—Quería hablar con los dos. Mejor vengo otro día que esté el *aita*.

—Amaia, soy tu madre. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. Si tienes algo que decir, suéltalo ya.

—Está bien —dijo, tomando aire—. Natalia no solo es mi compañera de piso, somos pareja. Su madre la cogió de la mano al ver que temblaba.

—Ya lo sabía.

—¿El *aita* también?

—No, tu padre está pendiente de otras cosas.

—¿Y desde cuándo lo sabes?

—Desde la primera vez que os vi juntas. Cariño, soy tu madre y te conozco mejor que nadie. Vi cómo os mirabais aquella tarde que nos encontramos por casualidad en el Boulevard.

—¿Y por qué no has dicho nada en todo este tiempo?

—Es tu vida, y no tengo ningún derecho a decirte cómo debes vivirla. Estaba esperando a que tú me lo contaras. ¿Creías que no iba a aceptarlo?

—Tenía miedo. Cuando os conté lo del grupo feminista no me apoyasteis demasiado.

—Solo queríamos que no te metieras en líos. Tu abuela me cuenta todo lo que haces y he leído tus artículos. Estoy muy orgullosa de ti, y tu padre también. Solo queremos que seas feliz.

Amaia no pudo contener las lágrimas.

—Lo siento mucho, *ama*. He sido una tonta —dijo, abrazándose a ella.

—No te preocupes, cariño.

—El *aita* no lo va a entender.

—A tu padre déjamelos a mí. Yo se lo contaré, pero a cambio quiero que el sábado vengas con Natalia a cenar. Si forma parte de la familia, ya es hora de que la conozcamos un poco más.

—Gracias, *ama*.

Mientras tomaban el café, se pusieron al día de todas las novedades. Amaia le contó lo de la colaboración en la revista de su profesora y lo del trabajo de Historia.

—*Ama*, ¿alguna vez la *amona* te ha contado algo sobre la guerra?

—Tu abuela nunca ha querido hablar del tema. Le he preguntado muchas veces, sobre todo cómo consiguió pasar tanto tiempo allí sola, en el caserío, pero siempre dice que prefiere no hablar de ello.

Amaia decidió seguir guardando el secreto de su abuela. Había confiado en ella para contarle

toda la historia y no quería defraudarla, así que no le mencionó nada sobre Marisa a su madre. Al fin y al cabo, había sido su *amona* la que le había empujado a que fuera a hablar con ellos y se sincerara de una vez por todas.

—El otro día estuvieron Dolores Ibárruri y Pilar Soler en la universidad ofreciendo una conferencia. Me llevé a la *amona* porque pensaba que le gustaría conocerlas.

—Me lo ha contado y dice que disfrutó mucho.

—¿El *aitona* tampoco hablaba de la guerra?

—Tu abuelo era un hombre muy callado. Su vida era el campo y en casa conversaba más bien poco. No era muy afectuoso, aunque trabajó muy duro junto a tu abuela para que yo pudiera ir a la universidad.

—*Ama*, ¿por qué no has vuelto a dar clases?

—Empecé a trabajar en ello nada más terminar la carrera de magisterio, pero ya sabes la historia: conocí a tu padre y luego llegaste tú. Quería dedicarme a ti por completo, no a media jornada.

—¿Te arrepientes?

—No, claro que no. La maternidad es algo maravilloso, y no me hubiera perdido por nada del mundo tus primeros pasos ni tu primera palabra.

Amaia vio que en los ojos de su madre asomaba cierta emoción. La abrazó y se sintió culpable por el distanciamiento que se había empeñado en establecer entre ellas. Siempre la había visto como una mujer conservadora, sin voz propia, acatando las decisiones de su marido, pero ahora acababa de darse cuenta de que no era así. Su madre se había volcado en ella dejando de lado sus sueños por decisión propia.

—Lo siento, *ama*, siento mucho haberme alejado.

Su madre la besó en la frente y se lo perdonó todo.

Se despidieron y Amaia prometió volver el sábado para cenar. Cuando llegó a casa, Natalia estaba estudiando.

—¿Y bien? —le preguntó mientras Amaia se quitaba el abrigo y las botas.

—Quiere que vayamos a cenar el sábado.

—Vaya, a eso le llamo yo no perder el tiempo.

—Ya lo sabía. ¿Te acuerdas cuando nos cruzamos con ellos aquel día en el Boulevard? —preguntó sentándose junto a ella.

—Sí.

—Pues, al parecer, la forma de mirarnos nos delató.

—Si es que a las madres no se les escapa una. ¿Y qué tal ha ido?

—Bien, pero he sido una imbécil —dijo, rompiendo a llorar—. Tanto empeño en separarla de mí cuando ella solo quería estar a mi lado.

—Eso tiene arreglo. ¿Y tu padre? ¿Cómo se lo ha tomado?

—No estaba en casa. Mi madre me ha dicho que no me preocupe, que ella se lo dirá.

—Seguro que se lo toma bien —la calmó Natalia, besándola—. Entonces este sábado conoceré a mis suegros oficialmente. ¡No sé qué voy a ponerme! —dijo, dando un respingo para recorrer el salón en círculos—. Tendrás que ayudarme. Por cierto, tendremos que ir a comprar una botella de vino. ¿Tu padre es más de tinto o blanco?

—Para, para —le dijo Amaia, invitándola de nuevo a sentarse—. Relájate, solo será una

cenar familiar. Nadie va a juzgarte. Además, estoy segura de que les vas a encantar. En cuanto le digas a mi padre que estudias Derecho, lo tendrás en el bote.

—Eso espero.

* * *

Amaia acudió puntual a la cita en el barrio de Amara. Su profesora estaba en la puerta del local esperándola.

—Bienvenida, Amaia —la saludó, abriéndole la puerta. Era una pequeña oficina y en el interior la esperaban otras cuatro mujeres.

—Os presento: chicas, ella es Amaia, la alumna de la que os hablé. Amaia, ellas son Teresa, Carmen, Esther y Manuela.

—Encantada —dijo Amaia con timidez.

Todas tomaron asiento y Carmen comenzó a hablar.

—Estamos preparando el próximo número de la revista y vamos a decidir qué temas vamos a tratar —dijo dirigiéndose a Amaia.

—Luego te paso algunos ejemplares de los que ya hemos publicado para que te hagas una idea de cómo trabajamos —le susurró su profesora.

—Habíamos propuesto hacer un reportaje sobre la ley del divorcio.

—Sí, de eso me encargo yo —dijo Esther.

—De acuerdo. Tú, Manuela, ibas a tratar el tema de la mujer trabajadora.

—Tenía pensado entrevistar a unas cuantas que trabajen en diferentes sectores y dar sus testimonios.

—Perfecto. De la entrevista del mes me encargo yo.

—Yo he pensado hacer un monográfico sobre Clara Campoamor por motivo del cincuenta aniversario del derecho al voto de la mujer.

—Me parece bien. Solo queda encontrar un tema para Amaia.

—Estoy con un trabajo de Historia sobre la Guerra Civil. Tal vez podría hablar con mujeres republicanas que lucharon en el frente y recoger sus experiencias —propuso.

—Suenan interesantes.

—Tengo algunos contactos que tal vez puedan servirte —comentó su profesora.

—Perfecto. Entonces, manos a la obra. Amaia, ahora te explico el espacio con el que vas a contar para tu reportaje. Si podemos añadir alguna foto de las protagonistas, sería genial.

—Lo consultaré.

—Toma, una copia de la llave del local. Esa será tu mesa. También tenemos un teléfono por si lo necesitas. Siéntete como en tu casa.

—Muchas gracias. Gracias por haberme dado esta oportunidad.

—Clara nos ha hablado tan bien de ti que no podíamos dejarte escapar.

Amaia miró a su profesora y le hizo un gesto de agradecimiento. Estuvo un par de horas allí, poniéndose al día y tomando notas de todo lo que Carmen le iba explicando. Antes de irse, volvió a darle las gracias a su profesora.

—No tienes que agradecerme nada y, por favor, tutéame. Aquí solo soy Clara.

Abandonó el lugar pensando en todo el trabajo que tenía por delante. No le importaba, estaba deseando enfrentarse a ello cuanto antes. Clara le había facilitado unos cuantos números de teléfono de algunas mujeres que habían luchado en su día con las milicias republicanas en Guipúzcoa. Pensó que, aunque su abuela no había estado en el frente, también podría formar parte del reportaje contando su historia. Su cabeza era un hervidero de ideas que se mezclaban unas con otras. En cuanto llegó a casa, se sentó en el escritorio y plasmó sobre el papel todos aquellos pensamientos que bullían en su mente.

11

Aquí nadie puede oírte

Los días fueron pasando y nosotras seguíamos disfrutando de nuestro amor. Yo había llegado a un acuerdo con Nekane para encontrarnos dos veces por semana. Las condiciones en la fábrica habían empeorado, y cada día les costaba más conseguir algo que llevarse a la boca. Yo podía ayudarlos y así lo hice. En cada uno de nuestros encuentros le llevaba todo lo que podía. Eran cuatro bocas que alimentar, y a Mikel apenas le proporcionaban un almuerzo. En el pueblo casi todo el mundo estaba pasándolo mal y lo poco que se conseguía, lo incautaban en las múltiples redadas que los carlistas hacían por las casas.

—Ane, el pueblo se está convirtiendo en un cementerio —me dijo Nekane en una de las ocasiones en que nos encontramos—. ¿Te acuerdas de Tomás, el zapatero?

—Sí.

—Pues lo encontraron el otro día ahorcado en su casa. Colgó una cuerda de una viga y se quitó la vida. Es tal la desesperación que la gente ya no sabe qué hacer.

—¿Y qué te cuenta Mikel de la fábrica?

—Ya sabes que él no es muy hablador y apenas me cuenta nada. Solo dice que esta guerra, tarde o temprano, acabaremos ganándola.

—Rusia ha enviado ayuda —dije apoyando su teoría.

—No sé, Ane. A mí todo esto me parece una locura. Si esta gente quiere que trabajemos, lo haremos. Ya sabes que en la zona del Goyerri siempre hemos sido gente muy trabajadora pero, a cambio, deberían pagarnos un salario digno. Nos tratan como a animales.

—Si necesitas algo más, solo tienes que decírmelo. No desesperes, ya verás como todo esto termina pronto —dije intentando creer mis propias palabras.

—Ojalá. Ten mucho cuidado. Hay una pareja de militares que se creen los amos del pueblo. Se cuelan en las casas y hacen lo que les da la gana. Si se acercan por el caserío, ni se te ocurra abrirles la puerta. Van buscando mujeres y las acusan de ser republicanas para humillarlas. El otro día sacaron a Felisa, la mujer del carpintero, a la plaza. La llevaron a rastras y allí mismo, delante de algunos vecinos que pasaban por allí, le raparon el pelo, la obligaron a desnudarse y le dieron una paliza mientras gritaban: «¡Roja de mierda!».

—¿Y nadie hizo nada?

—Los demás militares apuntaban con sus armas a todo aquel que se atreviese a intervenir. Y mientras, ellos, a carcajada limpia.

—¿Y Felisa?

—Nadie la ha vuelto a ver. La llevaron a su casa y hasta hoy. Todo el mundo tiene miedo y nadie se atreve a decir ni hacer nada.

—Algún día esa gentuza pagará por todo lo que está haciendo.

—Pues espero que ese día no tarde mucho en llegar.

Nos despedimos y, como siempre, retomé mi camino de vuelta. Decidí no contarle a Marisa lo que la mujer de Mikel me había relatado. Ya estaba bastante preocupada. La encontré intentado buscar una emisora que hablara de lo que estaba ocurriendo en Guipúzcoa y por fin dio con una, Radio Requeté. Mencionaron que los nacionales prácticamente habían tomado la ciudad de San Sebastián a base de bombardearla y que sus próximos objetivos eran Irún y la frontera.

—Todavía es peligroso —apunté.

—Cada día que pasa lo es más.

—La situación se calmará. Ya lo verás —le dije sabiendo que, de ser así, tardaría bastante en ocurrir.

Me levanté y cambié de emisora buscando algo más alegre, algo de música. De pronto sonó *Cheek to Cheek*, la canción interpretada por Fred Astaire que aparecía en la película *Sombrero de copa*, famosa por los increíbles pasos de claqué que se marcaba el bailarín, acompañado de la también fantástica Ginger Rogers. Le ofrecí mi mano y bailamos.

—Ojalá pudiéramos estar así siempre —dijo abrazándome por la cintura y besándome el cuello.

—Cuéntame cosas de la escuela —le pedí.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo es enseñar a los demás?

—Es muy gratificante. No puedes imaginarte las caras de los niños cuando aprenden por primera vez a escribir sus nombres. Se les iluminan los ojos y ponen todo su empeño en seguir aprendiendo. Cuando consiguen leer una frase sin equivocarse, para ellos es todo un logro, y cuando descubren el mundo del cálculo es muy divertido. Siempre intento jugar con ellos para que el aprendizaje les atraiga y no les aburra demasiado.

—Estoy segura de que eres una maestra maravillosa.

—Creo mucho en la enseñanza, y ningún niño debería renunciar a ella. Es importante que la sociedad prepare a sus hijos para el día de mañana y que todos ellos tengan la posibilidad de cursar una carrera si así lo desean. Un pueblo culto es más difícil de engañar.

Aquellas palabras quedaron grabadas en mi cabeza, como aquella canción, nuestra canción. Al cabo de un rato la música dejó de sonar, pero no nos importó, seguimos bailando hasta que el cansancio nos obligó a acostarnos.

* * *

El tiempo junto a Marisa transcurría demasiado rápido y, a pesar de que pasábamos horas y

horas hablando y amándonos, siempre me parecía poco. Muchas veces nos preguntábamos qué había sido de toda la gente que habíamos dejado atrás, sobre todo ella. Pensaba en los alumnos y sus familias. En sus compañeras maestras. Y yo pensaba en mi padre. Todavía no había recibido una sola carta suya, y eso me preocupaba.

—Solo espero que esté bien.

—Si tu tío es teniente no tienes de qué preocuparte. Esos son los que menos se acercan a las trincheras. Les gusta mandar desde la distancia.

—Por eso mismo. Le creo capaz de poner a mi padre en primera línea antes que a nadie. Le odio por lo que nos ha hecho —dije enfadada y rompiendo a llorar.

Marisa me abrazó y me consoló.

—Tu tío es solo uno más. Ha elegido un bando y está luchando por él. Al fin y al cabo, todos lo hacemos.

Entonces recordé lo que Nekane me había contado sobre lo que le habían hecho a la pobre Felisa y comprendí que no, no todos éramos iguales.

—Pero tú has visto con tus propios ojos de lo que son capaces.

—Sí y no los estoy justificando. Jamás defendería su causa, y mucho menos sus denigrantes métodos. Solo digo que ellos creen en su verdad y no son capaces de ver más allá. Están siendo manejados por su líder y no cuestionan ninguna de sus decisiones. Un pueblo culto lo cuestiona todo. Ahí está la diferencia. Y tu tío no es más que otro peón en este juego tan absurdo.

—Jamás le perdonaré que se llevara a mi padre.

—Lo entiendo, pero el odio y el rencor no son buenos compañeros. Créeme, sé de lo que hablo.

Entendí a qué se refería y vi en sus ojos el dolor que le producía hablar de ello, así que no dije nada más. Nos quedamos sentadas en el banco de madera. Cogí su mano y, en silencio, lo dijimos todo.

* * *

Se aproximaba la hora de mi nuevo encuentro con Nekane y bajé hasta la fuente para reunirme con ella. Como siempre le llevaba algunos huevos, una botella de leche, unas cuantas verduras y un queso que había hecho.

—Ane, no sé cómo agradecerte todo esto. Si no fuera por ti mis hijos se morirían de hambre.

—No es nada, mujer.

—Mikel me ha dicho que todo sigue igual. Que pasar por *Donostia* ahora sería una locura. Los bombardeos son constantes.

—Sí, lo sé. Lo he escuchado en la radio.

—Ten mucho cuidado. En el pueblo están registrando todas las casas buscando esos aparatos. Tenlo bien escondido porque cualquier día pueden aparecer y, como te lo vean, no quiero ni pensar lo que pueden llegarte a hacer.

—No te preocupes. El caserío está bastante escondido y es difícil llegar hasta allí si no se tiene conocimiento de él.

—No te confíes. Mira Felisa, *gixajo*.

—¿La has vuelto a ver?

—El otro día me acerqué hasta su casa y tuve que insistir mucho para que me abriera la puerta. Esos malnacidos..., no les bastó con humillarla en la plaza del pueblo que, cuando la llevaron a su casa, la violaron. Cuando me lo contó, no supe qué decirle. El único consuelo, si es que lo había, fue abrazarla. Se pasó dos horas llorando. A su marido lo metieron en la cárcel el día que llegaron esos desgraciados y todavía no ha podido verlo. Por eso te digo que te andes con mucho cuidado. Tú allí sola en el caserío, como esos se enteren no van a desaprovechar la oportunidad.

—Tengo la escopeta de mi padre y no me temblará el pulso si tengo que usarla.

—Debo irme, estoy tardando demasiado. Hasta el viernes que viene.

—*Bai, agur* —me despedí.

Estaba tan enfadada por lo que le habían hecho a Felisa que no me di cuenta de volver al caserío por otro camino. Nunca repetía recorrido por miedo a que alguien me siguiera, pero ese día bajé la guardia y de qué manera. De repente, y en mitad del monte, aparecieron dos hombres uniformados que me dieron el alto.

—Alto, señorita. ¿Se puede saber adónde va? Hay toque de queda.

—Vuelvo a casa —les dije casi sin mirarlos a la cara. Sus camisas azules y el inconfundible bordado del yugo y las flechas me advirtieron de quiénes eran.

—La acompañamos. Una mujer andando sola por estos parajes puede ser peligroso —dijo uno guiñándole el ojo a su compañero. Cualquiera atisbo de amabilidad desapareció y eché a correr. Ellos también lo hicieron, pero yo contaba con cierta ventaja: conocía el monte como la palma de mi mano. Corrí todo lo que pude hasta llegar a la parte donde había más árboles. Entre ellos era más fácil esconderme. Creí que los había perdido de vista porque dejé de oír sus pisadas. Esperé oculta tras un enorme roble un buen rato pero estaba empezando a oscurecer y debía volver cuanto antes al caserío si no quería ser la cena de algún lobo esa noche. Después de asegurarme de que había conseguido despistarlos, retomé mi marcha hacia el caserío, que por suerte quedaba bastante cerca de allí.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —dijo uno de ellos, que acaba de aparecer frente a mí, a escasos metros. Inmediatamente me di la vuelta para escapar, pero el otro que estaba a mi espalda me frenó dándome un buen empujón. Consiguió tirarme al suelo y, aunque me levanté lo más rápido que pude e intenté de nuevo salir corriendo, uno de ellos me dio un puñetazo en el estómago. Grité con todas mis fuerzas, tal vez Marisa podría oírme.

—Da igual que grites, zorra, aquí nadie puede oírte —dijo el otro, propinándome una patada en el costado.

A pesar del dolor, seguí gritando aunque con menor intensidad.

—Tiene pinta de republicana —dijo el más alto.

—Habrá que enseñarle que ha elegido al bando equivocado —dijo el otro, soltando una carcajada mientras me tapaba la boca con su mano. Conseguí mordérsela. Grité de nuevo, pero apenas tenía fuerzas para hacerlo y un dolor agudo en el estómago me impedía levantarme. Sujetándose la mano por el dolor que le había producido mi mordisco, me propinó un puñetazo en la cara. Noté cómo la sangre me brotaba de la nariz, pero acerté a meter la mano en el bolsillo y mostrarles el salvoconducto.

—Por favor —rogué—. Mi tío es el teniente Joxe Mendizabal —balbuceé.

—Si crees que un desgraciado carlista va a salvarte, estás muy equivocada. Además, hueles como todas esas rameritas republicanas. ¿A que sí, Luis?

—Dale a esa puta lo que se merece —dijo mientras me sujetaba los pies. El otro se puso encima de mí intentando agarrarme los brazos. Mi resistencia fue en vano, porque ellos eran más fuertes que yo. El que estaba sobre mí intentó besarme, pero conseguí retirar la cara a tiempo. Su aliento despedía un olor a alcohol, agrio y nauseabundo. Aquel olor me quedó grabado de tal manera que, incluso hoy, todavía puedo recordarlo. Sonreía de una forma cínica y malvada. Estaba claro que no era la primera vez que forzaba a una mujer y sus ojos me decían que estaba disfrutando con ello. Entonces recordé las palabras de Nekane y comprendí que aquellos dos tipejos eran los mismos que habían violado a Felisa y ahora iban a hacer lo mismo conmigo. Pasó su asquerosa lengua por mi mejilla mientras yo gritaba intentando zafarme de él. Me volvió a golpear con fuerza en la cara y aprovechó ese momento en el que yo me retorcí de dolor para arrancarme el vestido. Estaba pasando sus sucias manos sobre mi cuerpo cuando escuché la voz de Marisa.

—Apartaos de ella ahora mismo —dijo apuntándoles con la escopeta de mi padre.

—¿Pero si tenemos otra gatita! ¿Vas a dispararnos?

—Si no os vais ahora mismo, sí que lo haré.

—Anda, baja la escopeta y únete a la fiesta —dijo el que me sujetaba los pies, levantándose y dando un paso hacia ella.

—¿Como des un solo paso más, disparo!

—Esa escopeta es demasiado grande para ti —dijo intentando quitársela, pero entonces ella le disparó y el malnacido cayó al suelo.

—¿Eres una maldita zorra! —gritó el otro mientras intentaba alcanzar su arma, pero los pantalones, que tenía bajados a la altura de los tobillos, le traicionaron provocando que tropezara. Marisa aprovechó el incidente para dispararle también, consiguiendo así que cayera muerto al lado de su compañero.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo?

—No, has llegado a tiempo —dije sin poder contener las lágrimas abrazándome a ella.

—Lo siento mucho, Ane. Todo es culpa mía.

—No digas eso. Esto habría pasado de todas formas. Ayúdame a levantarme —dije apoyándome en ella—. Debemos enterrar los cuerpos cuanto antes. Tal vez hayan oído los disparos en el pueblo y no tardarán mucho en echarlos de menos.

—Antes deja que te cure esas heridas.

Volvimos al caserío. Marisa me limpió las heridas con un trapo mojado en agua.

—No parecen cortes muy profundos, pero los moratones no tienen buena pinta.

—Podré soportarlo. No perdamos más tiempo. Cuanto antes terminemos con esto, mejor —dije mientras me cambiaba de ropa y en un arranque de fortaleza que, todavía hoy, no sé de donde saqué.

Cogimos un par de palas y cerca del huerto nos pusimos a cavar un agujero lo bastante grande para enterrar a aquellos dos. Corté algunas ramas de un manzano que había al lado, y las clavé sobre la tierra por si venía alguien a husmear. Así creería que era una parte más del huerto. Marisa no dijo nada, pero por su expresión pude ver que estaba aterrada.

Cuando terminamos y volvimos adentro, Marisa puso agua a calentar para echarla en el

barreño. Necesitaba lavarme, aunque sabía perfectamente que el agua no conseguiría borrar lo sucedido. Me desnudé y empecé a frotarme con la pastilla de jabón. Froté con tanta fuerza que no me di cuenta de que me estaba haciendo daño. Rompí a llorar.

—Deja que te ayude —me dijo pasándome el jabón con suavidad. Cuando me rozó el costado se me escapó un gesto de dolor.

—¿Te duele?

—Es solo un golpe —dije restándole importancia—. No te culpes —añadí, adivinando sus pensamientos.

—Si fuera necesario, lo volvería hacer, y eso es lo que me da miedo.

La abracé porque no encontré palabras de consuelo. Por un lado me sentía culpable. Debería haber tenido más cuidado al reunirme con la mujer de Mikel y haber vigilado mejor mis pasos. Jamás podré agradecerle todo lo que hizo aquel día. Pasamos la noche abrazadas y derramando lágrimas en silencio. Ese día prometimos que nunca más volveríamos a mencionar lo ocurrido. Lo enterramos de la misma manera que habíamos hecho con aquellos dos indeseables.

12

Jamás lo va a entender

El último episodio que le había relatado su abuela le dio fuerzas para seguir con su artículo y recabar más información para el libro que tenía pensado escribir. Estuvo toda la semana trabajando y el viernes, después de las clases, se pasó por el local de la revista para hacer uso del teléfono. Llamó a los contactos que su profesora le había dado y concertó su primera entrevista. La protagonista era Asunción Odriozola. Contaba con 65 años y vivía en Oñate. Había defendido la República durante la guerra y, entre otras muchas cosas, había estado en la línea de fuego. Aunque solo habían hablado por teléfono, a Amaia le había parecido una mujer muy agradable. Aceptó desde el primer momento hablar con ella y contestar a todas sus preguntas. Sería la primera a la que entrevistaría y lo haría aquella misma tarde. Aprovechó también para llamar a las demás y consiguió cerrar dos entrevistas más, pero estas tendrían lugar la semana siguiente.

Decidió acercarse a la biblioteca del campus y buscar algún libro que tratase sobre las mujeres republicanas y su papel en la guerra. Para su sorpresa, no encontró ninguno. Examinó unos cuantos que hablaban de la Guerra Civil, pero en su interior apenas localizó algunas líneas dedicadas a las mujeres, y las que había solo hacían referencia al desempeño de labores administrativas, de enfermería y de costura, remendando la ropa de los milicianos. Aquello la indignó. Sabía que muchas de ellas habían estado luchando en las trincheras, mano a mano con los hombres, pero eso no aparecía en ninguno de los libros. Lo haría ella. Ella escribiría todos aquellos testimonios y les daría la voz que tantos años llevaba silenciada. Era hora de reconocer la labor que habían realizado todas aquellas mujeres que habían caído en el olvido.

Comió algo rápido en la cafetería en compañía de Natalia y después puso rumbo a Oñate en su «cuatro latas». Llegó puntual a su cita. Halló sin dificultad la casa de Asunción, ya que le había dado todo tipo de indicaciones por teléfono para que no se perdiera. De pie, junto a la puerta, tocó el timbre y la mujer no tardó en abrir.

—Buenas tardes, señora Odriozola. Soy Amaia.

—Pasa, pasa. No te quedes ahí —le dijo, invitándola a entrar. La siguió hasta que llegaron al salón—. Toma asiento, querida. ¿Te apetece un café?

—Sí, muchas gracias.

La mujer se perdió en la cocina y al cabo de unos minutos reapareció con el café y un trozo de

bizcocho.

—Lo he hecho esta misma mañana. Mis vecinas dicen que hago los mejores bizcochos de todo Oñate —dijo, ofreciéndole una porción a Amaia, quien no se atrevió a declinar la oferta y le dio un buen mordisco.

—Pues tienen razón. Está riquísimo. Además, quería agradecerle que haya aceptado contestar a mis preguntas.

—¿Sabes?, en todos estos años, nunca nadie ha mostrado interés por lo que pasamos. Bueno, excepto Clara. Me dijiste que eras alumna suya, ¿no?

—Así es. También colaboro con ella en una revista que publica junto a otras profesoras. Estoy pensando en escribir un libro con su testimonio y otros cuantos más.

—Vaya, no sé si la historia de este vejestorio puede interesar a alguien.

—A mí me interesa, y creo que debería conocerse. He estado consultando libros sobre la Guerra Civil y ninguno hace mención a las mujeres que, como usted, también estuvieron en las trincheras.

—Trátame de tú, querida, ya soy bastante mayor para que me hagas sentirlo aún más —le dijo sonriendo—. Bien, ¿qué quieres saber?

—Todo. Cómo vivió la guerra, desde sus comienzos hasta el final.

—Tenía 20 años cuando estalló. Vivía en este mismo pueblo con mis padres. Era hija única y, como casi todas las mujeres de aquella época, después de acabar la escuela mi madre se empeñó en que aprendiera labores. Me pasaba las tardes bordando en casa de una modista que, como a mí, también enseñaba a otras chicas. Formábamos un grupo de diez y, a pesar de que lo odiaba, congenié con las otras alumnas. Solíamos hablar de muchas cosas, así las horas de costura se nos hacían menos pesadas. Aquel verano del 36, una de ellas nos dijo que dejaba las clases. Su novio era republicano y le había dicho que necesitaban toda la ayuda posible. En mi casa, mi padre también se unió a la causa y, a pesar de que mi madre me lo había prohibido, yo también me sumé a ella. Hablé con aquella compañera y me fueron asignadas las primeras labores: coser y remendar los monos azules que vestían nuestros combatientes. Como ya te he dicho antes, odiaba coser, así que no tardé en dejarlo y les rogué que me dejaran hacer otra cosa. Me propusieron que me encargara de labores administrativas, a las que también me negué. Entonces me ofrecieron echar una mano en uno de los hospitales. Aprendí bastante rápido a curar y taponar las heridas de bala, pero sentía que aquello tampoco era suficiente. Le dije a mi superior que quería combatir en el frente, y lo primero que hizo fue soltar una carcajada. A mí no me hizo ni la menor gracia, así que abandoné el hospital y volví a hablar con la chica que había conocido en las clases de costura. Le expliqué cuáles eran mis deseos y su novio me ayudó a formar parte de su batallón. Cuando me presenté frente al coronel, este no dijo nada. Me entregó un fusil y me dijo que practicara hasta que consiguiera darle cinco veces seguidas al blanco. El blanco era una lata bastante pequeña que estaba situada lo suficientemente lejos para ponérmelo todavía más difícil. El novio de mi amiga me enseñó a cargar el arma y estuve un día entero disparando sin descansar hasta que al final lo conseguí: acerté seis veces seguidas a la lata. El superior se acercó a mí y me dio la bienvenida al batallón.

—Entonces, al final, tuviste suerte.

—No lo creas, querida. Algunos compañeros se mofaban de mí a cada instante. Supongo que les fastidiaba tener a una mujer al lado que disparaba mejor que ellos.

—Pero contabas con el respeto de tu superior, ¿no?

—Sí, y gracias a él pude soportarlo. Además, alguien corrió la voz de que una mujer formaba parte del batallón cuarto y aparecieron otras mujeres que, como yo, también querían luchar en el frente. Oñate y Mondragón cayeron pronto en manos de los sublevados, así que nuestro grupo fue trasladado a Vizcaya para defender el cinturón de Bilbao.

—¿Cómo era el día a día en las trincheras?

—Horrible. Los días en que no había bombardeos, las horas se hacían eternas. Teníamos que estar metidos en aquellos agujeros a la espera de que los fascistas asomaran la cabeza. Matábamos el tiempo fumando y charlando de lo que haríamos cuando la guerra terminase. Las noticias que llegaban por radio eran alentadoras y todos pensábamos que ganaríamos. ¡Qué equivocados estábamos!

—¿Y tu familia?

—Mi padre luchaba en otro batallón y no volvimos a coincidir. Un año más tarde me enteré de su muerte por unos amigos. Una bala lo había alcanzado y murió en el acto. Mi madre consiguió huir a Francia con su hermana y su cuñado. Se empeñó en que me fuera con ellos pero, después de saber lo de mi padre, quería quedarme más que nunca y luchar con todas mis fuerzas. Fueron pasando los meses y los nacionales cada vez conseguían avanzar más. El apoyo que tanto Alemania como Italia les ofrecía estaba acabando con nuestras posibilidades de ganar la guerra.

—Disculpa la pregunta, pero ¿mataste a muchos?

—Para serte sincera, al principio me costaba disparar pero, al morir mi padre, me solté. Digamos que el odio se apoderó de mí y dejé de sentir remordimientos. Éramos nosotros o ellos.

—¿Cuáles fueron los momentos más duros?

—Hubo muchos, el día a día en las trincheras era horrible. Veíamos caer a los compañeros y otros terminaban heridos al manipular las armas. Algunos artefactos, como la mayoría eran caseros, explotaban antes de tiempo y más de uno llegó a perder las manos. Pero si tuviera que destacar uno, sin duda sería el del día en que estábamos defendiendo la ciudad de Bilbao. Habíamos conseguido frenar bastante el avance de los fascistas cuando la Legión Cóndor nos bombardeó. La mayoría de los civiles no tuvieron tiempo de alcanzar los refugios, solo unos cuantos fuimos afortunados de conseguirlo. Estuvimos allí encerrados durante horas y, cuando ya dejamos de escuchar los aviones y salimos al exterior, la imagen era desoladora. Lo recuerdo como si fuera ayer, tengo la imagen aquí grabada —dijo llevándose el dedo índice a la cabeza—. Una madre con su hijo, tirados en el suelo. La madre yacía muerta estrechando aún al niño entre sus brazos intentando protegerlo. Él también estaba muerto. Jamás he podido olvidar aquel horror.

—Debió de ser terrible —apuntó Amaia, sin saber qué más decir.

—Lo peor de todo es que hubo muchos bombardeos más y murieron miles de inocentes que no pudimos salvar. Siempre me pregunto si hicimos lo suficiente.

—Ellos contaron con más ayuda. No puedes culparte por ello. ¿Qué pasó después?

—Seguí luchando con mis compañeros hasta que perdimos la guerra. Muy a nuestro pesar, Franco había vencido y solo teníamos dos opciones: o entregarnos o escapar. Fui a Francia para reunirme con mi madre y su familia. Durante todos los años que viví allí, estuve ayudando a compañeros republicanos que no corrieron la misma suerte que yo. Formamos un grupo clandestino y nos dedicamos a elaborar pasaportes falsos para todos aquellos camaradas que intentaban salir de España por los montes. Yo llevaba una doble vida. Por el día trabajaba en un

hospital como enfermera y por las noches me reunía con mis compañeros para salvar la vida de otros. Nadie sospechó nada. Ni mi madre se enteró. Se lo conté años más tarde, cuando volvimos a España. Lo hicimos tras la muerte de Franco. Mi madre quería pasar sus últimos días en el pueblo que la vio nacer, aquí, en Oñate.

—Asunción, ¿tienes fotografías de aquella época?

—Sí. Ahora te las traigo —dijo levantándose y dirigiéndose a una cómoda. Amaia estaba conmocionada por el relato que acababa de escuchar—. Aquí están —añadió, mostrándole una caja.

—Todas estas son de cuando estabas en el frente, ¿no?

—Sí. Una compañera tenía una cámara de fotos y nos hizo unas cuantas. Le encantaba pillarnos desprevenidos.

—¿Puedo llevarme esta? Prometo devolvértela. Me gustaría hacer una copia para añadirla a la entrevista.

—Claro, yo ya las tengo muy vistas.

—Asunción, me ha encantado hablar contigo y quiero darte las gracias de nuevo por haber compartido tu historia conmigo. Creo que eres una mujer muy valiente.

—No digas eso. Fuimos muchas las que dimos la cara por la República. Es una pena que, al final, no sirviera para nada.

—Sirvió. Nos habéis dejado un legado del que podemos estar orgullosos. Defendisteis con vuestra propia vida la dignidad de los demás. Gracias —le dijo, abrazándola a modo de despedida—. Te la traeré de vuelta junto con el libro que publique —comentó mientras cruzaba la puerta.

—Mucha suerte, querida —se despidió Asunción.

Amaia condujo de vuelta hacia *Donostia*. Cuando llegó le contó a Natalia toda la historia que aquella valiente mujer le había narrado. Estaba eufórica y muy impaciente por enseñar a Clara las primeras notas para su artículo. Natalia, por el contrario, estaba de los nervios. La cena con los padres de Amaia se acercaba, y eso la ponía nerviosa. Amaia, adivinando sus pensamientos, se acercó a ella y la besó.

—No te preocupes tanto. Les vas a encantar —le dijo al oído.

—¿Tú crees?

—No tengo ni la menor duda —le susurró mientras la acariciaba con sus manos por debajo de la camiseta. Se fueron a la cama sin cenar. Era viernes y al día siguiente no tocaba madrugar, así que anduvieron enredadas bajo las sábanas casi toda la noche.

* * *

La lluvia parecía haber dado una tregua y decidieron salir después de desayunar a dar un paseo. La semana había sido muy ajetreada y necesitaban pasar más tiempo juntas. Caminaron por la parte vieja parándose en todos los escaparates. A Amaia le llamó la atención uno de ellos.

—¡Qué casualidad! —dijo entrando en una tienda de discos. Natalia la siguió sin entender nada—. El otro día mi *amona* me contó que una noche sonaba esta canción en la radio y Marisa y

ella la bailaron juntas —comentó, enseñándole un vinilo que estaba en el escaparate.

—Pues sí que es causalidad.

—Disculpe, quería el disco que tienen en el escaparate, el de Fred Astaire.

—Ahora mismo se lo pongo.

El dueño de la tienda le sacó uno igual del almacén. Amaia le pidió que se lo envolviera para regalo.

—Seguro que le hace mucha ilusión —apuntó Natalia.

—Se lo llevaré mañana. ¿Vendrás conmigo?

—Claro, me encanta charlar con tu abuela. Y ahora, vamos a comprar la botella de vino para la cena.

Tardaron un rato en escogerla porque Natalia no se decidía. Al final se dejaron aconsejar por el tendero y se llevaron un rioja, un gran reserva. Pasearon y, sin darse cuenta, llegaron hasta *El peine del viento*. Admiraron la obra de Chillida y escucharon atentamente el sonido del viento que se cruzaba con el del mar, creando así una curiosa melodía. Decidieron volver a casa para comer y descansar un rato antes de ir a cenar a casa de los padres de Amaia.

Natalia no conseguía relajarse. Sabía que aquella cena era muy importante para Amaia y solo quería causar buena impresión. Se cambió cuatro veces de ropa porque ninguna le parecía adecuada para la ocasión, hasta que Amaia le dijo que estaba guapa de todas las maneras. Se decidió por un vestido azul que marcaba su silueta, además de ser el preferido de su chica. Amaia optó por algo más casual, unos vaqueros y una camisa. Era como más cómoda se sentía. Caminaron hasta el centro y tardaron unos minutos en llegar. La madre de Amaia las recibió en la puerta y dio un cariñoso abrazo a Natalia, consiguiendo que esta se relajara un poco. Su padre las esperaba sentado en el salón.

—Amaia, me preguntaba cuándo te íbamos a volver a ver —le dijo con ironía.

—Hola, *aita*. Siento mucho haber tardado tanto.

—No pasa nada. Lo importante es que estáis aquí —apuntó la madre, intentando quitar hierro al asunto.

—*Aita*, ella es Natalia, mi pareja —dijo con un nudo en la garganta, viendo como su padre torcía el gesto.

—Encantada, señor —saludó, estrechándole la mano pero sin recibir ninguna respuesta por su parte.

—¿Cenamos? Amaia, ayúdame a traer las copas para el vino.

Natalia le había pedido a su chica que no la dejara a solas en ningún momento y, en ese instante, le hubiera gustado que la tragara la tierra.

—Amaia me ha dicho que es usted abogado. Yo también estudio Derecho.

El padre la miró pero solo se limitó a fruncir el ceño.

—Ya estamos aquí —interrumpió la madre, que junto a Amaia, además de las copas, traía una bandeja—. Cariño, ¿te importaría abrir el vino? —preguntó a su marido.

Se sentaron a la mesa y Amaia miró a Natalia excusándose por haberla dejado a solas con su padre. Natalia le devolvió el gesto agarrándole la mano por debajo de la mesa. El padre llenó las copas y brindaron.

—Señora Aguirre, la merluza tiene una pinta estupenda —dijo Natalia viendo el hermoso pescado que presidía la mesa con una guarnición muy apetitosa.

—Llámame Maritxu, por favor.

—Tu madre ya me ha contado la que has formado en la universidad. Como sigas así, ningún medio de comunicación te contratará cuando acabes la carrera.

—Los tiempos de la censura hace mucho que se acabaron —respondió Amaia, molesta.

—¿Tú te crees que siempre puedes hacer lo que te dé la gana?

—Aitor, por favor. Ya basta —intentó mediar su mujer.

—Déjalo, *ama*. Nunca va a aprobar nada de lo que hago. Venir hoy ha sido un error. Vámonos —dijo dirigiéndose a Natalia, que presenciaba atónita la escena.

—Amaia, por favor. No te vayas —le rogó su madre agarrándola del brazo—. Aitor, me prometiste que te comportarías —arremetió contra su marido, que seguía sentado en su sitio en un mutismo absoluto.

Amaia y Natalia estaban ya en la puerta cuando su madre las alcanzó.

—Perdóname, hija. Pensé que al conocer a Natalia cambiaría de opinión. Además me prometió que no montaría ninguna escena.

—*Ama*, ¿no te das cuenta que no puede soportarlo? No ha sido capaz ni de mirar a Natalia a los ojos. Jamás lo va a entender. *Agur, ama* —dijo mientras salían de aquella casa.

Caminaron en silencio hasta su apartamento y, cuando llegaron, Amaia rompió a llorar. Natalia la estrechó entre sus brazos e intentó consolarla durante toda la noche.

* * *

Decidieron madrugar para ir a visitar a la *amona* Ane. Amaia pensó que la visita la ayudaría a no pensar en la dichosa cena. Llegaron a eso de las once al caserío y la abuela las recibió como siempre, con un cariñoso abrazo.

—Sentaos. Os prepararé algo para almorzar.

—No me perdería por nada del mundo su mermelada de moras —comentó Natalia.

—Amaia, pon unas rebanadas de pan a tostar. Yo haré el café.

Amaia obedeció a su abuela y, cuando las tres se sentaron a la mesa, sacó el regalo.

—*Amona*, te hemos traído algo —dijo acercandoselo.

—¿Un regalo? Pero si hoy no es mi cumpleaños. Mira que sois... —señaló mientras lo desenvolvía—. ¡Qué sorpresa! ¿Dónde lo habéis encontrado?

—Lo vimos en una tienda de discos y supe que te haría ilusión. En el coche tengo el tocadiscos para que lo puedas escuchar.

—Voy a por él —se ofreció Natalia.

Lo instalaron encima de la chimenea y Amaia colocó el disco sobre el plato. Llevó la aguja hasta el centro y, como si se tratara de un truco de magia, comenzó a sonar la melodía seguida por la inconfundible voz de Fred Astaire: «*Heaven, I'm in heaven...*». Ane estaba visiblemente emocionada y eternamente agradecida a su nieta por aquel maravilloso regalo.

13

Tras la ventana

Como prometimos, no volvimos a hablar más de lo ocurrido. Pasamos unos días en una alerta constante. Los disparos podían haberse oído en el pueblo y tarde o temprano alguien vendría preguntando. Marisa se despertaba todas las noches inquieta. El recuerdo de aquel día la atormentaba. Yo la estrechaba entre mis brazos intentando consolarla, y así nos pasábamos las noches en vela, abrazadas en silencio.

Transcurrieron unos días hasta que una mañana Lagun se puso a ladrar más de lo normal. Había un militar de pie junto al huerto. Tomábamos precauciones y Marisa no salía del caserío por si, llegado el caso, alguien se acercaba hasta allí.

—Buenos días, señorita —me saludó quitándose la gorra. Por su traje y los galones que lo adornaban, supe que no se trataba de un simple soldado.

—Buenos días —dije acercándome hasta él.

—¿Vive aquí sola?

—Sí, mi padre está luchando en el frente con mi tío, el teniente Joxe Mendizabal —dije, a la vez que le enseñaba el salvoconducto que saqué del bolsillo. Como te podrás figurar, siempre lo llevaba encima.

—Entiendo —dijo revisándolo—. ¿Ha visto a alguien por aquí?

—No.

—Si aparece alguien, debe bajar al cuartel e informarnos lo antes posible.

—Así lo haré, señor.

Desvió su mirada hacia el caserío.

—Tenga mucho cuidado. Esos indeseables están escapando como las ratas por el monte. No sería difícil que dieran con este lugar. Buenos días.

—Buenos días —dije intentando contener la respiración. Lo observé mientras se alejaba y tuve un mal presentimiento. Seguí con las tareas y, cuando tuve la certeza de que se había alejado, entré en casa.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Marisa.

—Debieron de oír los tiros, pero solo me ha preguntado si he visto a alguien por aquí.

—¿Tú crees que sospecha algo?

—No lo sé, pero cuando ha visto el salvoconducto ha cambiado el gesto. De todas formas, el viernes volveré a ver a Nekane y le preguntaré al respecto.

—Debo irme cuanto antes.

—Sabes que ahora no es un buen momento para cruzar la frontera, eso si logras llegar sana y salva hasta allí.

—No quiero seguir poniéndote en peligro —dijo entre sollozos.

—No digas eso, por favor. Si no hubiera sido por ti, probablemente aquellos salvajes me habrían matado.

Cada vez que Marisa hablaba de su marcha, se me encogía el corazón. No quería pensar en ello, así que cuando ella abordaba el tema, yo intentaba eludirlo. Si no lo pensaba, mantenía la esperanza de que no se marchara y al final se quedara conmigo, aunque en el fondo sabía que aquello no era más que una mera ilusión.

Pasábamos las horas cuidando de los animales y del huerto. Yo le explicaba todo lo que mi padre me había enseñado acerca de la siembra y ella me hablaba de todos los libros que había leído. Me encantaba escucharla y me sentaba a su lado imaginando un futuro juntas que, casi con total seguridad, nunca tendría lugar. En más de una ocasión me propuso escaparme con ella a Francia, pero yo no podía abandonar a mi padre. Hicimos muchos planes.

—En cuanto acabe la guerra, vendré a buscarte —me decía.

—Me encantaría —afirmaba yo, a sabiendas de que aquello sería bastante improbable.

Todas las noches nos acostábamos en mi cama y hacíamos el amor como si fuera nuestro último día juntas. La amaba tanto que el solo hecho de pensar en su partida me destrozaba por dentro.

El viernes acudí al encuentro con la mujer de Mikel cerca de la fuente, pero no se presentó. Esperé una hora hasta que decidí bajar al pueblo. La poca gente que andaba por la calle corría de un lado para el otro nerviosa. Pude parar a un vecino y preguntarle qué pasaba.

—Ha ocurrido algo en la fábrica. Al parecer algunos trabajadores se han amotinado. Yo que tú me iría a casa.

Pero no le hice caso y dirigí mis pasos hacia la empresa de ferrocarriles. Tenía que hablar con Mikel, saber si él había escuchado algo acerca de los dos malnacidos que Marisa y yo habíamos hecho desaparecer. Llegué a la entrada principal y me encontré con que no había nadie vigilando en la caseta del guarda. La barrera estaba bajada, así que pasé por debajo. A lo lejos se oían gritos y ruidos, como si estuvieran arrojando cosas. Caminé pegada a la pared, cuidando que nadie me viera. Un trabajador pasó corriendo y le hice un gesto para que se acercara.

—Estoy buscando a Mikel Gorostegui.

—Esos se han vuelto locos. Se creen que con las armas que han cogido van a poder con ellos —dijo fuera de sí.

—¿Conoces a Mikel? —le pregunté, pero su cara lo único que reflejaba era miedo.

—Él es uno de los cabecillas.

—¿Pero cabecillas de qué? —le pregunté.

—Lo siento, no puedo quedarme. Mi familia me necesita. Van a conseguir que nos maten a todos —dijo mientras se alejaba corriendo.

Por lo poco que me había explicado, imaginé que Mikel y otros tantos habían robado armas de las que fabricaban y estaban intentado tomar el mando de la fábrica, pero, como había señalado

aquel tipo, aquello era una auténtica locura. Lo más inteligente habría sido salir de allí y volver inmediatamente al caserío, e iba a hacerlo cuando, de pronto, vi un grupo de militares que tomaba la explanada que tenía frente a mí. Me colé por una ventana baja que había en uno de los edificios y me escondí en la oscuridad de los talleres. Me aseguré de que no hubiera nadie y me quedé agazapada esperando a que los nacionales abandonaran el lugar y poder salir de allí lo antes posible, pero, para mi sorpresa, se atrincheraron allí mismo. Al parecer, me encontraba en pleno campo de batalla. Comenzaron a llover botellas llenas de gasolina taponadas con trapos y envueltas en llamas. Los militares se afanaban en esquivarlas y protegerse de ellas con lo primero que tenían a mano. Todo ello iba acompañado de gritos que decían: «*Esta es nuestra fábrica y no vamos a fabricar armas para que matéis a los nuestros. Largaos si no queréis morir*». Daba la sensación de que el grupo que acompañaba a Mikel se había preparado y parecía bastante numeroso. Estaban consiguiendo avanzar hasta la entrada haciendo que los militares no tuvieran más remedio que retroceder y abandonar la fábrica, pero algo inesperado ocurrió de repente. Otro grupo de militares apareció de la nada y se unió a la contienda portando más armamento. Entonces comenzaron los disparos. Al oírlos, el miedo se apoderó de mí, haciendo que me orinara encima. Me tapé la boca con la mano para no gritar y seguí allí escondida. Sin quererlo, pasé a ser espectadora de una barbarie que jamás podré olvidar. Los disparos no cesaban y sentía cómo iban cayendo al suelo cada uno de los que eran abatidos. El cemento, en apenas unos segundos, se tiñó de rojo y los militares cambiaron el rumbo. Ahora, en vez de retroceder, avanzaban cada vez más rápido. No sé cuánto pudo durar aquello porque a mí se me hizo eterno, pero llegó el momento en que los disparos cesaron y los gritos también.

—Recoged a los nuestros y dadles sepultura —mandó un alto cargo.

—¿Y con los otros qué hacemos, mi general?

—Dejad esa basura ahí. Que al resto de los trabajadores se le quiten las ganas de protestar. Quiero que vean con sus propios ojos lo que les espera si deciden ir en contra del Caudillo.

Y así lo hicieron. Vi cómo recogían a los suyos, pero desde mi posición no podía ver más allá. Esperé un buen rato hasta tener la certeza de que ya habían abandonado la fábrica. Me temblaban las piernas, pero sabía que no podía quedarme allí por más tiempo, aquel sitio no era seguro. Si me encontraban, me matarían. Salí por la ventana por la que me había colado y pude comprobar que ya era de noche. No sé por qué lo hice, pero seguí más allá de la explanada para ver todo aquello que desde donde había estado, no alcanzaba a ver. A lo que se había referido aquel alto cargo como «basura» era a una treintena de hombres, todos ellos trabajadores de la fábrica y vecinos del pueblo. La imagen era aterradora, y algunos todavía respiraban. No tardé en localizar a Mikel, que agonizaba con un tiro en el estómago. Me agaché y le levanté la cabeza. Me miró a los ojos y solo consiguió balbucear dos palabras antes de que su mirada se perdiera para siempre: «*Mi familia*». Con mis dedos cerré sus párpados y salí de allí lo más deprisa que pude. Afortunadamente, en la entrada seguía sin haber nadie, así que pude abandonar la fábrica sin problemas. Estaba deseando llegar al caserío y abrazar a Marisa, pero primero debía hablar con la mujer de Mikel, se lo debía.

Di algunos rodeos hasta llegar a su casa por si alguien me seguía. Piqué a la puerta y Nekane me recibió.

—¡Ane! ¿Qué haces aquí? Pasa, pasa.

Entré y la acompañé hasta la cocina. Estaba preparando la cena y sus dos hijos, uno de 5 y el

otro de 3 años, estaban sentados a la espera de que su madre les sirviera un plato caliente. Le hice un gesto mirando a los niños, y ella lo entendió al momento.

—Niños, iros un momento a vuestro cuarto. Tengo que hablar con Ane de cosas de mayores.

—Pero, *ama*...

—Ander, no me repliques, que te vas a la cama sin cenar.

Los niños obedecieron y nos dejaron a solas.

—Siento mucho no haber podido ir a la fuente, pero es que no tenía con quién dejar a los niños.

—No te preocupes. Vengo de la fábrica —acerté a decir—. Nekane, lo siento mucho —dije cogiéndole las manos.

—¡No! ¡Mikel no! —gritó entre sollozos.

—¿Tú sabías que iban a tomar la fábrica?

—Si lo hubiera sabido, le habría quitado esa estúpida idea de la cabeza —dijo mientras se sentaba en una de las sillas.

—¿Cómo ha sido? —preguntó ya con más calma.

—Eran unos treinta hombres. Han cogido armas de las que fabrican y han presionado a los nacionales para que abandonaran la fábrica, pero en el último momento han llegado refuerzos y han acabado con todos ellos.

Nekane se llevó las manos a la cara conteniendo un grito de dolor. Sus hijos estaban en la habitación de al lado y debía mantener la calma.

—¿No tenéis familia fuera? ¿Alguien que pueda ayudaros? —le pregunté.

—Tengo unos tíos en Francia.

—Tal vez sea la mejor opción —sugerí.

—Ane, anoche Mikel me dijo que había llegado el momento. Dijo que tú lo entenderías.

—Gracias, Nekane —dije abrazándola.

—Gracias a ti, por haber venido hasta aquí y contármelo.

Abandoné la casa con unas ganas inmensas de llorar. Me perdí por el monte vigilando con mucha cautela mis pasos y, cuando tuve la certeza absoluta de que nadie me seguía, caminé hasta el caserío. Cuando llegué, Marisa era un manojo de nervios.

—¿Se puede saber dónde te has metido? ¡Menos mal que estás bien! ¡He pensado lo peor! —me dijo a la vez que me estrechaba entre sus brazos.

—Lo siento. La mujer de Mikel no acudió a la cita y bajé al pueblo —contesté rompiendo a llorar. Pasó un rato hasta que conseguí recobrar la voz y serenarme—. Ha sido horrible, Marisa. Había sangre por todas partes.

—Tranquila, ya estás aquí. Ve a lavarte. Yo voy a preparar un poco de leche caliente y me lo cuentas todo.

Todavía me temblaban las piernas y no podía quitarme de la cabeza la imagen de Mikel y la de todos sus compañeros muertos. Acababa de ser testigo de la cara más cruel de la guerra y en ese momento comprendí que, por mucha resistencia que opusieran los republicanos, la guerra ya estaba perdida. Conseguí explicar a Marisa todo lo ocurrido y vi reflejado el temor en su cara.

—No deberías haberte acercado. Han podido matarte.

—Por lo menos su mujer sabe la verdad, porque no creo ni que le dejen enterrar a su marido.

—¡Esos canallas!

Nos quedamos en silencio ya que no había palabras para describir lo que sentíamos. Aquellos hechos no deberían haber ocurrido jamás, pero las guerras son así, miles de inocentes pierden sus vidas en ellas injustamente.

—La mujer estará destrozada.

—Imagínate, con dos niños pequeños. Al parecer tiene familia en Francia, y le he dicho que se vaya cuanto antes. Aquí ya poco puede hacer.

—Destrozan familias, se quedan con nuestras casas, nuestros pueblos, ¿hasta dónde van a ser capaces de llegar?

Tenía que contarle lo que Nekane me había referido. No quería separarme de ella por nada del mundo, pero debía hacerlo.

—Mikel le dijo que el momento había llegado.

Marisa abrió los ojos de par en par e inmediatamente se acercó hasta la chimenea para encender la radio, bajando el volumen hasta oírla en un mero susurro. Se sentó a mi lado y me cogió de la mano. Escuchamos en silencio, como ya venía siendo habitual, el parte del día y, aunque hasta ese momento la mayoría de las veces habían transmitido tranquilidad, las cosas parecían estar cambiando. Los nacionales avanzaban con rapidez y las milicias republicanas no conseguían frenarlos. El locutor mencionó que los fascistas se aproximaban a la frontera y que iban dispuestos a tomar Irún.

—No puedo demorarlo más. Tengo que llegar antes que ellos.

—Lo sé —le dije mientras la besaba.

Aquella noche le rogué que me hiciera el amor. Quería sentirla y que su piel se quedara impregnada en la mía para siempre. Quería recordar su aroma cuando ya no estuviera a mi lado. Recorrí su cuerpo muy despacio, grabando en mi mente cada rincón y acuné cada una de sus caricias como si se trataran de los tesoros más preciados. Le susurré al oído lo mucho que la quería y no pude contener las lágrimas. Lágrimas que ella besó y recogió con cariño. Marisa tampoco pudo contener las suyas. Nos amamos en silencio entregándonos al placer y, por un momento, conseguimos olvidar todo el horror que nos rodeaba. Desde que había aparecido en el establo aquella mañana, había puesto todo mi mundo patas arriba y, lo mejor de todo, le había dado sentido a mi vida.

—Conocerle ha sido lo mejor que me ha pasado —le confesé.

—Jamás podré querer a nadie como te quiero a ti, Ane. Cuando acabe todo esto, te prometo que volveré. ¿Podrás esperarme?

—Toda la vida si hace falta —contesté sin faltar a la verdad porque, a pesar de todo lo que ocurrió después, todavía hoy, la sigo esperando.

Nos aferramos la una a la otra y pasamos la noche abrazadas, temiendo que llegara el nuevo día y, con ello, la tan temible despedida.

14

Las rosas de Saturrarán

Amaia había quedado aquella tarde con su profesora en el local de la revista. Estaba impaciente por enseñarle lo que llevaba escrito hasta el momento.

—Esto es muy bueno, Amaia —le dijo al terminar de leerlo.

—Todavía me quedan por hacer un par de entrevistas. Quiero recabar más información, porque me gustaría publicar un libro con todo ello.

—Desde luego será un buen ejemplar y muy necesario para tener presente la historia de este país.

—Gracias por haber confiado en mí. Me siento afortunada de colaborar en vuestro proyecto.

—Ahora también es tu proyecto. Formas parte del equipo, y el mérito ha sido todo tuyo.

Salieron a tomar un café y siguieron charlando de temas relacionados con la revista. Clara tenía mucha experiencia y, a su lado, Amaia aprendía muchísimo. Había olvidado su reunión con el grupo feminista, así que se disculpó con la profesora y abandonó la cafetería para ir a la facultad. Cuando llegó, la reunión ya había comenzado y Natalia le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

—Llegas tarde —le susurró.

—Lo siento, estaba con Clara, enseñándole mi artículo —dijo mientras se quitaba el abrigo.

El grupo estaba organizándose porque había sido invitado a participar en unas jornadas sobre feminismo que iban a celebrarse en Madrid el siguiente fin de semana. Ya habían decidido quiénes iban a ir, y solo quedaba repartir los temas de las ponencias.

—Natalia, tú, como estás terminando Derecho, podrías hablar del papel de la mujer en ese ámbito. Estaría bien que presentaras estadísticas sobre cuántas mujeres se dedican a la abogacía y recoger diferentes testimonios —comentó una de las que estaban a la cabeza de la organización.

—Mañana mismo me pongo a ello —dijo asintiendo con la cabeza.

—Tú, Silvia, puedes hablar del aborto, de cómo nos enfrentamos las chicas jóvenes a ese tema, en concreto aquí, en Euskadi. Ya sé que va a ser difícil, pero sería genial si pudiéramos recoger datos sobre el número de abortos que se producen al año. Ponte en contacto con todas las clínicas de las que hayas oído hablar.

—Lo intentaré, pero va a ser complicado hacer que esa gente hable.

—Seguro que lo consigues —dijo guiñándole un ojo—. Amaia, tú expondrás tu experiencia en el periódico. Cómo se reciben tus artículos cuando escribes palabras que tienen que ver con la mujer, y harás un análisis de cómo nos tratan los medios.

—Perfecto —dijo sin mucho ánimo.

La reunión finalizó y volvieron a casa.

—Parece que no te gusta mucho la idea de ir a Madrid —comentó Natalia mientras entraban por la puerta.

—Claro que me apetece, pero justo ahora tengo mucho trabajo por hacer.

—No te preocupes, solo serán tres días. Ya sabes que si necesitas ayuda, solo tienes que pedírmela.

—Lo sé, pero quiero que este artículo salga bien. Han confiado en mí y no me gustaría defraudarlas.

—Y no lo vas a hacer. Mañana por la tarde podemos quedarnos en casa y preparar la ponencia.

—Mañana tengo que ir a Mutriku para entrevistar a otra de las mujeres.

—Entonces, prepararé mi ponencia y tiraré de hemeroteca para ayudarte con la tuya.

—Eres genial, lo sabes, ¿no?

—Sí, y todo esto te va a salir muy caro. Por lo pronto, el sábado por la noche me llevarás a cenar a algún sitio bonito en Madrid.

—¿Algo más? —dijo besándole el cuello.

—Sí, pero déjame pensarlo con detenimiento —respondió sonriendo—. Por cierto, casi se me olvida. He hablado con mis tíos, los de Francia. Mi tía me ha contado que el otro día estuvo en Anglet.

—No me puedo creer que sigas todavía con ese tema y que encima la hayas hecho desplazarse hasta allí.

—No, si ha sido ella. A mi tía le encantan todas estas cosas. Además, me ha dicho que el pueblo está muy cerca de Bayona, a unos diez kilómetros. Bueno, el caso es que ha estado allí, en la misma dirección que aparecía en la carta. Ha hablado con algunos vecinos, pero nadie conoce a Marisa.

—Han pasado cuarenta y cinco años. Ya te dije que era como buscar una aguja en un pajar.

—Mi tía también ha visitado las tres escuelas que hay en el pueblo, pero en una en concreto no han querido darle ninguna información. Me ha sugerido que vayamos nosotras y preguntemos con la excusa de estar haciendo algún trabajo para la universidad. Tal vez si tú les hablas del libro que estás escribiendo nos digan algo.

—¿Tú crees?

—No tenemos nada que perder. Si te parece, hablo con ella y organizamos una escapada para cuando volvamos de Madrid. Los viernes no tengo muchas clases y podría perder el día.

—Todo esto me parece una locura. No creo que la encontremos.

—¿Y si tenemos suerte?

—Está bien, pero ni una palabra a nadie, y menos a mi abuela.

—Lo prometo —dijo sellando su promesa con un beso.

* * *

Amaia había llegado a Mutriku con tiempo, pero le costó un buen rato encontrar la casa de Ana Martínez, otra de las mujeres que había sufrido las consecuencias de la guerra. Un hombre la recibió en la puerta y Amaia se presentó. La acompañó hasta el que parecía ser el salón, donde la esperaba la señora Martínez. Amaia se disculpó por el retraso.

—No pasa nada, a mis años el tiempo ya poco importa —le dijo la señora, que se encontraba sentada en un sillón con un bastón descansando a su lado. A Amaia le pareció ver cierta tristeza en su rostro. Tenía 76 años y al parecer su movilidad era bastante reducida—. Él es mi marido, Antonio.

—Encantada —dijo Amaia estrechándole la mano.

—¿Le apetece un café?

—No, muchas gracias —declinó la oferta—. Quiero agradecerle de nuevo el que haya accedido a esta entrevista. Clara me comentó que usted había estado en la cárcel.

—Sí, así es. Estuve en Saturrarán durante cuatro largos años.

—¿Cómo llegó allí?

—Pertenece al Comité Provincial de la Juventud Socialista Unificada. Me arrestaron en el 39 y estuve en la cárcel de Ventas, en Madrid. Unos meses después me trasladaron aquí, hasta el año 43.

—Tengo entendido que Saturrarán había sido un balneario de lujo.

—Sí, pero en los años veinte pasó a manos del Obispado, que lo convirtió en un seminario de verano. Después, la Iglesia lo prestó para que lo convirtieran en una cárcel de mujeres en el 37. La Iglesia siempre ayudando al más desfavorecido —dijo con sarcasmo.

—¿Cómo fueron esos cuatro años?

—Un verdadero infierno. La cárcel, como ya sabrás, estaba en la playa de Saturrarán, entre Ondarroa y Mutriku. Estaba dividida en tres edificios, que eran los pabellones donde estábamos por un lado las jóvenes, por otro las madres y finalmente las ancianas. Yo tenía 25 años, así que formaba parte del primero. El sitio tenía una capacidad para 700 prisioneras, pero allí éramos unas 1700 presas. Ya te imaginarás los problemas de espacio que había. Las celdas eran compartidas, y cada una disponía de unos 45 centímetros de suelo. Dormíamos sobre jergones de hoja de maíz amontonados. Era imposible tumbarse y no rozarse con las compañeras. Tampoco había retretes, así que teníamos que usar unos cubos que estaban en las celdas. En ellos orinábamos y defecábamos y después teníamos que pasar la noche entre aquellos terribles olores. Las condiciones en las que sobrevivimos, porque aquello no era vivir, fueron infrahumanas.

—No puedo ni hacerme una idea de todo lo que tuvieron que pasar.

—Pues todavía no te he contado nada. Teníamos como guardianas a veinticinco monjas de la Merced, que eran de todo menos buenas. La que estaba al mando era «la Pantera blanca». La llamábamos así porque tenía los hábitos blancos pero el corazón muy negro. Como ya te he dicho, en un pabellón estaban las madres con sus hijos. Los niños dormían en brazos de sus madres. Al estar las instalaciones a pie de playa, el frío y la humedad eran insoportables. La comida era más

bien escasa. Cada día entraban treinta litros de leche, pero nunca era para los niños: se la quedaban las monjas, que luego la vendían de estraperlo en el economato de la cárcel, así como el azúcar, entre otras muchas cosas. Las madres que no podían dar de mamar a sus hijos, desesperadas, solían recoger las peladuras de las patatas, que normalmente solían comer los cerdos, y las mezclaban con el caldo de las lechugas. Eso es lo que daban a sus hijos de comer. Recuerdo que pasamos una larga temporada comiendo lentejas, bueno, gusanos con lentejas. Desde entonces, no he vuelto a probarlas.

—¿Cómo consiguió sobrevivir a todo aquello?

—Los vecinos de Ondarroa fueron nuestros salvadores. Se dieron cuenta de que en la prisión moríamos de hambre. Los pescadores salían a faenar y nos traían la pesca que capturaban todos los días. Las mujeres del pueblo también nos visitaban y nos traían comida. No nos conocían de nada pero, aun así, venían a vernos y se preocupaban por nosotras.

—¿Su familia no le enviaba nada?

—Sí, pero no con regularidad. La situación en Madrid tampoco era buena y mandaban lo que podían, aunque luego las monjas interceptaban los paquetes y se quedaban con todo lo que les daba la gana. Las que éramos jóvenes y estábamos sanas pudimos sobrevivir, pero muchas otras no lo lograron a pesar de que nos ayudábamos entre nosotras. Si un día yo recibía paquete, le pasaba mi rancho a otra que no tenía nada, y así nos íbamos cuidando y nos asegurábamos de que ninguna se quedara sin comer.

—Por lo que he podido investigar, murieron 120 mujeres y 57 niños. ¿Fue testigo de alguna de esas muertes?

—No directamente, pero todas sabíamos lo que ocurría. Por las noches venía un carro negro con un burro. Allí montaban las cajas de madera que simulaban ser ataúdes. Si eran niños, metían a dos en una misma caja y ya no los volvíamos a ver —comentó haciendo una pausa—. Lo hacían de noche para que no hubiera testigos, pero por la mañana nosotras ya advertíamos la falta de alguna compañera —dijo visiblemente emocionada—. Conocí a una madre. La metieron presa por ser la amante de un anarquista. A él lo fusilaron en Barcelona y a ella y a su niña las trasladaron a Saturrarán. La niña murió con solo unos meses en brazos de la madre debido a las condiciones a las que estábamos sometidas. No sé si fue el hambre, el frío, la insalubridad que inundaba el sitio, qué se yo, pero la niña no llegó a cumplir un año de vida. Días después de aquella fatídica noche, la madre me contaba lo ocurrido: *«Murió en mis brazos y pasé la noche en vela intentado que las ratas no se la comieran. Por la mañana, bien temprano, vinieron las monjas y se la llevaron. Me dijeron que no me preocupara, que un nuevo ángel acompañaba a Dios. Nunca supe a donde la llevaron, ni si llegaron a enterrarla»*.

Amaia se quedó sin palabras. Ana no podía contener las lágrimas e hizo una pausa para buscar un pañuelo. Su marido le acercó un vaso de agua.

—Si quiere, podemos dejarlo —le dijo Amaia.

—No, estoy bien —respondió mientras bebía un poco—. De lo que sí fui testigo es de cómo trataban a las más ancianas. Las hacían bajar a la playa y al principio nosotras creíamos que era un premio que les habían concedido, pero lo que les obligaban a hacer, era inhumano. Las obligaban a caminar con peso por la arena hasta caer rendidas mientras las monjas observaban todo aquello sin inmutarse.

—He leído algo sobre una celda de castigo, ¿existía?

—Claro que sí. Yo pasé allí más de una noche. Se trataba de un cuartucho que estaba a la altura del río que pasaba por detrás del edificio. Tenía un banco y unos ladrillos donde solo se podía estar sentada. Un palmo de agua cubría siempre el suelo y, cuando subía la marea, el agua lo inundaba todo hasta alcanzar un metro de altura. El frío allí era insoportable. La humedad se te metía en los huesos y solo podías cerrar los ojos y esperar a salir de allí lo más pronto posible.

—Hay fotografías de aquella época en las que no se refleja nada de eso.

—Lo manipulaban todo. Cuando sacaban aquellas fotos nos obligaban a sonreír, pero la verdad es que cada mañana, a las ocho, debíamos estar lavadas y peinadas para comenzar a trabajar sin descanso. Nos obligaban a rezar el rosario y a cantar el Cara al Sol. Creo que era el mejor momento del día cuando empezábamos a cantar y algunas de nosotras cambiábamos la letra: *«Cara al Sol te volverás morena, rojo no te va a querer. Hallarás la muerte si me quieres, y no te vuelva a ver. Volverán Azaña y Caballero, y detrás, Prieto con el dinero. Arriba rojos a vencer, que el fascismo tiene que fallecer»*. Las monjas lo escuchaban y preguntaban quién había sido, y las que estábamos cantando aquello en ese momento dejábamos de hacerlo para que otras siguieran cantándolo. Las volvíamos locas. No conseguían saber quién orquestaba todo aquello. También cantábamos otra canción. A ver si me acuerdo, era: *«Cara al sol con la camisa caqui, el coraje y el fusil. Volverán nuestros soldados de Francia, a conquistar Madrid. Conquistarán Madrid y Barcelona, y también Valencia y Tarragona...»*. Aquello nos daba las fuerzas necesarias para seguir adelante con la lucha y olvidar por un rato las penurias y las vejaciones que sufríamos por parte de las monjas, porque, además de todo lo que te he contado, también tuvimos que soportar el acoso y las agresiones sexuales por su parte. En una ocasión, una de las monjas, aprovechando que mis compañeras estaban fuera trabajando, me encerró en un cuartucho y me toqueteó. Yo grité y con ello conseguí que ella se asustara y me sacara de allí. Unos meses más tarde presencié cómo dos monjas mantenían relaciones. Parecía no preocuparles demasiado que las pudiéramos sorprender.

Amaia seguía conteniendo la respiración ante aquellas declaraciones. El marido de Ana se acercó a ella y le acarició el hombro.

—Lo que hicieron aquellas bestias no tiene perdón. ¿Sabe?, yo vivía en Mutriku y todas las noches veíamos pasar el carro con aquel burro y entonces decíamos: *«¡Ahí va una más!»* — comentó el marido.

—Antonio era uno de los pescadores que iba a visitarnos y a traernos algo de comida. Así nos conocimos. Cuando yo salí de la cárcel, un 3 de abril del año 43, me estaba esperando para formar una familia. Yo tenía a los míos en Madrid pero decidí quedarme aquí, en Mutriku. Tenía tanto que agradecer a la gente de allí y a los vecinos de Ondarroa... Sin su ayuda, estoy segura de que habríamos muerto muchas más.

—Cuéntale también lo de los niños —apuntó el marido.

—Eso fue lo más terrible que hicieron. Un día estaban las madres con sus hijos en el patio. Apareció un autocar repleto de monjas teresianas y mandaron a las mujeres a limpiar al río. Les dijeron que sus hijos irían a pasar un reconocimiento médico. Cuando las madres volvieron de la tarea de lavar la ropa, se encontraron con que sus hijos ya no estaban allí. Se habían llevado a los mayores de tres años en aquel autocar para darlos en adopción. Supongo que a familias falangistas que no podían concebir. Les robaron a sus hijos sin escrúpulos y muchas de ellas no volvieron a tener nunca más noticias de ellos. Caímos en el olvido, pero yo jamás olvidaré cómo murieron

muchas de mis compañeras. Las enfermedades como el tifus, la sarna, la difteria y la tuberculosis campaban a sus anchas por allí, y la que estaba más débil no conseguía combatir las.

—¿No disponían de atención sanitaria?

—Sí, pero servía de poco. El médico que había, que era el mismo que ejercía en Ondarroa, nos ponía la vacuna contra el tifus, pero en vez de ponerla en tres veces, que era como debía hacerse, nos las pinchaba todas de una vez. A las que estaban más delicadas les subía la fiebre y teníamos que ayudarlas porque no se tenían en pie. No creo que nadie se merezca un trato así. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que habíamos hecho? Yo pertenecía a las Juventudes Socialistas y lo único que había hecho era reunirme con mis compañeros para ayudar a los que estaban pasándolo mal. Otra compañera había sido denunciada por una vecina. Los fascistas habían bombardeado una escuela y la mujer mostró su rechazo ante aquel brutal ataque que había quitado la vida a muchos niños inocentes. La vecina la acusó de ser roja y la denunció. Inmediatamente la detuvieron, y tuvo que cumplir la condena que le impusieron. Mucha gente se aprovechó de la situación para hacer sus particulares denuncias y, como nunca se comprobaban, la mayoría iba a la cárcel por no haber hecho nada. Más de uno solucionó así viejas rencillas del pasado, marcando la vida de otros muchos para siempre. La mayoría no teníamos delitos de sangre. Se nos encerró allí, y solo las que estuvimos dentro sabemos por lo que tuvimos que pasar.

Amaia agradeció de nuevo a Ana su tiempo y dedicación.

—Le prometo que escribiré ese libro del que le he hablado. La barbarie que cometieron con todas ustedes en aquella cárcel debe conocerse.

—Hay tanto miedo a hablar que casi han conseguido borrarlos los recuerdos.

—Haré todo lo posible por mantenerlos vivos —apuntó Amaia mientras estrechaba su mano—. Ha sido un placer conocerlos.

El marido la acompañó hasta la puerta y Amaia abandonó el lugar con enorme tristeza. Decidió acercarse hasta la playa para contemplar los viejos edificios que aún se tenían en pie. Después del año 44 había dejado de ser prisión y la iglesia había vuelto a darle uso como seminario. Amaia se acercó a aquellos muros que habían sido testigos de tan numerosas atrocidades. Recordó el relato de Ana y se imaginó a todas aquellas mujeres viviendo allí y padeciendo la más absoluta de las crueldades. Aprovechó para sacar alguna fotografía y poder añadirla a su artículo. Estaba oscureciendo y todavía le quedaban dos horas de regreso a casa.

15

No me olvides

Amaneció. El almanaque que tenía colgado en la cocina señalaba el 2 de septiembre. Lo recuerdo como si fuera ayer. Aquella fecha se quedó grabada en mi corazón. ¡Cómo me habría gustado poder detener el tiempo! Pero cada minuto que pasaba, la vida de Marisa corría más y más peligro.

Era temprano cuando nos levantamos. Preparé el desayuno e hicimos las tareas lo antes posible para poder disfrutar de las pocas horas que nos quedaban para estar juntas. Al caer la noche, Marisa se echaría al monte y no la volvería a ver nunca más.

Dimos un pequeño paseo, pero la necesidad de abrazarnos y tocarnos hizo que volviéramos al caserío y pasáramos la tarde metidas en la cama. Prometimos volver a vernos pasara lo que pasara y, en aquel momento, yo creí firmemente en todas las promesas, las tuyas y las mías. Al atardecer, mientras ella preparaba sus bultos con las pocas cosas que tenía, yo me afanaba en liar en un trapo toda la comida que podía: un queso entero, algunas piezas de fruta y una cantimplora bien llena de agua.

—Espero que esto sea suficiente. No quiero que te quedes sin fuerzas.

—Con todo lo que has metido ahí tengo para dos semanas. Puedes estar tranquila —me dijo sonriendo mientras yo luchaba por contener las lágrimas—. Ane, no llores, por favor. Me parte el alma verte así. Sabes que por nada del mundo querría irme, pero si me quedo nos pongo en peligro a las dos.

—Lo sé. Voy a echarte muchísimo de menos. Prométeme que volverás.

—Te lo prometo. Cuando todo esto acabe, volveré a buscarte —dijo cogiéndome de la mano.

Me abracé a ella, porque algo me decía que esa sería la última vez que volvería hacerlo.

—Te quiero —le susurré al oído—, y jamás querré a nadie como a ti.

—Yo también te quiero.

Nos besamos y nos despedimos. Llevaba sus cosas atadas a la espalda y estaba lista para recorrer el camino hacia su libertad. Yo, en cambio, no sabía cómo dejarla ir, era como si me arrancasen una parte de mí. Acarició la cabeza de Lagun, que con un ladrido también le brindó su particular adiós.

—No me olvides —me rogó.

—Eso es imposible. Ten mucho cuidado y escíbeme en cuanto llegues.

—Lo haré. Te quiero, Ane —se despidió, dándome un último beso.

—Yo también te quiero —dije mientras observaba cómo se alejaba.

Fue un día horrible. No pude parar de llorar durante semanas. En mis pensamientos solo estaba ella. Me preguntaba si habría podido atravesar el monte sana y salva, si habría llegado a la frontera y si habría podido cruzarla. Antes de su marcha, habíamos hecho un cálculo aproximado de lo que podía tardar en llegar hasta Irún. Según nuestras estimaciones, una semana y media le habría bastado para alcanzar la frontera. Las primeras lluvias habían comenzado y eso le complicaría el camino. Todas las noches me acostaba pensando si habría conseguido encontrar algún refugio en medio del monte para poder guarecerse del frío y de la humedad. No podía conciliar el sueño pensando en que ella podía estar pasándolo mal. Muchas veces me daba por imaginar que los fascistas la habían capturado y entonces, desconsolada, rompía a llorar. Me culpaba día y noche por haberla dejado marchar.

Encendía la radio cada noche para escuchar los partes de guerra, y lo único que decían era que los nacionales avanzaban sin dificultad hacia la frontera y que el bando republicano apenas podía detenerlos. Me puse en lo peor.

Una tarde escuché que tanto la ciudad de Irún como la frontera habían caído en manos de los fascistas. Los republicanos habían perdido su dominio allí y la ciudad estaba siendo bombardeada. Deseé con todas mis fuerzas que Marisa hubiera conseguido cruzarla antes, pero no lo sabía y aquello me estaba matando.

Pasaba las horas como podía. De nuevo estaba sola y las tareas del caserío me ocupaban casi todo el día pero, por más que lo intentaba, no conseguía quitármela de la cabeza. Un día, mientras trabajaba en la huerta, apareció de nuevo el militar que se había acercado semanas antes para preguntar si había visto a alguien merodeando por allí. Me dio las buenas tardes y se quedó de pie, mirándome. Lagun no dejaba de gruñir. Le reñí y se escondió en el interior del caserío.

—Ese es mucho trabajo para una señorita —dijo mientras yo clavaba la azada en la tierra.

—Ya estoy acostumbrada. Llevo muchos años haciéndolo.

—Deje que la ayude, por favor —me dijo mientras se quitaba la chaqueta y se remangaba la camisa. En un principio me negué, pero fue tal su insistencia que tuve que pasarle la herramienta —. ¿Qué va a plantar?

—Lechugas.

—Pero esto son muchas lechugas para usted.

—No lo crea. En el pueblo ya casi no se puede comprar nada, y gracias a estas verduras me mantengo —dije sin dar muchas explicaciones. Él siguió trabajando hasta hacer un surco lo suficientemente hondo.

—Bueno, pues esto ya está —dijo repasando el agujero que acababa de hacer. Yo eché las semillas y luego él las tapó tirando de nuevo tierra encima. Cogí una regadera y la llené de agua en el pozo. Regué la tierra hasta empaparla. El alto cargo militar me pidió permiso para poder lavarse las manos y lo acompañé hasta el interior del caserío. Le indiqué dónde estaba la pila y se lavó a conciencia. Después se puso la chaqueta. Recorrió la estancia con su mirada y reparó en la radio que tenía encima de la chimenea. Maldije no haberla guardado.

—Señorita, ¿sabe que está prohibido tener esa clase de aparatos?

—Mi tío me lo dio para que estuviera informada en todo momento. Gracias a ella sé que ya

queda menos para que acabe esta guerra.

—¿Y qué más sabe?

—Que mi tío y mi padre la ganarán.

Asintió con la mirada y, dirigiéndose hacia la puerta, se detuvo.

—Acabaremos con todos esos rojos muy pronto.

No dije nada. Supuse que había dicho aquello para ponerme a prueba, pero ni pestañeé.

—Por cierto, ¿no habrá visto por aquí a dos militares?

—No señor, por aquí no ha venido nadie.

—Hace semanas que no sabemos nada de ellos. Es como si se los hubiera tragado la tierra — dijo mirándome a los ojos.

—Si los veo, bajaré de inmediato a avisarle.

—Gracias por su amabilidad. Si necesita cualquier cosa, pregunte por el coronel Díaz. Suelo estar en el ayuntamiento.

—Gracias.

Vi cómo se alejaba y no pude evitar desviar la mirada hacia el huerto. Él mismo había estado cavando a escasos metros de donde yacían aquellos indeseables.

Los partes que escuchaba en la radio cada vez eran más desalentadores. Casi toda Guipúzcoa estaba en manos de los fascistas. El locutor decía que una gran parte de la población había conseguido cruzar la frontera a pie, y yo solo podía pensar en que, entre todos ellos, estuviera Marisa. Después de la caída de Irún, las tropas se habían dirigido a tomar San Sebastián. La ciudad cayó el 13 de septiembre y muchos civiles lograron salvarse porque el bando republicano había preparado la evacuación de todos ellos fletando unos cuantos barcos que salieron desde el puerto. Algunos barcos pesqueros también se ofrecieron a llevar a gente a Francia. En esa primera oleada, decía la radio que habían sido trasladadas más de 16 000 personas, la mayoría mujeres y niños, además de ancianos. Los que no tuvieron esa suerte abandonaron San Sebastián poniendo rumbo a Vizcaya. Muchos milicianos huyeron allí tras el avance del bando nacional.

Busqué y rebusqué alguna emisora que dijera algo sobre la frontera pero, como ya estaba en manos de los fascistas, los republicanos ni la mencionaban. El foco de atención estaba en Vizcaya y los locutores ensalzaban la labor que la provincia estaba haciendo con todos los vecinos que habían acudido hasta allí en masa. Cada día se habilitaban distintos edificios para acoger a todas esas familias que habían salido huyendo de Guipúzcoa. Hoteles, edificios municipales, así como frontones, sirvieron de techo para aquellas personas que habían tenido que huir con lo puesto. Me estremecía al escuchar todo aquello. No podía imaginarme por lo que estarían pasando. Niños en brazos de sus madres, durmiendo a la intemperie. La comida tampoco es que abundara, y la situación iba de mal en peor. El nombre de Marisa acudía a mis labios y no podía dejar de preguntarme «¿dónde estás cariño?, ¿dónde estás?».

Bajé al pueblo en más de una ocasión y me acercaba hasta la estafeta de correos para ver si había alguna carta de Marisa, pero siempre obtenía la misma respuesta: «*No hay nada para el caserío Ane-Mari*».

La imagen era desoladora. Muchos vecinos se habían marchado y los que quedaban intentaban sobrevivir al hambre y a la miseria que asolaban la villa. La situación en la fábrica de ferrocarriles había empeorado. Desde la revuelta protagonizada por Mikel y sus compañeros, los fascistas se comportaban con más dureza. Tenían a los hombres trabajando día y noche,

produciendo armamento para la lucha en el frente. Ya no había niños jugando en la calle. Las madres se escondían con ellos en sus casas esperando a que llegasen sus maridos, salvo las mujeres a las que se los habían arrebatado a balazos y que se habían convertido en viudas de la noche a la mañana. La cárcel estaba abarrotada. Habían metido allí a todo aquel que les parecía sospechoso o aquellos a los que los chivatos del pueblo habían denunciado, la mayoría falsamente. Personas que no pertenecían a ningún bando y, aun así, fueron encerradas en prisión y sometidas a duros interrogatorios a base de palizas, consiguiendo que confesaran hechos que jamás habían cometido. Las estancias no eran tan espaciosas y, debido al gran número de presos, estos tenían que dormir apelotonados, unos sobre otros. Pero eso no importaba ni lo más mínimo a los sublevados porque ellos seguían llenando cada día aquellas celdas, a pesar de no quedar ni un solo hueco para nadie más.

Con las mujeres también se ensañaron de lo lindo. A todas aquellas que estaban prestando servicio en el Frente Popular como enfermeras, si las capturaban les rapaban el pelo al cero y las hacían desnudarse en las plazas públicas de los pueblos. También pasó eso mismo con las mujeres que pertenecían al grupo *Emakumes*. En concreto, en Beasáin desaparecieron once mujeres que simpatizaban con la República.

Conseguir harina también se volvió casi imposible. El que la vendía había incrementado su valor de tal manera que tuve que seguir renunciando al pan. Ni la leche ni las verduras me servían ya para hacer trueques, y el poco dinero que mi padre me había dejado, se lo había dado a Marisa porque ella iba a necesitarlo más que yo.

Sin duda, el peor momento del día era cuando anochecía. El miedo a ser descubierta se presentaba en forma de pesadillas noche tras noche. Imaginaba que los cadáveres de los dos militares salían a la luz y que también a mí me sacaban una confesión a golpes. Soñaba con Marisa e imaginaba todo tipo de horrores también para ella. Siempre me despertaba en mitad de la noche sudando y temblando de miedo.

Una de esas noches, sentí ruidos en el establo y, como siempre, Lagun me alertó de que algo estaba ocurriendo. Cogí la escopeta y salí a ver qué pasaba. Cuatro hombres, vecinos del pueblo y conocidos de mi padre, intentaban llevarse una vaca.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? —les dije apuntándolos con el arma.

—Ane, nuestros hijos se mueren de hambre. Solo queremos llevarnos una. Tú tienes muchas. No la echarás en falta.

—Pero ¿de qué habláis? Soltadla ahora mismo.

—Tu padre nos la habría dado. Mis hijos hace días que no tienen nada que llevarse al estómago. Estamos desesperados. Por favor, deja que nos la llevemos —me rogó uno de ellos. Bajé la escopeta y dejé que se llevaran al animal. ¿Qué otra cosa podía hacer? Si una de mis vacas podía alimentar durante días a sus hijos, no podía oponerme.

—Por favor, intentad que no sufra —les pedí.

—Te lo prometo. Gracias, Ane. Sabemos que esto no es fácil, pero si no lo estuviéramos pasando tan mal no te lo pediríamos.

Besé el lomo de la vaca y me despedí de ella. Llevaba con nosotros diez años y yo les tenía mucho cariño a todas. A algunas de ellas las había visto crecer. Mi padre se dedicaba más que nada a la fabricación de quesos y, cuando las vacas se hacían mayores, las solía vender, pero él nunca llegó a matar a ninguna. Se la llevaron y desaparecieron en la oscuridad. Aquella noche no

sería la única. Le siguieron muchas más, porque la situación no dejó de empeorar.

Mis pensamientos continuaban centrados en Marisa y seguía sin tener noticias tuyas. La información que daban las diferentes emisoras centraba su atención en Vizcaya. El bando republicano se empeñaba en defender la provincia a toda costa pero, con la llegada de tantos civiles de todas partes, tuvieron que organizar más evacuaciones. Todas aquellas noticias eran devastadoras, y en cierto modo me hacían sentir culpable. Culpable por estar a salvo cuando miles de personas estaban perdiéndolo todo. Mi pena era haberme separado de Marisa, pero no se podía comparar con todo lo que estaba sucediendo. Muchas mañanas me levantaba con la idea de irme, marcharme tras ella para encontrarla, pero siempre acababa vencidome el miedo. Debí haberme ido con ella aquel día. Ese sentimiento de culpa lo he arrastrado toda mi vida. Sentía que estaba siendo egoísta. Tampoco podía dejar de pensar en mi padre, si estaría bien, porque también seguía sin tener noticias de él.

Lo único que hacía era llorar y compadecerme de mí misma hasta que me di cuenta de que no podía seguir así. Debía hacer algo por los demás y comencé por visitar la cárcel. Si la comida en el pueblo era escasa, allí te podrás imaginar. La visitaba dos veces a la semana y llevaba a mis vecinos que estaban presos todo lo que podía: queso, fruta, huevos cocidos y puré de verduras. Se lo repartían como podían y por lo menos sus mujeres, que estaban fuera y no tenían ningún ingreso, lo poco que conseguían se lo daban a sus hijos.

Amplíe el huerto porque toda la ayuda era poca. Recuerdo que algunas mujeres vinieron a ayudarme al caserío en más de una ocasión y preparábamos cacerolas grandes de puerros con patatas. Luego lo metíamos en unas pequeñas latas y las llevábamos hasta la cárcel. Allí las repartíamos entre los hombres, que las devoraban. Era lo único que comían. Los militares solo les proporcionaban algo de agua y un caldo de agua sucia para todo el día.

Gracias a todo aquello conseguí reponerme, aunque seguía pensando en Marisa y en la suerte que había podido sufrir.

16

Yo fui un topo

Amaia había conseguido dar forma a las dos entrevistas que tenía hechas hasta el momento y le quedaba una tercera, que iba a tener lugar esa misma semana. Se había tomado un pequeño descanso para ponerse al día con la ponencia. Quedaban muy pocos días para que Natalia y ella, junto a otras compañeras del grupo universitario, fueran a Madrid a participar en las jornadas sobre feminismo.

—¿Qué te parece? —preguntó Natalia.

—Es estupenda. ¿Por qué no haces también la mía?

—Déjame ver —le dijo cogiéndole el cuaderno con el que estaba trabajando. Leyó en silencio—. La tuya tampoco está nada mal.

—Todavía no la he terminado. Me falta la conclusión.

—En un rato la tienes.

—Eso espero, porque también quiero hacer las preguntas para la entrevista de mañana.

—Es la última para el artículo, ¿no?

—Sí, pero me gustaría hacer unas cuantas más para el libro, aunque primero tengo que encontrar a más mujeres que quieran contarme sus historias.

—Las encontrarás. Piensa que, hasta ahora, nadie ha querido escucharlas.

—He pensado incluir también en el libro un capítulo que hable de todos los derechos que fueron violados, desde el ámbito legal, y me gustaría que lo escribieras tú.

—¡Vaya! Me encantará poder ayudarte. En cuanto acabe con los exámenes, me pongo a ello.

Siguieron trabajando y Amaia por fin consiguió terminar su ponencia. De nuevo se la pasó a su compañera y las dos quedaron satisfechas con su resultado.

* * *

El día amaneció bastante lluvioso y Amaia conducía poniendo especial atención a la carretera. En Andoáin la esperaba Julia Zurutuza, una republicana que había pasado treinta y dos años escondida en una especie de zulo, gracias a la ayuda de la familia de su marido. Pudo aparcar el

coche bastante cerca de la casa. Cuando llamó al timbre, Julia la invitó a entrar. Amaia se presentó y la mujer hizo lo mismo.

La señora, a pesar de su avanzada edad, mostraba una vitalidad pasmosa.

—Parece usted más joven.

—Pues no será por la vida que he llevado. Créeme, treinta y dos años metida en un agujero no te rejuvenecen para nada.

—¿Le importaría contarme cómo llegó a ese zulo? —preguntó Amaia, preparando su bolígrafo para tomar notas.

—Me casé con 20 años, en el año 33. Mi marido era republicano y ocupaba un alto cargo dentro del gobierno regional. Yo compartía sus ideales y también era fiel al gobierno de la República. Cuando estalló la guerra, tanto él como yo participamos en la organización para hacer frente a los fascistas pero, cuando llegaron hasta aquí, a los primeros que se llevaron fue a los que estaban al mando, entre ellos mi marido. Todo ocurrió en una noche, se despidió de mí y me pidió que huyera. Mucha gente consiguió cruzar la frontera y ponerse a salvo en Francia, pero yo no le hice caso y no me marché. Se lo llevaron preso y era cuestión de tiempo que hicieran averiguaciones sobre su cargo. *«En cuanto sepan quién soy, irán a por ti. Márchate y no mires atrás»*, me dijo la misma noche que se lo llevaron esposado. Yo no sabía qué hacer pero la idea de marcharme no entraba en mis planes. Entonces decidí acercarme hasta la casa de mis suegros. Vivían en el campo y, a pesar de no estar de acuerdo con los ideales de su hijo, siempre habían mantenido una buena relación. Les conté lo ocurrido y, ante mi insistente negativa a abandonar el pueblo, mi suegro ideó una solución. En su establo, había un pequeño agujero que había hecho hacía años para salvaguardar el trigo de la humedad. Se abría mediante una pequeña trampilla que se podía ocultar con facilidad. Mi suegra se opuso a aquella disparatada idea, pero a mí me pareció que era la única forma de poder estar cerca de mi marido. El tiempo corría en nuestra contra porque tarde o temprano irían a mi casa y, al no encontrarme allí, la casa de mis suegros sería la próxima que visitarían. El padre de mi marido lo preparó todo y acondicionó el agujero lo mejor que pudo. Unas mantas, una cantimplora y algo de comer era lo único que necesitaba.

—¿Llegaron a ir los nacionales?

—Claro que llegaron. Solo tardaron unas horas en presentarse. Mi suegra me contó que inspeccionaron la casa dejándolo todo desordenado y patas arriba. También visitaron el establo. Desde aquel escondrijo podía oírlo todo. Mi suegro había tapado la trampilla con bastante paja y había conseguido que las vacas defecaran allí. Los fascistas ni se acercaron. Registraron las paredes buscando un doble fondo, pero no se les ocurrió en ningún momento mirar debajo de la mierda.

—Supongo que tuvo que pasar mucho miedo.

—Sí, aquella gente no se andaba con tonterías. Jamás olvidaré la primera noche que pasé allí. Cada ruido que oía me alertaba y no conseguí pegar ojo hasta semanas después. Mi suegro cada mañana recogía los excrementos y amontonaba unos pocos en una esquina por si había otra visita inesperada.

—¿Y usted no salía de allí para nada?

—Hasta que pasó el primer mes no, no lo hice. Era muy peligroso, tanto para mí como para los padres de mi marido. Todos los días levantaban la trampilla y me pasaban algo de comida. Yo me ponía de pie a ratos para no quedarme agarrotada.

—¿Y sus necesidades?

—Tenía un cubo que mi suegra vaciaba todos los días. El hedor era bastante desagradable, pero por lo menos seguía con vida.

—¿Y su marido?

—Al parecer lo tenían preso en la cárcel. Mi suegra solía ir a verlo y me contaba cómo estaba. Lo habían interrogado y, como él no decía nada, lo habían torturado en más de una ocasión. Su madre intentó quejarse por el trato que le estaban dando, pero solo consiguió que le prohibieran las visitas durante dos semanas.

—¿Le contó que usted estaba escondida?

—No, le dijo que había conseguido huir a Francia. Si conocía mi paradero, tarde o temprano aquellos malditos se lo habrían sacado.

—¿Qué pasó luego?

—Mi suegra fue a visitar a mi marido después de que pasaran las dos semanas y le comunicaron que lo habían trasladado. Días más tarde, nos enteramos que una madrugada se lo habían llevado en un camión junto a otros presos y frente a la tapia del cementerio lo habían fusilado, como al resto. Cuando mi suegra me lo contó, me derrumbé. Quise salir de allí y pedir justicia, pero ellos me lo impidieron.

—Debió de ser horrible.

—Cada día que pasaba allí metida, solo podía pensar en que la guerra terminase lo antes posible y que pudiéramos ganarla pero, según iban pasando los meses, mi suegro me ponía al día de los avances y llegué a perder la poca esperanza que me quedaba.

—Cuando terminó la guerra, ¿abandonó su escondite?

—Ojalá, pero Franco estaba deteniendo a todos aquellos que habían apoyado al bando republicano, y las cosas que se oían que hacían en las cárceles consiguieron que me mantuviera oculta. Las búsquedas en las casas fueron haciéndose con menos regularidad, y eso me proporcionaba algunas horas de libertad. Jamás abandonaba el establo y mi suegra me solía traer un cubo con agua para que pudiera asearme. Nadie debía verme, porque cualquier vecino podía ser el enemigo. Las falsas denuncias estaban a la orden del día y, si alguien me hubiera visto, no habría dudado ni un solo segundo en acudir al cuartelillo y denunciarme. Jamás podré agradecer a mis suegros todo lo que hicieron por mí.

—Tantas horas allí metida, sola. Cualquiera en su lugar habría perdido la cabeza.

—Mi suegra me traía libros y así mataba las horas. Soñando con un mundo mejor y deseando que acabara aquella dictadura. Pasé bastantes resfriados y mi piel perdió por completo su color. Mi suegro era médico y, gracias a él, no contraí ninguna enfermedad mortal. Había días en los que no quería ni comer. Pensé muchas veces en dejarme morir, pero mis suegros lo impidieron. No sé de dónde saqué las fuerzas. Treinta y dos años de mi vida viviendo como un topo, sin ver la luz del sol, solo a través de las pequeñas rendijas de las maderas que formaban las paredes del establo.

—¿Cuándo salió de allí?

—En el año 69, mi suegro decidió sacarme porque yo estaba empezando a perder la cabeza. Fue una noche. Se aseguraron de que todo el mundo dormía y me trasladaron del establo a la casa. Estuve varias semanas reponiéndome e intentando recobrar la cordura. Mi suegra tuvo una paciencia infinita. Cuando conseguí volver a ser la de siempre, o por lo menos una parte, ya que

jamás volví a ser la misma, mi suegro corrió el rumor de que una prima lejana suya se había trasladado a vivir con ellos para ayudarlo en sus tareas en la consulta y aprender el oficio de enfermera. Todavía hoy, no sé cómo lo consiguió. Me buscó documentación nueva y cambió mi nombre por uno falso. Nadie llegó a sospechar nada y tampoco nadie se atrevió a preguntar. Mantuve esa nueva identidad hasta que murió Franco. Ese día también murió la prima lejana y volví a ser Julia Zurutuza.

—No imagino por el calvario que tuvo que pasar.

—El espacio era muy reducido, pero mis suegros se encargaron de que no me faltara lo esencial. Los libros me ayudaron muchísimo. Gracias a ellos conseguía evadirme y olvidar por un rato la cruda realidad que me rodeaba.

—¿Volvería a hacerlo?

—Separarme de mi marido fue lo más duro que he tenido que hacer en toda mi vida y, si escondiéndome le hubiera salvado la vida, sí, lo volvería a hacer, todas las veces que hiciera falta.

—¿Pudo rehacer su vida?

—Si te refieres a si me he vuelto a casar, no. Amaba demasiado a mi marido como para poder amar a otro hombre. Desde que él murió, algo dentro de mí también lo hizo. Supongo que una de las consecuencias de aquella maldita guerra fue esa, la de quitarme la capacidad de volver a amar, entre otras muchas cosas. No he querido ni he sentido la necesidad de compartir mi vida con alguien. La carga que llevo a cuestas es tan grande que no creo tener ningún derecho a compartirla.

Amaia sintió oír todo aquello. Tenía delante a otra víctima más que, como muchas otras, había caído en el olvido sin que nadie se hubiera preocupado de conocer su historia.

—Muchas gracias por contármelo. Le prometo que lo escribiré sin cambiar ni una sola coma y que haré todo lo que esté en mi mano para que su historia sea escuchada.

—Gracias a ti. Te deseo mucha suerte porque sé que la vas a necesitar. A la gente no le gusta remover el pasado, y mucho menos que les recuerden todo lo malo que sucedió.

Amaia asintió y se despidieron dándose dos besos en la mejilla. De vuelta a casa pensó en su abuela, en Marisa y en todas las mujeres que habían sufrido tanto. Se sentía afortunada por la época en que le había tocado vivir. Había muchas cosas del sistema que no le gustaban, pero luchaba cada día para cambiarlas. En cambio, todas aquellas mujeres habían sido privadas de su libertad por intentar hacerlo.

* * *

Amaia y Natalia iban en el autobús camino de Madrid con el resto de sus compañeras. Amaia aprovechó para dar los últimos retoques a su artículo. Ya casi lo tenía terminado y estaba deseando enseñárselo a Clara y conocer su opinión.

—¡Podías parar un poco para variar! —le dijo Natalia, que estaba sentada a su lado.

—Tienes razón, pero es que no puedo dejar de pensar en ello. Mi *amona* y su historia con Marisa. Tantos años guardando ese secreto...

—Bueno, ahora lo está compartiendo contigo.

—Y todas esas mujeres, con todos esos testimonios que te ponen la piel de gallina.

—¿Sabes qué? —dijo apoyándose en su hombro—, creo que vas a escribir un libro magnífico y que con él vas a conseguir la justicia que merecen. Por fin se van a conocer los horrores de la guerra. Ya te adelanto que no será fácil, porque hay mucha gente empeñada en seguir enterrando todo lo que pasó, pero mientras haya alguien que les ponga voz, tendrán que escuchar y aguantarse.

El camino duró casi ocho horas y, cuando llegaron a Madrid, era ya de noche. Cogieron un taxi desde la estación de autobuses para ir hasta el hotel. Estaba bastante céntrico y, por la mañana, otro autobús las recogería para llevarlas al lugar donde se celebraría el acto.

* * *

Las ponencias comenzaban a las diez, así que se levantaron temprano. Amaia y Natalia compartieron una estimulante ducha y bajaron a desayunar con sus compañeras. Terminaron y el autobús ya las estaba esperando. Fue un trayecto de veinte minutos. Cuando llegaron al recinto, comprobaron que se trataba de un velódromo que habían acondicionado para el acto. Recogieron sus acreditaciones, y una mujer encargada de la organización les explicó el funcionamiento y en qué momento les tocaba intervenir. Amaia hablaba antes que Natalia, pero como todavía les quedaba un buen rato se sentaron entre las demás y escucharon cada una de las intervenciones.

Fueron muchos los temas que allí se mencionaron. Además, después de cada ponencia se dejaba un tiempo para ruegos y preguntas que la gente aprovechaba participando muy activamente. Amaia iba sintiéndose más nerviosa cada vez a medida que el tiempo avanzaba y se acercaba su exposición. Natalia le agarró la mano y le susurró «*suerte*» al oído. Se acercó hasta la mesa con sus notas y, cuando abandonaron las sillas las mujeres que habían finalizado sus discursos, ella y otras dos compañeras se sentaron en aquellos mismos asientos. Cuando Amaia comenzó a hablar, sus miedos y sus nervios desaparecieron. Habló de los medios de comunicación y del papel de la mujer en ellos. Compartió su propia experiencia en el periódico universitario y relató el incidente que se había desatado a raíz de su artículo sobre la OTAN. Acompañó su discurso con estadísticas de los cargos que eran ocupados por mujeres en los medios de comunicación, que, por otro lado, eran bastante escasos y animó a las mujeres, sobre todo a las jóvenes, a que no se dejaran intimidar y a que persiguieran sus sueños. Tras unas breves preguntas que Amaia contestó sin dificultad, le tocó el turno a Natalia. Amaia le guiñó el ojo mientras volvía a acomodarse en el mismo asiento que había ocupado a su llegada. Natalia tenía una facilidad de palabra increíble y hablaba con una pasión desbordante. El silencio se hizo absoluto y todo el mundo la escuchaba con los cinco sentidos. Le apasionaba el derecho y dominaba a la perfección el tema. Dejó los tecnicismos a un lado y habló de leyes con un lenguaje claro y sencillo. Explicó uno a uno todos los derechos de la mujer que se estaban vulnerando dentro del mercado laboral y también habló del ámbito de la abogacía, un mundo dominado por hombres. En clave de humor, dio unos consejos muy prácticos para saber comportarse ante una detención por manifestarse en la calle. Todos los oyentes rieron. Natalia tenía ese poder, sabía meterse a la gente en el bolsillo con facilidad. Fue una de las ponencias más aplaudidas y Amaia se sentía muy orgullosa de compartir su vida con aquella maravillosa mujer.

—¡Amaia! ¿Cómo tú por aquí?

—¡Clara! No sabía que venías.

—Unas jornadas de feminismo, no me las perdería por nada del mundo. Por cierto, me ha encantado tu ponencia.

—Muchas gracias.

Una mujer se acercó a Clara y le dijo algo al oído.

—Tengo que dejarte. Esta gente quiere ir a comer fuera. Que disfrutéis de la ciudad.

—Gracias, igualmente —se despidió.

Se hizo un receso para el almuerzo. La organización había contratado un *catering* y fue servido allí mismo para todas las que lo quisieran.

—Has estado brillante, como siempre —le dijo a Natalia, que acababa de reunirse con ella.

—La tuya tampoco ha estado nada mal. Este tipo de actos me encantan —dijo, llevándose una croqueta a la boca.

—He visto a Clara.

—Yo me he encontrado con mi profesora de Derecho Constitucional. Una pena que no haya tenido ponencia, porque estoy segura de que te habría encantado.

Tuvieron una hora para comer y después se reanudaron las exposiciones. Ambas disfrutaron de todas ellas y a las ocho de la tarde el acto llegó a su fin. Se despidieron prometiendo que mantendrían el contacto con todos los grupos también universitarios, que, como ellas, habían participado en las jornadas.

Decidieron ir al hotel a darse una ducha rápida y cambiarse de ropa para salir a cenar. Disfrutaron de una cena tranquila a solas y, cuando terminaron, se acercaron hasta un local que le habían recomendado a Natalia para tomar una copa. Cuando entraron, a Amaia le sorprendió ver a tantas chicas.

—Una pena que en *Donostia* no haya bares así —le dijo Natalia mientras la agarraba de la mano y tiraba de ella hasta la barra.

—Hola, chicas, ¿qué os pongo?

—Dos *gin-tonics*, por favor.

—Si queréis, podéis sentaros. Os los llevaré a la mesa.

—Muchas gracias.

La luz era bastante tenue y las mesas estaban rodeadas de cómodos sillones para que la gente pudiera disfrutar de sus bebidas. La música no estaba demasiado alta y se podía entablar una conversación sin problemas. Se sentaron y estuvieron comentando las ponencias. Estaban encantadas y se habían comprometido con la organización para repetir al año siguiente.

A Amaia le pareció que alguien le hacía gestos con la mano desde una de las mesas, hasta que se dio cuenta de que se trataba de Clara.

—Perdóname un segundo —dijo mientras se levantaba.

—¡Amaia! ¡Qué casualidad! ¿Por qué no os unís a nosotras?

Amaia asintió y volvió a su mesa para preguntar a Natalia si le apetecía sentarse con Clara y sus amigas.

—¡Naturalmente!

Les hicieron un hueco y ambas se sentaron al lado de Clara. Amaia presentó a Natalia y Clara hizo lo mismo con sus acompañantes. Amaia se puso a charlar con su profesora sobre temas

relacionados con la revista.

—¿Qué te parece el sitio? —preguntó una de las amigas a Natalia.

—Me encanta. Hace tan solo tres años, nos podrían haber arrestado amparándose en la ley de vagos y maleantes.

—Por suerte, la democracia eliminó los artículos referentes a la homosexualidad en el 79.

—Sí, pero todavía sigue en vigor la ley sobre el escándalo público, así que parece que a la democracia le queda mucho por aprender.

—Pertenezco a un colectivo que está redactando una modificación de dicha ley para presentarla al gobierno. ¿Te gustaría unirse a nosotras?

—Eso suena interesante. Cuenta con ello —dijo Natalia a la vez que levantaba su copa.

En ese momento, otra de las amigas interrumpió la conversación de Amaia y Clara para pedirle a esta última que la acompañase a bailar. Natalia hizo lo mismo y arrastró a Amaia hasta la pista. Estaba sonando una lenta y su chica la agarró por la cintura sin ningún pudor.

—Ojalá llegue el día en que podamos bailar así en cualquier lugar, sin que esto sea un delito —le susurró al oído.

—Llegará —respondió Amaia.

Estuvieron un par de horas más compartiendo velada con Clara y sus acompañantes hasta que dieron las dos de la madrugada. Habían pasado una noche fantástica, pero era hora de retirarse. Amaia quería visitar el Museo del Prado antes de volver a San Sebastián.

* * *

Hacía pocos meses que el *Guernica* había sido devuelto a España y, como el autobús no salía hasta la tarde, pasaron la mañana en el museo. A Amaia le impresionaron las dimensiones de la pintura. La sala Casón del Buen Retiro estaba repleta de gente que, como ellas, ansiaba admirar la obra que había estado expuesta durante cuarenta y dos años en el MoMA de Nueva York.

Los horrores de la guerra estaban muy presentes en el cuadro. Cabezas separadas de sus cuerpos, rostros desencajados e incluso gritos de dolor que conseguían abrirse paso a través del lienzo, llegando así a oídos de todos los que admiraban la pintura. Los trazos del maestro Picasso no dejaban indiferente a nadie. Amaia había leído mucho sobre la barbarie que la Legión Cóndor había provocado en dicha población y, a pesar de no haberlo vivido en primera persona, el cuadro la trasladó hasta allí mostrándole el verdadero horror de la guerra.

—Da un poco de miedo —señaló Natalia, sobrecogida por la imagen.

—Yo diría que es estremecedor —contestó Amaia, sin poder apartar sus ojos de él.

17

Aita, pero ¿qué te han hecho?

Beasáin, primavera de 1937

A principios de año, la Legión Cóndor bombardeó Bilbao causando el pánico. El gobierno vasco decidió, junto con la embajada republicana en París, el desalojo de los niños de entre 5 a 12 años. Muchas familias los entregaron para que fueran trasladados en barcos hasta Francia. Los meses de marzo y abril fueron los más duros. Los bombardeos eran constantes y, en concreto, el 26 de abril se produjo el más horrible de todos, el que arrasó la población de Guernica. Tras ese bombardeo, el gobierno de la República contó con la ayuda de Francia y Gran Bretaña, que también ofrecieron barcos de su armada para poder evacuar a los civiles. Siempre en el mismo orden: ancianos, mujeres y niños menores de 15 años. En la radio, uno de los locutores mencionaba los pasos que había que dar para poder abandonar el país en alguno de esos barcos: *«Todo aquel que quiera irse deberá inscribirse en las sedes de los partidos políticos y en las sindicales»*. A la hora de rellenar el formulario, se debía escoger el destino entre Francia, Gran Bretaña o la URSS. Fueron varios los barcos que salieron del puerto de Bilbao y fueron muchos los niños que viajaron en ellos sin sus madres. Por eso el gobierno de la República hizo que un número elevado de profesoras los acompañaran y estuvieran pendientes de ellos en todo momento.

A mediados de mayo, una mañana apareció un coche oficial en el caserío. Mi tío salió del interior y de la parte de atrás dos militares más ayudaban a mi padre.

—*¡Aita! ¡Aita!* —dije mientras corría a su encuentro—. Pero ¿qué te ha pasado?

Mi padre no dijo ni una palabra. Lagun se acercó a él y empezó a lamerle una de las manos. Mi tío me agarró y me detuvo a su altura.

—Ane, tu padre está bien, pero le dispararon en una pierna y no pudimos salvarla. En el frente ya poco puede hacer. He dejado dicho en el pueblo que no os molesten y que, si necesitáis cualquier cosa, puedes acudir al coronel Díaz.

—*¡Aita*, qué te han hecho! —dije abrazándome a él.

—Tendrás que hacerle curas diarias para que no se le infecte la herida. Aquí tienes alcohol y algunas gasas. Si notas algo raro, puedes llamar al médico del pueblo. También él está al corriente y vendrá cuando lo necesites.

—Todo esto es culpa tuya —le grité mientras le pegaba en el pecho. Me sujetó las manos con

fuerza y vi en su mirada el odio.

—Bilbao ya es nuestra. Esos desgraciados tienen poco que hacer. Esto acabará pronto.

—Me importa una mierda esta guerra. Si no la hubierais empezado, nada de esto habría ocurrido —dije mirando a mi padre, que me rehuía la mirada—. Vete, no quiero verte más. Tú ya no eres mi tío.

—Ane, ten mucho cuidado con lo que dices. Si tu padre está vivo, es gracias a mí. Tú también sigues con vida gracias a mí. No lo olvides.

No quise mirarlo, me producía tal asco que empecé a llorar de rabia. Se montó en el coche y se alejó de allí. Habían dejado a mi padre sentado sobre la mecedora y Lagun se había acurrucado junto a él. Desde ese día, nunca más volvieron a separarse. Yo me acerqué y le besé en la mejilla, pero sus ojos seguían sin reaccionar.

—¡Qué te han hecho, *aita*! ¡Qué te han hecho!

Mi padre había vuelto a casa, pero ya no era el mismo. Tenía la mirada perdida y apenas reaccionaba a mis palabras. Recuerdo que aquellos primeros días después de su vuelta fueron bastante duros. Por más que le preguntaba, él no contestaba y, si lo hacía, se limitaba a usar monosílabos. Hasta que un día, así sin más, comenzó a hablar.

—Ane, he estado en el mismísimo infierno —me dijo.

Se mostró preocupado por mí y me preguntó cómo había pasado todo el tiempo que él había estado fuera. Le conté todos los acontecimientos que habían tenido lugar en el pueblo y no mencioné ni a Marisa ni a aquellos dos fascistas que yacían enterrados en nuestra huerta. Hoy pienso que debería habérselo contando, pero en aquel momento me faltó el coraje para hacerlo.

A mi padre le habían amputado la pierna derecha desde la rodilla. Cada mañana le hacía las curas que mi tío me había dicho, pero yo veía que aquello no terminaba de cicatrizar. Él se empeñaba en ayudarme con los animales y en la huerta, pero casi no podía mantenerse en pie. Las muletas que traía consigo le estaban produciendo ampollas en las manos y, aunque él no lo decía, yo sabía que la rodilla le seguía doliendo. Cada vez que le mencionaba al médico, me prohibía ir en su búsqueda. Era muy cabezota, y el no poder trabajar le desesperaba. Empezó a cambiarle el humor. De hablar poco, pasó a estar todo el día enfadado, compadeciéndose de sí mismo.

—Soy un inútil, un tullido que no sirve para nada.

—*Aita*, no digas eso. Tú por lo menos has sobrevivido y estás de vuelta en casa.

—Hubiera preferido estar muerto. ¡Mírame, Ane, no puedo ni ponerme en pie yo solo!

Me abracé a él e intenté consolarlo, pero todo intento fue en vano. Creo que lo que peor llevaba era cuando tenía que ayudarlo a asearse. Yo intentaba quitarle hierro al asunto, aunque para mí tampoco era fácil. Nunca lo había visto así, tan indefenso. Cuando murió la *ama*, él se hizo cargo de todas las cosas y estuvo a mi lado en todo momento. Ahora me tocaba a mí. Tenía que ser fuerte por los dos.

La herida me seguía preocupando. La cicatriz no terminaba de curarse y la piel estaba tomando un color raro. Una mañana, cuando fui a despertarlo, estaba sudando y parecía delirar. Entonces comprendí que algo no iba bien. Bajé al pueblo y fui directa a buscar al médico. Tuve suerte porque en aquel momento la consulta estaba vacía. Cogió su maletín y me acompañó hasta el caserío. Cuando llegamos, mi padre seguía igual. El médico le puso la mano en la frente.

—Está febril. Hay que bajarle la temperatura ya mismo. Prepara un balde lleno de agua fría y empapa unos paños.

Así lo hice y enfrié la frente de mi padre todo lo que pude. Cuando el doctor vio su rodilla, me miró advirtiéndome de que aquello no pintaba nada bien.

—Está infectada. Debiste avisarme antes.

—Mi padre no quería. Lo siento mucho. ¿Se curará?

—Haré todo lo posible. Tendré que sajar la herida y sacar toda la infección. Ayúdame a atarle las manos. Esto le va a doler.

Cogí unas cuerdas y me aseguré de que mi padre no se moviera. La fiebre todavía no había remitido y el médico no podía posponerlo más. Con un bisturí que había sacado de su maletín, hizo una pequeña incisión. Al principio brotó algo de sangre pero, cuando el doctor apretó, el corte no dejó de supurar un líquido viscoso y amarillento, y mi padre empezó a gritar como un loco. Le cogí la mano para intentar calmarlo.

—Todo esto es pus. Hay que vaciarla del todo y limpiar bien la herida con alcohol porque, si no, podría volverse a infectar. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda.

Cuanto más apretaba, más gritaba mi padre, y de repente perdió el conocimiento.

—No te preocupes, solo se ha desmayado por el dolor. Así será más fácil.

El médico realizó su trabajo a conciencia y, después de desinfectar con sumo cuidado la herida, la vendó y la tapó para que se mantuviera limpia.

—Te voy a dejar vendas para que le cambies la atadura dentro de dos días. Cada vez que lo hagas, deberás limpiar la herida con un buen chorro de alcohol. Haciéndolo así, no debería surgir ningún problema. Si por casualidad ves que se inflama, vuelve a avisarme.

—Muchas gracias, doctor —dije acompañándolo hasta la puerta.

Dejé a mi padre durmiendo y entonces pensé en todo lo que se avecinaba. Deseé con todas mis fuerzas que se recuperara lo antes posible y volviera a ser el hombre cariñoso y atento que había sido antes de la guerra, pero eso nunca sucedió.

Por suerte, la herida fue curándose y no volvió a infectarse, pero eso no alegró en absoluto a mi padre, que había decidido pasar la mayor parte de su tiempo bebiendo vino. Supongo que así conseguía olvidar todo lo que había vivido en las trincheras, pero para mí solo había gritos y contestaciones fuera de tono.

Muchas veces le escondía la botella, pero entonces era peor, se volvía violento, y cuando estaba borracho podía manejarlo algo mejor.

Me refugié en los quehaceres diarios y, cuando nos sentábamos a comer, parecíamos dos extraños que no se conocían de nada. Por más que intentaba sacar algún tipo de conversación, él, la mayoría de las veces, ni contestaba. Le animaba a que saliera fuera a respirar aire puro, pero se quedaba sentado en su mecedora junto a la chimenea, bebiendo y fumando.

Tenía que bajar todas las semanas al pueblo para ir en busca de sus vicios. Tuve que hablar con el coronel Díaz en más de una ocasión y muy a mi pesar, porque aquellas cosas escaseaban y encontrarlas no era nada fácil. Me puso en contacto con alguien que a cambio de unos quesos me las proporcionaba.

Como ya vaticinaba desde hacía tiempo, los fascistas estaban ganando la guerra y, mientras tanto, España entera se sumía en la más absoluta miseria. Una vez más, yo era afortunada por vivir en el campo, pero la gente de las ciudades no tenía nada que llevarse a la boca. Los que pudieron, abandonaron el país con lo puesto, y los que no, se quedaron para morir de hambre. Todos los que colaboraban con el bando republicano estaban siendo apresados, y las cárceles empezaron a

abarrotarse. Mi padre y yo pudimos salir adelante gracias al ganado. No nos quedaba mucho porque la gente del pueblo vino en varias ocasiones a llevarse alguna vaca más, pero nos daba lo suficiente para elaborar nuestros quesos y hacer trueques con ellos. Por lo demás, la huerta era nuestro principal alimento.

Yo cada día terminaba exhausta. No daba abasto con todo el trabajo. Mi padre me ayudaba en lo que podía, pero era más bien poco. Se encargaba de meterse en la chabola y, allí sentado, preparaba los quesos para ahumarlos.

Un mañana apareció por allí el coronel Díaz. Solía visitarnos con frecuencia y siempre traía algún presente para mi padre.

—Buenos días, señorita.

Yo parecía cualquier cosa menos una señorita. Tenía la ropa manchada de haber estado ordeñando a las cabras, pero no me disculpé por ello. Aquel hombre no me caía nada bien.

—Buenos días —acerté a decir.

—Venía a ver cómo se encuentra su padre.

—Pase, por favor —dije, invitándole a entrar.

Mi padre, como siempre, estaba sentado en su mecedora, contemplando el fuego.

—Buenos días, Martín. ¿Qué tal se encuentra hoy? —dijo ofreciéndole una botella de *whisky*—. Me lo han traído expresamente de Escocia. Dicen que es el mejor.

—Muchas gracias, coronel. ¡Ane, trae dos vasos!

—*Aita*, ¿no crees que es temprano para eso?

—¡Tú qué sabrás!

Les acerqué los vasos y me fui al huerto. No sé con exactitud de qué hablaban, pero me temía lo peor. Mi padre llevaba tiempo insistiéndome en que no podía llevar yo sola el caserío y que debía buscarme un mozo para que me ayudara. Buscarme un mozo significaba casarme y formar una familia, pero yo no podía dejar de pensar en Marisa. No había tenido noticias de ella, pero algo me decía que seguía con vida. No sé cómo explicarlo pero, cuando amas a alguien, de alguna forma tienes una conexión especial y sientes cuando esa persona ya no está, y yo sentía todo lo contrario. Tal vez es que lo deseaba tanto que llegué a creérmelo. El caso es que yo no quería casarme con nadie, y mucho menos con el coronel Díaz.

Para no pensar en ello, me puse a trabajar la tierra. Habían crecido muchas hierbas malas y tenía que arrancarlas antes de que echaran a perder las verduras y el resto de las hortalizas. Al cabo de un rato, el coronel salió y se despidió. Lo saludé con la mano desde lejos y evité acercarme a él.

Después, mientras preparaba algo para cenar, mi padre volvió a abordar el tema.

—Ane, no podemos seguir así. Aquí hay mucha faena para ti. Ya tienes 21 años y va siendo hora de que busques un marido.

—Pero *aita*, yo estoy bien así. No quiero casarme.

—No se trata de lo que quieras, sino de lo que debes hacer. Yo quiero unos herederos para el caserío.

—Hago todo lo que puedo.

—Necesitamos ayuda y lo sabes. El coronel Díaz se ha ofrecido a ayudarnos.

—¿Qué? Ni hablar. ¿No se te ha ocurrido nada mejor? ¿Te estás oyendo, *aita*? ¡Quieres que me case con un fascista! Has perdido la cabeza por completo.

—Ane, yo solo quiero lo mejor para ti. Ese hombre está bien posicionado y además le gusta el campo.

—Olvídate de él. No quiero tener nada que ver con esa gente. Los fascistas y los carlistas como el tío empezaron esta guerra y han matado a muchos de nuestros amigos. ¡Mírate! Perdiste la pierna por ir a luchar con él y accediste a matar a los nuestros.

—¡Ane! No te consiento...

—¿Qué no me consientes? Sabes que es verdad. No tuviste agallas para decirle que no a tu hermano. Te equivocaste de bando, *aita* —dije sin pensar.

—Lo hice por ti. Tu tío me amenazó con hacerte daño. ¡Qué podía hacer! —dijo sin poder contener las lágrimas. Entonces recordé y comprendí que era eso lo que mi tío le había susurrado aquel día. Me arrepentí al instante de las palabras que acababa de pronunciar.

—*Aita*, lo siento mucho. No lo sabía.

—Jamás habría formado parte de aquello y, si te sirve de consuelo, no maté a nadie. Cada vez que disparaba apuntaba al cielo. Sabes que no podría matar ni a una mosca —dijo sin parar de llorar.

Me acerqué a él y lo abracé en silencio. No había sido consciente de todo lo que había tenido que pasar. Una vez más, solo había pensado en mí. Había sido injusta con él. Volví a pedirle perdón y le rogué que se olvidara del coronel Díaz.

No volvimos a mencionar el tema hasta que, unos meses después, un amigo de mi padre se pasó por nuestro caserío. También vivía en un caserío y mi padre llevaba toda la vida haciendo tratos con él. Le vendía nuestros quesos y él los vendía a su vez a una buena cartera de clientes que tenía desde hacía algunos años. Se relacionaba con gente pudiente, y ellos no estaban pasando las mismas penurias que el resto, por eso venía de vez en cuando y nos hacía bastantes encargos. En aquel tiempo, mi padre parecía estar más animado. Bebía mucho menos y el mal humor se fue disipando.

En el pueblo las cosas también habían cambiado. Las condiciones de los trabajadores en las fábricas se volvieron todavía más indignas, pero nadie se atrevía a protestar. La gente tenía que conformarse y aceptar las injusticias con resignación, porque los que mandaban se habían preocupado de instaurar el miedo a la perfección. Y, por otro lado, yo soñaba cada noche con recibir alguna noticia de Marisa.

18

¡Largaos de aquí, maricones de mierda!

El fin de semana en Madrid les había servido de descanso, pero los exámenes llegarían pronto y las dos tenían que ponerse al día con sus asignaturas. Natalia se pasaba las horas memorizando los artículos y las leyes de la Constitución, mientras que Amaia seguía inmersa en sus labores periodísticas.

—Por cierto, unos compañeros de la facultad me han invitado a una fiesta este jueves —dijo Natalia alzando la cabeza de sus apuntes.

—Tenemos mucho que estudiar, y el viernes hay clase.

—Venga, será divertido. Al parecer han preparado una fiesta *hippie* y han alquilado un bar —dijo Natalia mientras se acercaba a ella.

—Si digo que sí, ¿me dejarás seguir estudiando?

—Lo prometo —dijo llevándose la mano al corazón.

—Está bien, pero no sé dónde vamos a encontrar ropa de los sesenta con tan poco tiempo.

—Tú déjame a mí.

* * *

Además de las clases, Amaia seguía intentando dar forma a su libro. Clara se había ofrecido a ayudarla, y esa tarde habían quedado en el local de la revista. Cuando llegó, ella ya estaba allí. Se sentaron en una de las mesas y Amaia le fue enseñando todo el material que había recopilado hasta el momento.

—Todo esto es muy bueno. Ahora solo tienes que ordenarlo de forma que cobre un sentido y atraiga al lector.

—Eso es fácil decirlo —se quejó Amaia.

—Veamos, primero estaría bien escribir una pequeña introducción. Todo el mundo conoce la Guerra Civil, pero no está de más que nos pongamos en situación. No hace falta que te extiendas demasiado, solo ubica las historias que vas a contar después.

—De acuerdo, breve introducción —dijo mientras lo anotaba en su cuaderno.

—Después irían las entrevistas, pero también es importante que hables un poco de las protagonistas —apuntó Clara mientras Amaia asentía.

—He pensado incluir en el libro un capítulo sobre el tema legal, mencionar todas las leyes que se incumplieron y aquellas que se impusieron. Natalia me echará una mano.

—Me parece una buena idea —dijo, haciendo una pausa—. ¿Qué tal lo lleváis?

—¿Cómo? —dijo Amaia, sin entender la pregunta.

—Sois pareja, ¿no? Bueno, en Madrid tuve esa impresión.

—Sí, llevamos un año y pico.

—Imagino que no es fácil.

—No, no lo es. No todo el mundo lo entiende.

—Te comprendo. Si escucharas lo que dicen algunos profesores... En más de una ocasión me he tenido que morder la lengua.

—¿Tú también eres...? —Intentó preguntar, sin conseguir terminar la oración.

—¿Lesbiana? Me temo que sí —dijo sonriendo—, pero te pido discreción. Si en la universidad se enteraran, me expulsarían de inmediato. Ya conoces al rector y su retrógrada mentalidad.

—¿Por qué es tan difícil de entender? Solo se trata de amor, ¿qué tiene eso de malo?

—A mí no tienes que convencerme, querida. Este país tiene una historia donde la religión ha marcado las pautas a seguir durante siglos y, aunque ya no estemos en una dictadura, todavía queda un largo camino por recorrer. Por desgracia, siempre va a haber gente que se muestre en contra de lo que para ellos es diferente. La gente teme a lo desconocido y por eso se empeña en lapidarlo.

—Pero cada persona debería ser libre para poder escoger a quién amar.

—Así debería ser, pero solo unos pocos nos atrevemos a hacerlo. Piensa que estamos marcando ese camino que, algún día, para otros, será mucho más fácil de recorrer.

—Espero que así sea —dijo Amaia poco convencida. No pudo evitar pensar en su padre y se preguntó si llegaría algún día a entenderla. Deseó que así fuera.

Agradeció a Clara toda la ayuda que le había prestado y se despidió. Natalia la estaba esperando para ir a la fiesta. Cuando llegó a casa, esta salió a recibirla ya vestida como una auténtica *hippie*.

—Estás muy guapa. Espero que lo que tengas para mí sea igual de favorecedor.

—Creo que el vestido te quedará genial —dijo acompañándola hasta el dormitorio.

—Por lo menos parece cómodo —dijo mientras se lo ponía.

—Te queda perfecto. Y ahora el último toque —dijo Natalia mientras adornaba el pelo con una flor.

Amaia se miró en el espejo y no pudo evitar sonreír. Las dos parecían un par de *hippies* que habían viajado en el tiempo.

Fueron caminando hasta el centro y cuando llegaron al bar donde se celebraba la fiesta, en la puerta había un chico vestido de tal manera, que todo hacía presagiar que dentro del local, se trasladarían a los mismísimos años sesenta. El bar estaba lleno de gente y la música sonaba muy alta. Todo el mundo se había tomado en serio lo de ir vestido para la ocasión. El sitio estaba decorado con muchas flores y símbolos de la paz y la gente bailaba animada. Se acercaron a la barra y pidieron algo para beber. Natalia vio al compañero que la había invitado y se acercó a él

para presentarle a Amaia. Se sumaron a su grupo y se sentaron con ellos. Eran chicas y chicos, y Amaia se sintió muy a gusto desde el primer momento. A ratos se acercaban a la pista y bailaban alguna canción que les gustaba, pero se iban turnando porque no quedaba ni una sola mesa libre y no querían perder la que habían ocupado. El bar estaba al completo y, después de unas horas, Amaia le pidió a Natalia que la acompañara hasta la puerta. Entre el humo del tabaco y el calor, necesitaba tomar el aire. Las dos salieron al exterior y se quedaron apoyadas en la pared. Dos chicos caminaban de la mano por la acera y, cuando se encontraban a la altura de la puerta para entrar en el bar, apareció un grupo de cinco chavales que comenzó a insultarlos.

—¡Largaos de aquí, maricones de mierda! —gritó uno de ellos a la vez que les lanzaba un botellín de cerveza que, desafortunadamente, fue a parar a la cabeza de uno de ellos, provocándole una brecha considerable.

—Pero ¿vosotros de qué vais? —Se encaró el otro.

Todo fue muy rápido. Los otros cuatro se acercaron a los dos chicos y empezaron a propinarles una paliza. El portero se metió en medio para intentar separarlos, pero a cambio se llevó un buen puñetazo en la cara. Natalia envistió contra uno de ellos también sin éxito, acabando en el suelo y con una patada en las costillas. Amaia intentó socorrer a su chica y al hacerlo también se llevó algún que otro golpe. Gritaron y, al cabo de un rato, salieron del bar unas cuantas personas que consiguieron alejar a aquellos niñatos, que salieron huyendo a toda prisa. Alguien llamó a la policía y en unos minutos se presentaron allí, además de una ambulancia. Los médicos atendieron a los chicos primero, ya que presentaban las lesiones más graves, en concreto a uno de ellos, con el que se habían ensañado de lo lindo. Natalia se quejaba del dolor en las costillas, y Amaia tenía un pequeño corte en la mejilla que le curaron cosiéndole unos puntos dentro de la misma ambulancia.

La policía no les animó demasiado a que pusieran una denuncia, pero Natalia no se achantó.

—Presentaremos la denuncia los cuatro.

Uno de los médicos les aconsejó que fueran todos al hospital, ya que allí recibirían un parte de lesiones que después podrían presentar junto a la denuncia.

Estuvieron un par de horas en el hospital. Ellas solo presentaban heridas superficiales, pero los chicos no habían tenido tanta suerte. A uno le habían roto varias costillas y tenía la cara desfigurada por los golpes, y el otro también estaba bastante magullado.

—Esta noche nos van a dejar a los dos en observación.

—Nosotras vamos a ir ahora mismo a la comisaría. En cuanto os den el alta, tendréis que ir a contar lo sucedido.

El médico que les había atendido en la ambulancia se acercó a ellos.

—Aquí tenéis los partes de lesiones.

—Si quieres, podemos llevar los vuestros también —se ofreció Natalia.

—Muchas gracias, chicas. Si no hubiera sido por vosotras, nos habrían matado.

—¿Recuerdas sus caras?

—Sí, y no creo que pueda olvidarlas.

—Esperemos que la poli los tenga fichados —dijo Amaia con rabia.

—Esta es nuestra dirección, por si necesitáis cualquier cosa —comentó, dándole un papel donde la acababa de anotar—. Espero que tu chico se recupere lo antes posible.

Abandonaron el hospital y dirigieron sus pasos hasta la comisaría más cercana. Allí tuvieron

que esperar un buen rato para que las atendieran. Al final, un policía joven se acercó a ellas.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarlos?

Natalia empezó a contar de carrerilla todo lo sucedido y, cuando terminó, el policía les dijo que lo acompañaran a una sala, que allí otro compañero les tomaría declaración. Tuvieron que repetir palabra por palabra todo lo que habían relatado anteriormente para que el otro policía lo recogiera en un informe. Amaia le mostró los partes del hospital y le comentó que los chicos agredidos se pasarían por allí en cuanto les dieran el alta, para prestar declaración también como ellas.

—Con los datos que me habéis proporcionado, podría ser cualquiera. Va a ser difícil pillarlos.

—Si nos enseña fotografías, podemos reconocerlos.

—Señorita, ese no es el procedimiento. Podrían acusar a cualquiera. Primero debemos buscar a los sospechosos y, de encontrarlos, entonces procederíamos a una rueda de conocimiento.

—Vamos, que no van a hacer nada. Le recuerdo que hay dos chicos que están graves en el hospital —dijo Natalia, visiblemente ofendida.

—Yo no hago las leyes, me limito a seguirlas.

—Eso ya lo veo. Anda, vámonos porque esta gente no va a mover ni un solo dedo. Si hubiera sido unos de los suyos, ya habrían detenido a alguien.

—Tal vez deberían tener más cuidado a la hora de elegir a sus amigos.

Natalia iba a responder, pero Amaia la agarró por el brazo y tiró de ella para abandonar la comisaría. Aquel policía no estaba por la labor, y a Amaia le pareció una pérdida de tiempo encararse con él.

Buscaron un taxi porque Natalia seguía dolorida. Se pasó todo el camino quejándose del trato que habían recibido y prometió que también los denunciaría a ellos. Amaia la escuchaba en silencio, resignada y también cabreada. Cuando llegaron a casa, Natalia se derrumbó y no pudo contener las lágrimas. Se acostaron y Amaia la abrazó intentando borrar el recuerdo de aquella noche.

* * *

Después de las clases decidieron volver al hospital. El chico que había salido peor parado ya se encontraba en planta y tenía mejor aspecto. Amaia y Natalia les pusieron al día de lo acontecido en la comisaría.

—Sí, yo he estado esta mañana declarando y he tenido la sensación de que no me tomaban muy en serio. Se han limitado a decirme que en cuanto sepan algo nos lo comunicarán. Supongo que una paliza a un par de maricas no les preocupa demasiado.

—Nosotros pagamos nuestros impuestos como los demás. Es injusto e ilegal que nos traten de esa manera —dijo Natalia con rabia.

—Recuerda que ellos son la ley —añadió Amaia.

—Y ellos deben velar y hacer que se cumpla, no manejarla a su antojo. Voy a comentárselo a uno de mis profesores, a ver qué podemos hacer.

—Os agradezco mucho todo lo que estáis haciendo, pero creo que es mejor dejar las cosas como están.

—Pero la denuncia caerá en saco roto —dijo Natalia, sorprendida ante la actitud del chico.

—Lo sé, pero si removemos mucho el tema será peor. Os pido, por favor, que no sigáis. Íñigo ya se está recuperando. Lo que queremos es que le den el alta lo antes posible y olvidarnos de todo esto.

Natalia iba a añadir algo, pero Amaia se adelantó silenciando sus palabras.

—De acuerdo. Si eso es lo que queréis, así lo haremos.

Natalia se mordió la lengua y asintió con la cabeza pese a estar en contra de aquella decisión, que para ella era desacertada. Se despidieron y abandonaron el hospital para volver a casa.

—Si no luchamos, seguirán tratándonos de esa manera.

—Tienen miedo y están en todo su derecho.

—Lo sé, pero es como si no les importara.

—Yo creo que sí, pero saben que, hagan lo que hagan, no va a cambiar nada.

—El sistema debe cambiar. La Constitución debe ampararnos a todos los ciudadanos sin distinción alguna.

—Ahora solo queda que los que dirigen este país dejen de manipular dicha Constitución a su antojo.

—Deberías publicar lo ocurrido en el periódico. La gente debe enterarse de que este tipo de agresiones continúan dándose, como si siguiéramos viviendo bajo la dictadura de Franco.

—Lo haré, puedes estar segura de ello.

19

Gaizka

Beasáin, verano de 1938

Como era de esperar, con la escasez aumentaron los robos, y toda precaución que tomábamos era insuficiente. La gente sabía que en los campos se seguía cultivando y por las noches se echaba a ellos en busca de algo que llevarse a la boca. Nosotros sufrimos varios asaltos. Perdimos varias ovejas, y la huerta la dejaron arrasada en más de una ocasión. Gracias a Lagun, que nos avisaba con sus ladridos, la cosa no llegó a mayores. Era tal la desesperación de la gente que no llegamos a denunciar ninguno de los robos. Bastantes problemas tenían ya aquellas familias para poder alimentar a sus hijos y no queríamos causarles más. La policía no se andaba con tonterías. A todos los que pillaban robando o participando en el estraperlo, los arrestaban, y ya se sabe cómo se las gastaban en los calabozos. Había que andarse con mucho ojo porque acabar con un pie en la cárcel era lo más normal y también lo más peligroso.

Yo seguía ayudando todo lo que podía a escondidas de mi padre. Seguía visitando la cárcel y llevaba algo de comida a mis vecinos. Puede ser que me sintiera culpable, pero no podía quedarme de brazos cruzados, estaba en juego la vida de muchas personas. Y entre todo aquel horror, no dejaba de pensar en Marisa. Cada noche me acostaba recordando sus caricias, y cada uno de sus besos, y por las mañanas, corría hasta el buzón en busca de esa carta que nunca llegaba. La echaba mucho de menos y deseaba con todas mis fuerzas que estuviera sana y salva.

Mi padre, tras una de las visitas de su amigo, volvió a retomar el tema que yo creía haber zanjado.

—He estado hablando con Jokin y él también está de acuerdo. Su hijo Gaizka puede ser un buen partido para ti.

—*Aita*, pensaba que ya había dejado clara mi opinión al respecto. No pienso casarme, ni con Gaizka ni con nadie.

—Tiene 35 años y está acostumbrado a las tareas del caserío. Le enseñaré el oficio de los quesos, y con la ayuda de su padre podremos vender muchos más. Te ayudará a sacar adelante el caserío, y seguro que podréis darme algún nieto.

Oía las palabras que estaba pronunciando y no daba crédito. Mi padre estaba organizando mi vida sin tan siquiera preguntarme qué era lo que yo deseaba en realidad.

—¿Te has preguntado qué es lo que yo quiero?

—No hace falta. Es lo que hay que hacer, a no ser que quieras meterte a monja.

—Tal vez no me haya planteado casarme ni tener hijos. Tal vez quiera quedarme soltera.

—Venga, Ane, no digas tonterías. Y cuando falte yo, ¿cómo vas a vivir tú sola?

—Cuando estuviste en el frente, me las apañé —dije, intentando no mencionar a Marisa.

—Pero eso solo fueron unos meses. Hablamos del resto de tu vida. Además, no conozco a ninguna mujer que no quiera casarse y ser madre.

Mi padre desconocía mi historia con Marisa y jamás habría entendido que a quien yo realmente amaba era a una mujer. Pero, por otro lado, ya no me quedaban más argumentos en contra que poder ofrecer. No sé por qué lo hice, pero me quedé callada.

—Entonces, no se hable más. La semana que viene vendrá la familia de Jokin para ultimar los detalles. Será algo sencillo y rápido, que tal y como están las cosas no podemos malgastar el dinero. En cuanto os caséis, Gaizka vendrá a vivir aquí y formaréis una familia.

Dejé de escuchar a mi padre. En mi cabeza solo había sitio para Marisa pero, con mi silencio, lo único que conseguí fue aceptar aquella locura perdiendo así las riendas de mi vida para siempre.

Lo había organizado todo de tal manera que al cabo de un mes contraí matrimonio con un desconocido. Solo había visto a Gaizka en dos ocasiones. Las dos veces que había venido acompañado de su familia al caserío para conocernos mejor, pero estaba claro que harían falta muchos años para llegar a hacerlo del todo. En aquella época, no paraba de llorar. Lo hacía a escondidas de mi padre, todas las noches, en mi habitación. Seguía pensando en ella y por nada del mundo quería casarme con Gaizka.

Para la boda, mi padre no había organizado nada del otro mundo, una ceremonia sobria en la ermita del pueblo. Conseguí arreglar el vestido que mi madre había llevado puesto en la suya. Teníamos poco dinero y no podíamos malgastarlo en lujos. Invitados tampoco hubo, a excepción de los padres de Gaizka y el mío. Me alegré de que así fuera, no quería que nadie más participara en aquella farsa. En aquel momento estaba segura de que jamás podría amar a Gaizka como amaba a Marisa. Y no me equivocaba. Con el tiempo quise mucho a tu abuelo, pero nunca de la misma forma en que la quise a ella.

Después de la ceremonia, la madre de Gaizka preparó una comida en su caserío y todos fuimos a comer allí. Mi padre parecía otro. No dejaba de sonreír y brindar por los recién casados. Gaizka también estaba contento y yo intentaba ocultar el dolor que tanto me afligía.

Aquella noche, mi padre decidió quedarse a dormir en el caserío de mis suegros.

—Así tendréis más intimidad —me soltó.

Después de cenar, Gaizka y yo volvimos solos al caserío. Recuerdo esa noche como si fuera ayer. Cuando llegamos él me cogió de la mano y me llevó hasta mi habitación. Al parecer, su madre había estado en casa y se había ocupado de preparar la cama para la ocasión. Había puesto unas sábanas con nuestras iniciales bordadas y en el armario había dejado unas cuantas toallas, completando el ajuar. Me temblaba todo el cuerpo. Mi marido empezó a desnudarse y esperó paciente a que yo también lo hiciera. Lo intenté, pero no pude. Me tapé la cara con las manos y me eché a llorar. Al verme así él se asustó y se acercó a mí.

—Ane, ¿qué te pasa?

—Gaizka, lo siento pero no puedo —le dije entre sollozos.

—Tranquila. Tenemos todo el tiempo del mundo. No voy a obligarte a hacer nada que tú no quieras —me tranquilizó, con toda la paciencia del mundo—. Hoy ha sido un día largo, vamos a dormir.

Dándole la espalda y con mucho pudor, me puse el camisón que mi suegra había también dispuesto para aquella noche. Me acosté a su lado y él, dándome un beso en la mejilla, me deseó buenas noches. Agradecí su comportamiento y pude alargar la situación durante un tiempo, pero sabía que, tarde o temprano, me exigiría una explicación.

Al día siguiente, Gaizka fue en busca de mi padre y de todas sus cosas. Se instaló y empezó a adaptarse sin problema a los quehaceres diarios de nuestro caserío. Por las mañanas me ayudaba con los animales y en la huerta, y las tardes las pasaba con mi padre perfeccionando el oficio de los quesos. Aprendió rápido y, gracias a los contactos de su padre, las ventas de nuestros quesos aumentaron. Tal fue el éxito que tuvo que construir una caseta más grande para poder guardar y ahumar allí los quesos, porque la que había construido mi padre años atrás se nos había quedado pequeña. Todo marchaba bien. Por las noches, Gaizka se limitaba a darme las buenas noches y yo rompía a llorar desconsolada pensando en Marisa. Había perdido la ilusión por vivir y Gaizka se dio cuenta de que algo no iba bien. Una noche, mientras dormía, o eso creía yo, me habló.

—Ane, sé que no eres feliz. ¿Quieres contarme qué es lo que te pasa?

—No me pasa nada —mentí.

—No es verdad. Aunque no lo creas, me preocupa. Te quiero y te tengo mucho cariño, pero si no me cuentas qué es lo que te ocurre, no podré ayudarte.

—Gaizka, eres un buen hombre, pero amo a otra persona —me atreví a decir. Todavía hoy no sé de donde saqué la valentía para hacerlo.

—Entonces ¿por qué accediste a casarte conmigo?

—Ya viste a mi padre. Él lo organizó todo. De todas formas, se trata de un amor imposible —dije, sin dar más explicaciones.

—Ane, dame una oportunidad. No me importa esperar. Sé que, con el tiempo, podrías llegar a quererme —me rogó.

Continuaba sin tener noticias de Marisa y empezaba a dudar de si seguiría con vida. No quería causar más dolor, así que sacrifiqué mi propia felicidad para no hacer daño a aquel hombre bueno que solo deseaba mi cariño y mi afecto.

Por otro lado, mi padre se había volcado en mi marido. Desde el primer día, congeniaron de maravilla y trabajaban codo con codo. El *aita* le daba instrucciones y Gaizka las cumplía al pie de la letra. Yo me entretenía en la huerta y los observaba desde lejos. Los dos parecían felices. La pena que arrastraba mi padre por la guerra iba desapareciendo. Poco a poco fue recuperando la alegría y volvió a ser el que era antes de la contienda. Todos los días, cuando nos sentábamos a la mesa para comer, recurría al mismo tema.

—A ver cuándo me dais un nieto, que como esperéis mucho no me va a dar tiempo a disfrutarlo.

—No se preocupe, Martín. Además, todavía le quedan muchos años —decía Gaizka mientras yo enmudecía.

Habían pasado varios meses desde la boda y no habíamos mantenido relaciones. Desde aquella primera noche en que le pedí tiempo, él me lo había concedido y había sido respetuoso, pero la insistencia de mi padre consiguió que una noche abordara el tema. Entré en la habitación y

él ya estaba metido en la cama.

—Tal vez tu padre tenga razón. Sería bonito darle un nieto.

—Gaizka, ya te...

—Lo sé —me interrumpió—. Sé que me pediste tiempo y creo que he sido muy comprensivo, pero me gustaría que formáramos una familia.

No supe qué decir. Tenía razón, no podía seguir posponiéndolo más.

—Ane, yo te quiero. Déjame demostrártelo.

No opuse resistencia. Cerré los ojos y por un momento creí abandonar mi cuerpo. Gaizka fue todo lo cariñoso que pudo, pero yo solo podía pensar en Marisa. No sé cuánto tiempo duró, pero me pareció toda una eternidad. Cuando terminó, me dio un beso de buenas noches, apagó la luz y se dio la media vuelta. Me pasé toda la noche llorando, sintiendo que había traicionado a quien más quería.

Mi marido tomó como costumbre yacer un día a la semana hasta que me quedé en estado. Se puso como loco de contento y yo, a pesar de mi tristeza, el sentir crecer una vida dentro de mí, me devolvió la alegría. Aunque, sin lugar a dudas, el que más lo celebró fue mi padre.

Entonces llegó aquella carta, su carta. La leí y releí cientos de veces. No lo podía creer. Me alegré muchísimo de que se encontrara bien. Deseaba contestar, pero yo me había convertido en una mujer casada. ¿Qué sentido tenía seguir con todo aquello? No quise provocar más sufrimiento, con el que yo cargaba ya era suficiente. Decidí no responder a la carta, cerrando así la única puerta que me habría permitido amar a quien en realidad amaba. Marisa se encontraba en otro país y estaba segura de que, antes o después, conseguiría rehacer su vida.

Por las noches, cuando Gaizka dormía, me quedaba mirando su fotografía y, por más que lo intenté, no pude dejar de pensar en ella ni un solo día.

20

Anglet

Amaia se había reunido con Clara para mostrarle el artículo que ya tenía terminado. Esta leía en silencio y Amaia se retorció en la silla ansiosa por escuchar su opinión.

—No me equivoqué al proponerte que colaboraras con nosotras. Este artículo es impresionante.

—¿De verdad lo crees? —preguntó sorprendida.

—¿Acaso lo dudas? Las entrevistas no podían ser mejores, y has sabido hilarlas de una forma muy coherente. Es un gran artículo. ¡Enhorabuena!

—Muchas gracias. Quería pedirte un favor. Ya sabes que mi idea era recoger más testimonios y escribir un libro con todos ellos, pero necesito más mujeres a las que poder entrevistar.

—No te preocupes. Tengo el contacto de una asociación republicana. Allí seguro que estarán encantadas de compartir sus historias contigo. Luego te lo paso. Ahora voy a darle tu artículo a Carmen para que lo vaya maquetando. Este viernes como muy tarde tiene que estar en la imprenta y el lunes en los quioscos.

Amaia volvió a casa caminando y no podía estar más feliz. Se sentía muy satisfecha con el artículo y estaba deseando seguir escuchando más historias para darles forma en su libro. Entre las clases y todas aquellas entrevistas, apenas tenía tiempo para nada, pero por primera vez estaba disfrutando de la que sería su profesión en cuanto terminase el curso.

Natalia había llegado antes que ella y se encontraba en la cocina preparando algo para cenar. Se acercó y la besó a modo de saludo.

—Cuéntame, ¿cómo ha ido?

—A Clara le ha gustado.

—¡Lo ves! Te lo dije. No tenías de qué preocuparte. ¿Y las demás?

—No estaban. Mañana lo leerán.

—Estoy segura de que les va a encantar. Vas a ser una gran periodista.

—Y tú la mejor abogada de este país.

—Aduladora —dijo mientras la abrazaba por la cintura—. Eres lo mejor que me ha pasado. Te quiero.

Natalia la besó y apagó el fuego de la cocina porque sabía que, cuando se enredaban entre

aquellos besos, terminaban siempre en la cama. Se fueron desnudando mientras llegaban a la habitación. Amaia se empeñaba en acariciar cada rincón del cuerpo de Natalia y esta, a su vez, se retorció de placer. Ya tumbadas en la cama, sus cuerpos encajaron como si de un puzle se tratara y compartieron la excitación del momento. Natalia tenía predilección por los pechos de su chica y se apoderaba de ellos consiguiendo que Amaia cruzara las puertas del orgasmo. El sexo para ellas era otra forma de comunicación, otra manera de decirse cuánto se amaban.

* * *

Amaia contaba con algo más de tiempo después de haber entregado su primer artículo para la revista, aunque seguía trabajando en el periódico de la universidad y participando en actos con el grupo feminista. El viernes a primera hora, tal y como habían acordado, cogieron el tren con destino a Bayona. Allí, la tía de Natalia las estaría esperando.

—Va a ser difícil que demos con ella.

—Sí, pero no imposible. Quién sabe, en el colegio tal vez puedan darnos alguna pista.

—¿Y si no saben nada?

—Miraremos los listines de teléfono y también podemos acudir al ayuntamiento. Puede que aparezca algo en el censo.

—Si la encontramos lo más seguro es que no quiera saber nada de mi abuela.

—Eso no lo sabemos. Las circunstancias las separaron, pero sería bonito que volvieran a verse.

—Prométeme que, si damos con ella y no está por la labor, no te pondrás pesada ni te volverás insistente.

—Lo prometo —dijo llevándose la mano al pecho—, pero estoy segura de que no tendré que usar mi poder de persuasión.

El trayecto duró una hora y cuando llegaron a la estación, la tía de Natalia las saludó desde el andén. Hacía tiempo que sus tíos estaban al corriente de que Natalia y Amaia eran pareja y lo habían aceptado de la misma manera que los padres de Natalia, sin ningún problema. Bajaron con sus mochilas y se reunieron con ella.

—¡Natalia! ¡Cuánto tiempo! —dijo abrazándola—. Y tú debes de ser Amaia. Es un placer —la saludó, plantándole dos besos en la mejilla.

—Igualmente. Natalia me ha hablado mucho de usted.

—Por favor, trátame de tú —dijo sonriendo—. Vamos, tengo el coche aparcado ahí fuera.

—¿Y el tío?

—Trabajando, como siempre, pero ha prometido escaparse un rato y venir a casa a comer.

Amaia miraba distraída por la ventana mientras Natalia y su tía se ponían al día. Nunca había estado en Bayona y lo que veía le estaba encantando.

—Parece un pueblo muy bonito —interrumpió.

—Sí, sí que lo es. Después de tantos años, ya lo sentimos como nuestro.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Veintitrés años. A mí marido le ofrecieron un buen puesto en su empresa, así que nos

vinimos. Al principio no fue nada fácil. Yo echaba muchísimo de menos a la familia y, como aquí no conocíamos a nadie, me pasaba el día sola en casa, mientras que mi marido no paraba de trabajar.

—Tuvo que ser duro.

—Sí, pero poco a poco fui saliendo. Me apunté a unos cursos que organizaba el ayuntamiento y empecé a conocer gente. Conseguí hacer un grupo de amigas y ahora no podría volver a Bilbao. Solemos ir a menudo a visitar a mi hermana, pero no cambiaría Bayona por nada del mundo.

—La vida aquí debe de ser muy distinta.

—No te creas, al final no deja de ser como en cualquier otro pueblo.

La tía aparcó el coche frente a una casa que a Amaia le pareció preciosa.

—Bienvenidas a nuestro humilde hogar —dijo mientras abría la puerta.

—Bonita casa.

—Sabía que te gustaría. Cuando era pequeña muchos veranos los pasaba aquí.

—Natalia, ya sabes cuál es tu cuarto. Acompaña a Amaia para que podáis dejar vuestras cosas. En un rato vendrá tu tío y comeremos.

—Gracias, tía Bego.

Se instalaron en el dormitorio donde tantas veces Natalia había dormido con sus primos en los calurosos meses de agosto. Eran mayores que ella y ya se habían independizado. Amaia estaba seria y Natalia se dio cuenta de ello.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Nada. No sé. Tal vez todo esto no haya sido una buena idea.

—¿No crees que a tu abuela le haría ilusión volver a verla?

—Supongo, pero no tenemos ningún derecho a irrumpir así en su vida, sobre todo después de tantos años. ¿Y si Marisa no la recuerda? ¿Y si ha decidido olvidarla?

—No lo creo y, por lo que me has contado, su historia no fue un simple amor de verano. He visto cómo tu *amona* habla de ella y juraría que todavía la quiere.

—Ojalá tengas razón porque, si no, vamos a hacer un ridículo espantoso.

Se reunieron en la cocina con su tía y al rato llegó el tío. Natalia lo saludó con un gran abrazo y luego le presentó a Amaia. Todos se sentaron a la mesa y se dispusieron a comer.

—¿Qué tal te van las clases de Derecho?

—Muy bien. Este año es el último.

—Serás la primera abogada de la familia. ¿Ya tienes pensado qué vas a hacer?

—Les he echado el ojo a algunos bufetes en los que me encantaría hacer las prácticas. Espero tener suerte y que alguno me escoja.

—Seguro que sí —dijo su tía sonriendo—. Y tú, Amaia, ¿también estudias?

—Sí, Periodismo.

—Colabora en el periódico de la universidad y en una revista feminista —presumió su chica.

Estuvieron charlando durante toda la comida y, cuando terminaron, su tío se despidió de ellas porque tenía que volver al trabajo. Tía Bego se ofreció a llevarlas hasta Anglet, acompañándolas hasta la misma escuela donde ella había estado preguntando días antes y le habían dado largas.

—Es mejor que yo no entre, podrían reconocerme de la otra vez. Espero que vosotras tengáis más suerte.

Ambas salieron del coche y se dirigieron hasta la entrada. Estaba cerrada, así que tocaron el

timbre. Una mujer abrió la puerta y les preguntó qué deseaban. Amaia y Natalia sacaron sus carnets de la biblioteca de la universidad y en un francés más bien regular intentaron explicarle que estaban preparando un trabajo sobre la Guerra Civil. La mujer accedió a dejarlas pasar. Las acompañó hasta un pequeño despacho y esperaron hasta que apareció otra mujer.

—Buenas tardes, soy la directora del centro —dijo la mujer en un perfecto castellano—. Mi nombre es Marie.

—Encantada. Yo soy Amaia y ella es Natalia. Estudiamos en la Universidad del País Vasco y estamos trabajando en un ensayo sobre la Guerra Civil.

—¿Y en qué puede ayudarlas nuestro centro?

—Verá, estamos recogiendo testimonios de mujeres que pertenecieron al bando republicano y que padecieron las consecuencias de la guerra. En concreto, buscamos a una mujer que tuvo que huir de España —explicó Natalia mientras Amaia sacaba la foto que le había prestado su abuela.

—Se llama Marisa y era maestra. Nos consta que se trasladó hasta aquí y que estuvo trabajando en este mismo colegio como limpiadora —dijo mientras le mostraba la fotografía.

—¿Me pueden decir de qué fecha en concreto estamos hablando?

—Agosto del año 38.

—Lo siento mucho, no conservamos archivos de esa época. Hubo un pequeño incendio hace unos años y todo lo que se salvó corresponde al año 70 en adelante.

—Entiendo —dijo Amaia decepcionada.

—Pero conozco a alguien que tal vez pueda ayudarlas. Si me dan un segundo —dijo mientras abandonaba el despacho.

Natalia y Amaia se miraron sin entender nada. Transcurrieron unos minutos cuando Marie volvió. La acompañaba otra mujer.

—*Bonsoir* —las saludó.

—Ella es Adèle. También es profesora y su madre trabajó en este centro hace algunos años. Le he contado lo que me han dicho y hablará con ella. Si quieren, pueden volver mañana, aunque no les prometo nada.

—Muchísimas gracias. Es muy importante para nosotras. Cualquier cosa nos ayudaría —agradeció Natalia.

Se despidieron estrechándose las manos. Al salir se reunieron con tía Bego, que estaba esperándolas tomándose un café al lado, en una cafetería.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien, aunque no tienen archivos de esa época. Nos han pedido que volvamos mañana. Al parecer, van a hablar con una profesora ya jubilada que dio clases hace años.

—Ahora solo queda que dé la casualidad de que conociera a Marisa, aunque me temo que eso es bastante improbable.

—Quién sabe, cosas más raras se han dado.

En cuanto terminaron el café, tía Bego les propuso volver a Bayona y dar una vuelta por el pueblo para que Amaia lo conociese.

Terminaron el día exhaustas y se retiraron pronto a dormir, deseando que el nuevo día llegara lo antes posible.

* * *

La tía de Natalia las acercó otra vez hasta Anglet. También ella estaba al corriente de toda la historia y se mostró entusiasmada.

—Tengo un buen presentimiento. Seguro que esa mujer sabe algo.

Volvieron a encontrarse con la puerta cerrada y de nuevo tuvieron que tocar el timbre. La misma mujer del día anterior las acompañó hasta el despacho donde las esperaba la directora en compañía de Adèle y de otra mujer más mayor.

—*Bonjour* —las saludaron.

—Buenos días. Ella es la madre de Adèle. Dice que coincidió con Marisa algunos años.

La mujer empezó a decir algo, pero ni Amaia ni Natalia entendían nada. La directora hizo de traductora.

—Le gustaría ver la foto.

—Claro —dijo Amaia mientras la sacaba del bolso y se la mostraba.

La mujer mayor sonrió al verla e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Verá, tenemos una carta que ella envió a España en el año 38, pero en la dirección que consta no saben nada de ella —comentó Natalia.

—Déjeme verla —le pidió la directora, quien a su vez se la enseñó a la madre de Adèle. La señora comentó algo negando con la cabeza—. Dice que hace muchos años que ya no vive allí.

—¿Entonces sigue viva? —preguntó Amaia emocionada.

—Sí. Suelen quedar los sábados por la tarde para jugar al *bridge*.

—¿Podría proporcionarnos su dirección?

La directora la apuntó en un papel cuando la mujer se la dictó. Amaia se puso muy nerviosa y no paró de dar las gracias. La directora del centro le sonrió y se alegró de haberlas podido ayudar. Abandonaron la escuela pensando en la increíble suerte que habían tenido. Amaia llevaba el papel con la dirección en la mano cuando se reunieron con tía Bego, que las miró con cara de interrogación.

—¡Tía, la tenemos!

—¿Y a qué esperamos entonces? Vayamos ahora mismo.

El lugar no quedaba demasiado lejos, pero aun así cogieron el coche.

—Debe de ser esa de ahí —apuntó la tía mientras paraba el coche.

Amaia y Natalia se bajaron del vehículo y se acercaron despacio hasta la verja.

—¿Estás bien? —preguntó Natalia al ver el semblante serio de su compañera.

—Estoy nerviosa. No sé cómo se lo va a tomar.

—No hay tiempo para dudas. Ya estamos aquí y, si no llamas a esa puerta, te arrepentirás el resto de tu vida.

—Tienes razón —dijo mientras golpeaba los nudillos con valentía intentando no rozar el enorme Eguzkilore que adornaba la puerta.

Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió y la mujer que apareció tras ella las saludó.

—*Bonjour, que désirez-vous?*

—Buenos días, ¿es usted Marisa? —preguntó Natalia al ver que Amaia había enmudecido al verla. A pesar de los años, su rostro era bastante fiel a la fotografía.

—Sí, soy yo. ¿Quién lo pregunta?

Natalia le dio un codazo a Amaia para sacarla de su ensimismamiento.

—Me llamo Amaia y ella es Natalia. Soy la nieta de Ane.

Al oír aquel nombre, Marisa tuvo que agarrarse al marco de la puerta. Le temblaron las piernas, y la expresión de su cara cambió por completo.

—¿Podríamos pasar? —preguntó Natalia rompiendo el hielo.

—Adelante —les dijo apartándose y cediéndoles el paso.

Las invitó a que se sentaran y les ofreció algo para beber, pero tanto Natalia como Amaia declinaron la oferta.

—Perdone el atrevimiento. Mi abuela me ha estado contando cosas de la guerra y un día apareció una fotografía suya.

—Aquello pasó hace mucho tiempo.

—Lo sé, pero mi abuela sigue pensando en usted.

—Lo dudo.

—Puedo asegurárselo. Cuando habla de usted, lo hace de una forma especial.

—De haber sido así, habría respondido a mis cartas —dijo mientras sus palabras desprendían una gran decepción.

—Al poco de irse usted, su padre regresó. Había perdido una pierna en la guerra y, como no podía ayudarla en las tareas del caserío, la obligó a casarse con un vecino.

Marisa la escuchaba con incredulidad.

—Cuando recibió su carta, ya se había casado. No fue fácil para ella —añadió Natalia.

—Y tampoco para mí. Llegar hasta aquí no fue un camino de rosas, precisamente. Yo lo intenté, pero todo se torció y ella me lo prometió. Me dijo que me esperaría —añadió, visiblemente afectada.

—Y la esperó. En todo ese tiempo que no tuvo noticias tuyas, se imaginó lo peor. Pensó que hasta podía haber muerto.

—No lo entendéis. Yo le escribí montones de cartas, y ella jamás contestó a ninguna.

—Pero mi abuela... —empezó a decir Amaia cuando Marisa la interrumpió.

—¿Os ha enviado ella?

Amaia y Natalia se miraron confusas.

—No, pero sé que está arrepentida por todo lo que pasó. Cuando me contó su historia, pude ver que todavía la sigue queriendo.

—Las heridas no han cicatrizado y el dolor sigue presente. Creo que deberíais iros.

—Volvemos mañana a *Donostia*. ¿Le gustaría acompañarnos? Estoy segura de que a mi abuela le encantaría verla de nuevo.

—Me ha costado mucho pasar página. Lo siento, pero no es posible.

Amaia miró a su alrededor y, en una de las estanterías, vio la foto de su *amona*. Sonriendo apoyada en el banco de madera.

—Sé que sigue sintiendo algo por ella; si no, no tendría su fotografía ahí expuesta. Deje a un lado el rencor y piense que para mi abuela tampoco fue fácil separarse de usted.

—Vosotras no podéis entenderlo. El pasado no puede cambiarse.

—Pero sí el presente —añadió Natalia—. No vuelva a cometer el mismo error.

—Creo que esta conversación ha terminado —dijo con cierta frialdad.

—Aquí le dejo mi dirección por si cambia de opinión. Sentimos mucho haberla importunado —se disculpó Amaia.

Las dos abandonaron la casa con el rostro mohíno. Amaia sabía que cabía la posibilidad de que Marisa no quisiera saber nada del tema pero, cuando se vio delante de la puerta de su casa, pensó que tal vez accedería al reencuentro. Ahora eso ya daba igual.

—Natalia, de esto ni una palabra a mi abuela. Júrame que no volveremos a hablar del tema.

—Lo juro —le prometió.

Tía Bego las estaba esperando ansiosa por saber qué había ocurrido, pero al ver sus caras se temió lo peor.

—No ha ido bien, ¿verdad?

—Quiere pasar página y olvidarse de todo.

—Han pasado muchos años y tenéis que ponerlos en su lugar. De la noche a la mañana, aparece la nieta de la mujer que amó en el pasado y le dice que todavía sigue pensando en ella.

—Ya, es mucha información por digerir.

—Le has dejado tu dirección, ¿no? Entonces dale un poco de tiempo. Tal vez lo piense mejor y cambie de opinión. Amaia, has hecho todo lo que estaba en tu mano. Quédate con eso.

—Me habría gustado que volvieran a encontrarse.

—Y a mí, por eso no debemos perder la esperanza —dijo Natalia con tono optimista.

Amaia asintió, pero algo le decía que su *amona* y Marisa no volverían a verse.

Disfrutaron de las horas que les quedaban antes de regresar a San Sebastián, para seguir sorprendiéndose con los maravillosos sitios que tía Bego les fue descubriendo. No volvieron a mencionar el tema, aunque Amaia se sentía triste por el contrariado desenlace. En la próxima visita a su abuela tendría que disimular muy bien para que esta no notara su desazón.

21

Maritxu

Beasáin, primavera de 1939

El embarazo transcurrió con normalidad y me permitió hacer todas las faenas hasta el octavo mes. Gaizka se empeñaba en quitarme el mayor trabajo posible, pero yo no podía estar de brazos cruzados todo el día. Necesitaba estar ocupada para no pensar. Él estaba pendiente de mí en todo momento y, desde que supo lo del embarazo, no volvió a buscarme una noche más en la cama. Al principio pensé que era por el bebé. Se oían tantas cosas... que si podía ser malo para el feto, que si podía traer complicaciones a la hora del parto... El caso es que no volvió a tocarme, ni durante el embarazo ni después. No hablamos de ello y yo le estaré eternamente agradecida por eso.

Durante el último mes tuve que permanecer en reposo. Se me había puesto una barriga enorme y apenas podía moverme. La matrona del pueblo subía todas las semanas al caserío para seguir mi evolución. Hasta que un día salí de cuentas. Era ya casi de noche y acabábamos de cenar. Iba a levantarme para recoger la mesa cuando rompí aguas. Mi padre gritaba de alegría «*Ya está aquí, ya está aquí*», y Gaizka bajó corriendo al pueblo para ir en busca de la matrona. Mi padre me ayudó a acostarme en la cama mientras esperábamos a que llegaran. Los dolores eran insoportables y cada contracción que tenía me hacía soltar un grito. Gaizka y la matrona tardaron una media hora en llegar y, en cuanto entró en el dormitorio, se hizo cargo de la situación. Le pidió a mi marido que preparara una palangana con agua y que le acercara unos cuantos paños limpios.

—Ane, ahora tendrás que empujar con todas tus fuerzas.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Gaizka nervioso.

—Primero tranquilizarte, si no, no podrás ayudarla.

Yo me retorcí de dolor con cada esfuerzo que hacía pero la matrona insistía en que debía seguir empujando. Gaizka me secaba la frente con un paño y me miraba horrorizado mientras la matrona seguía gritando.

—Un poco más. Ya falta poco.

Lo último que recuerdo fue el sonido de un llanto y después me desmayé. Cuando desperté seguía en la cama y apenas podía moverme porque me dolía todo el cuerpo. Gaizka estaba sentado a mi lado.

—¿Qué ha pasado? ¿La niña está bien?

—Tranquila. Ella está bien. ¿Cómo sabes que es una niña? —dijo cogiéndome la mano.

—Lo he presentido durante todo el embarazo. ¿Puedo verla?

—Ahora debes descansar. La matrona está con ella —dijo intentando no preocuparme pero consiguiendo todo lo contrario.

—Dime que está bien, por favor —le rogué.

—Está perfecta. Tú has sufrido un pequeño desmayo pero todo ha salido bien. Por cierto, tu padre ha escogido el nombre. La pequeña se llama Maritxu. Estaba tan ilusionado que no me atreví a decirle nada.

—Me alegra que lleve el nombre de mi madre —dije mientras un dolor agudo me atravesaba el vientre.

—¿Te duele?

—Un poco —mentí.

—Voy a traerte a la niña.

Cuando Gaizka salió de la habitación, intenté recordar lo que había pasado, pero todo en mi cabeza estaba borroso. Quise incorporarme en la cama, pero me sentía sin fuerzas y no lo logré. Entonces entró la matrona.

—Ane, vas a tener que estar unos días en reposo. Has dado a luz a una niña preciosa y hermosa. Tuviste que hacer mucho esfuerzo, por eso debes descansar.

—Pero tengo que levantarme.

—No creo que sea buena idea. Puedes darle el pecho estando en la cama y puedes tenerla en brazos todo el tiempo que quieras, pero debes reponer fuerzas.

—Está bien, así lo haré.

En ese instante entró Gaizka con nuestra hija en brazos. Me la puso a la altura de mi pecho y entonces la vi. Era la criatura más hermosa que jamás había visto.

No puedo describir lo que sentí en ese momento. Tenía unos ojos grandes e intentaba coger mis dedos con sus mandas. Después de haberla llevado dentro durante nueve meses y sentirla crecer día a día en mi interior, tocarla fue el mayor regalo del mundo. Sin duda fue el día más feliz de mi vida. Gaizka se acercó y la cogió en brazos. No pudo evitar que se le escaparan de nuevo las lágrimas.

—Es tan guapa como su madre —dijo mientras me besaba la frente.

—¿Se puede? —dijo mi padre asomándose tras la puerta.

—¡Aita!

—Ane, qué alegría más grande. Maritxu es tan guapa como su madre, ¿no te parece, Gaizka?

—Sí, las dos son preciosas.

* * *

Con la posguerra la situación en el pueblo había empeorado todavía más. La escasez era evidente, y con ella llegaron las cartillas de racionamiento. A cada familia se le proporcionaba una cartilla. A nosotros también nos asignaron una. A primeros de mes solía bajar al pueblo en

busca de alguna provisión, porque eran los únicos días en que se podía encontrar algo. La libreta estaba dividida en sellos y cada uno de ellos correspondía a un alimento: el pan, el azúcar, el aceite y las patatas. Esos eran los principales, y luego había otros señalados como «varios» que servían para algún alimento extra como carne, bacalao, etc..., pero esos solo nos los daban en contadas ocasiones. Fue entonces cuando volvimos a comer pan. Nos correspondía una ración diaria, un pequeño bollo, pero la harina de trigo pronto se acabó y empezaron a hacerlo con harina de maíz. Aquello apenas sabía a nada y, cuando se terminó también la de maíz, el pan se volvió negro y se ponía duro como una piedra, así que dejé de cogerlo. Solía dar mis sellos de las patatas a alguna vecina del pueblo que lo necesitaba más que nosotros. Las patatas no eran un problema porque las cultivábamos en la huerta. Así, entre unos y otros, nos ayudábamos en todo lo que podíamos. El que no tenía problemas era el que tenía dinero, porque con él se podía conseguir todo lo que quisieses. El trapicheo y el estraperlo seguían a la orden del día más que nunca.

Mi tío había conseguido que a mi padre le asignaran una pequeña paga por haber sido herido en la guerra, y con aquel dinero conseguíamos en alguna ocasión comprar la harina de toda la vida. Estiraba hasta el último gramo y elaboraba nuestro propio pan como lo hacía antes de la guerra. Gaizka seguía elaborando quesos y, aunque su padre tenía muchos y muy buenos contactos, los pedidos también habían bajado. La situación en todo el país andaba parecida. El hambre y la miseria campaban a sus anchas en España.

Yo me aislé de tal modo que pedí a Gaizka que se encargara él de bajar al pueblo y hacer los recados. Me entristecía tanto ver aquella estampa que decidí darle la espalda y no mirar más. Solo en el caserío me sentía segura, y no pasaba ni un solo día en que no pensara en Marisa. Incluso a Maritxu solía hablarle de ella, pero tu madre era demasiado pequeña como para entender nada. Supongo que era mi forma de mantener su recuerdo. Miraba su fotografía durante horas, mientras imaginaba cómo hubiera sido mi vida junto a ella, si nos hubiéramos marchado aquel día las dos. Entonces la tristeza me invadía pensando en que, tal vez, Marisa se habría olvidado de mí. Habría rehecho su vida dejando atrás nuestra historia. La echaba tanto de menos que, durante una temporada, me pasé días enteros llorando mientras Gaizka se preocupaba en silencio. Sabía que si me preguntaba no obtendría respuesta, así que le pedía a mi padre que se llevara a Maritxu de paseo para dejarme a solas. A pesar de haber sido madre, no conseguía ser feliz y no podía decirle a nadie cuál era la causa de ello.

Mi marido estaba tan preocupado que avisó al doctor para que viniera a verme. Recuerdo perfectamente aquel día. Era por la mañana y yo había decidido quedarme en la cama porque no sentía que tuviera ninguna razón para levantarme. El médico entró en la habitación y, después de auscultarme y tomarme la temperatura, se sentó a mi lado con el semblante muy serio.

—Ane, no sé lo que te aflige, pero tu hija te necesita. No puedes abandonarte. Sea lo que sea que te ocurra, no puede ser lo suficientemente importante como para que dejes a tu hija de lado. Si quieres puedo recetarte algún medicamento para estar menos cansada, pero me temo que las penas del corazón no hay pastillas que las curen. Eres una mujer joven, con toda la vida por delante. No dejes que la pena te hunda y mucho menos que arrastre a tu hija. Ahora más que nunca debes ser fuerte, por ella.

No dije nada porque, en el fondo, sabía que el doctor llevaba razón. Una vez más estaba siendo egoísta, estaba anteponiendo mis sentimientos a los de mi hija. Había traído un ser a este mundo y tenía que ser responsable. Aquel día lo pasé entero en la cama intentando olvidar las

palabras del doctor pero me fue imposible, por lo que al día siguiente me levanté y decidí afrontar la vida pero, sobre todo, decidí volcarme en mi hija para no volverme a separar nunca más de ella.

Te debo una disculpa

Amaia no podía olvidar el encuentro que habían tenido ella y Natalia con Marisa. Aquella mujer parecía muy dolida y había puesto demasiado empeño en olvidar a su abuela.

—Yo creo que todavía sigue sintiendo algo por ella —dijo Natalia adivinando donde tenía la cabeza su chica.

—Tal vez, pero fue muy clara con nosotras. No quiere saber nada del tema. En ocasiones es más fácil no hablar de las cosas, así no hacen daño.

—Pero guardarlas tampoco es bueno. Pueden llegar a enquistarse, y el dolor que queremos evitar se vuelve mayor.

Amaia no dijo nada, pero sabía que Natalia llevaba razón.

Quedaban pocos días para Navidad y las dos pasaban la mayor parte de su tiempo estudiando para los exámenes. Amaia, además, seguía trabajando en su libro y escribiendo nuevos artículos para la revista. El periódico requería de toda su atención y estaban siendo unas semanas muy estresantes. No había vuelto a ver a su madre desde la malograda cena. Se sentía mal por cómo habían terminado las cosas, pero su padre no le había dejado otra opción. Una tarde, mientras volvía de la universidad y aparcaba su coche delante de casa, algo hizo que sus pasos tomaran otra dirección. Cuando quiso darse cuenta, estaba tocando el timbre de la casa de sus padres. Su madre le abrió la puerta y se sorprendió al verla.

—¡Amaia! —dijo, abrazándola.

—Lo siento mucho, *ama* —se disculpó.

La madre la invitó a pasar y las dos se sentaron en el salón.

—No imaginé que tu padre fuera a comportarse de esa manera. Cuando os fuisteis, hablé con él y le hice entrar en razón.

—*Ama*, no me acepta, ¿es que no lo ves?

—Solo necesita tiempo. Ya sabes que el abuelo era muy estricto y él ha sido educado del mismo modo, pero me ha prometido que lo va a intentar.

Amaia la miró sin mucha convicción.

—Tengo la sensación de que, haga lo que haga, nunca será suficiente para él.

—No digas eso, *maitia*. Tu padre te quiere muchísimo y, aunque no lo diga, sé que está muy

orgullosa de ti. Enterarse de que Natalia estudia Derecho le sorprendió muchísimo. Por lo pronto, quiero que el día de Nochebuena cenéis con nosotros. Ya he hablado con la *amona* y le he dicho que iréis a buscarla al caserío para cenar aquí los cinco.

—No sé, *ama*. No quiero volver a pasar por lo mismo.

—Tu padre me ha dado su palabra. Confía en mí —rogó cogiéndole la mano.

Amaia no dijo nada dándole así un voto de confianza a su madre que, al fin y al cabo, no tenía ninguna culpa.

Estuvieron charlando un rato más y, cuando Amaia iba a irse, apareció su padre. No esperaba encontrársela y no pudo evitar mostrar su sorpresa.

—Hola —acertó a decir.

—Yo ya me iba. *Agur, ama* —se despidió, dándole dos besos en la mejilla—. *Aita...*

La madre miró al padre y le hizo un gesto para que no dejara marchar a su hija sin hablar antes con ella.

—Amaia, espera un segundo, por favor —le dijo acercándose a ella—. Siento mucho lo que pasó el otro día. Lo que dije no estuvo bien y te debo una disculpa. Quiero que sepas que para mí todo esto es nuevo y no sé cómo afrontarlo.

—*Aita*, yo sigo siendo la misma.

—Lo sé, pero no quiero que te hagan daño, Amaia.

—No puedes protegerme eternamente. Solo necesito que me apoyes.

—Lo voy a intentar. Te doy mi palabra. Quiero que le traslades mis disculpas a Natalia. Me pareció una buena chica.

—Gracias —dijo Amaia sin poder contener las lágrimas mientras su padre la abrazaba.

—No sé en qué momento te has hecho mayor, pero quiero que sepas que estoy orgulloso de ti —le susurró al oído—. Te quiero mucho, *txiki*.

—Yo también te quiero, *aitatxo*.

Su madre los observaba desde la cocina y tampoco podía contener las lágrimas. Su marido era un hombre recto y muy estricto, pero sabía que la felicidad de su hija era lo que más le importaba en el mundo.

—Me marcho, que todavía tengo mucho que estudiar.

—Pásate la semana que viene y me echas una mano con el menú.

—Vale —dijo mientras salía por la puerta.

Cuando llegó a casa, todavía seguía llorando por lo ocurrido. Natalia al verla se asustó.

—¿Qué ha pasado? ¿De dónde vienes?

—He estado con mis padres.

—No me digas más, el cromañón de tu padre ha vuelto a la carga —dijo Natalia poniendo los ojos en blanco.

—No, todo lo contrario. Me ha pedido perdón y me ha dicho que le disculpes. Siente mucho su comportamiento del otro día.

—Todo esto es obra de tu madre. Seguro que le echó un buen rapapolvo cuando nos marchamos.

—Así es, y ha surtido efecto. Además, me ha dicho que le pareces buena chica.

—Vale, siento lo de cromañón —dijo juntando las manos en señal de pedir perdón.

—Quieren que vayamos a cenar en Nochebuena. Iremos a recoger a mi *amona* y cenaremos

todos juntos en casa.

—No me lo perdería por nada del mundo. Hablaré con mis padres y les diré que pasaremos la Nochevieja con ellos, ¿te parece?

—Estupendo —dijo Amaia rodeándola por la cintura y atrayéndola hacia ella para besarla.

—Me alegra que por fin vaya todo bien —le susurró al oído.

—Yo también y me encantaría celebrarlo.

Tenían que estudiar pero jugar un rato les concedería un merecido descanso.

* * *

Amaia había rehecho su trabajo de Historia. Esa mañana tenía tutoría y acudió al despacho del profesor para entregárselo.

—Buenos días. Venía a traerle el trabajo. He añadido todo lo que me comentó.

—Gracias —dijo mientras lo recogía. Amaia se despidió y abandonó el despacho.

Aprovechó el tiempo que tenía libre para ir a la biblioteca y estudiar para el resto de los exámenes. Intentó concentrarse en la historia de la radio y la televisión pero su mente estaba en otra parte. Esa misma tarde iba a visitar la asociación republicana que le había mencionado Clara. Esperaba conseguir los testimonios que le faltaban para completar su libro, pero los apuntes que tenía frente a ella eran su máxima prioridad, así que, con gran esfuerzo, volvió al mundo de la radio y memorizó todo lo que pudo. Las dos horas transcurrieron muy rápido. Amaia acudió a la última clase del día, que casualmente era la de Clara. La profesora dedicó la hora a dar pautas sobre el examen y a hacer un breve repaso de los temas que habían abordado a lo largo del trimestre. Al finalizar, todo el mundo recogió sus cosas y el aula se fue quedando vacía.

—Amaia, ¿tienes un segundo? —le preguntó Clara.

—Sí, por supuesto —respondió acercándose a ella.

—¿Has hablado ya con la asociación?

—Sí. Esta tarde he quedado con la presidenta, allí en la sede.

—Si quieres, puedo acompañarte.

—Sería estupendo.

—Iba a pasarme la tarde en la revista.

—Entonces quedamos allí. ¿A las cinco?

—Vale.

—Hasta luego.

Natalia la estaba esperando para comer y llegaba tarde. Iba a ser algo rápido en la cafetería de la facultad, porque su chica también tenía pensado pasar la tarde en la biblioteca estudiando. Sus temarios eran tediosos y se hacían interminables. Tenía tantas leyes por memorizar que en casa no conseguía la concentración necesaria.

—Clara va a acompañarme esta tarde a la asociación.

—Seguro que te presenta a alguien más. Esa mujer parece conocer a todo el mundo —bromeó Natalia mientras engullía un sándwich.

—La verdad es que tiene muchos contactos y para mi trabajo, eso es estupendo.

Siguieron comiendo y hablando de todo lo que tenían que estudiar.

—¿Qué tal vas con lo que te pedí para el libro?

—He recopilado toda la información. Ahora solo me queda ordenarla. En cuanto termine con los exámenes, prometo ponerme a ello.

—No hay ninguna prisa, además, sé que lo harás genial.

Dieron las cuatro y Amaia se levantó y se despidió de su compañera. Salió del aparcamiento de la facultad y fue derecha hasta el barrio de Amara. El local de la revista estaba abierto y Carmen se encontraba allí trabajando.

—Hola, Amaia. ¿Qué tal va todo?

—Bien. He quedado con Clara para ir a la asociación republicana.

—Entonces estará al llegar —dijo mientras volvía a esconder la cabeza entre los papeles que formaban el perfecto desorden que reinaba en su mesa.

Amaia se sentó en la mesa que le habían asignado el primer día y revisó una carpeta que había estado preparando para llevar a la asociación. En ella tenía diferentes artículos que había recopilado en la hemeroteca sobre la guerra, así como un breve cuestionario que ella misma había elaborado para la presidenta de la asociación. Pasó un buen rato hasta que Clara entró por la puerta y la saludó con la mano.

—Siento el retraso, pero el tráfico está fatal —se excusó.

—No pasa nada. He tenido tiempo de revisar mis notas. ¿Nos vamos?

Se despidieron de Carmen y ambas montaron en el «cuatro latas». La asociación republicana estaba en Irún y tenían tres cuartos de hora de camino por delante. Amaia conducía en silencio, rememorando su visita a Francia. Clara conocía muy bien a su alumna y sabía que algo le rondaba.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que estoy agobiada con los exámenes —mintió.

—Tus notas son excelentes, así que no tienes de qué preocuparte. —Amaia no respondió—. Si necesitas ayuda con el artículo para la revista, no tienes más que pedírmelo.

—Muchas gracias, pero no es eso —dijo mientras Clara la miraba sin comprender cuál era el problema. Al final decidió sincerarse y contarle la historia de su abuela. Cuando terminó el relato, Clara no salía de su asombro.

—¡Vaya! ¡Menuda historia! Dudo mucho que encuentres otra tan apasionante en la asociación —comentó mientras Amaia se encogía de hombros—. Has hecho todo lo que estaba en tu mano, pero debes comprender que para esa mujer no debió ser fácil.

—Lo sé, pero la vida le ha brindado una nueva oportunidad y pienso que debería aprovecharla. Estoy convencida de que todavía siente algo por mi abuela. No sé, la expresión de su cara al nombrarla habló por sí sola.

—¿Y tu abuela?

—Ella nunca ha dejado de quererla.

—Pues entonces tal vez solo necesite un poco más de tiempo.

Se alegró de compartir con Clara toda aquella historia. Sabía que tenía razón y, después de tantos años, Marisa tenía todo el derecho a tomarse su tiempo.

—¿Incluirás esa historia en tu libro?

—No creo que a mi *amona* le haga mucha gracia.

—Convéncela. Una historia así debe ser contada.

Pensó en la reacción de su abuela ante semejante solicitud y sonrió. Últimamente su *amona* estaba irreconocible y podía esperarse cualquier cosa de ella.

Llegaron a Irún y Clara le dio las instrucciones necesarias para llegar a la asociación. Encontraron aparcamiento muy cerca del recinto. Se acercaron hasta la puerta, donde un pequeño cartel con el nombre de la asociación informaba del horario de atención al público. Tocaron el timbre que había en el marco de la puerta y en pocos segundos una mujer las recibió.

—Buenas tardes. ¡Clara, cuánto tiempo!

—Hola, Pilar —dijo, saludándola con un abrazo—. Amaia, esta es Pilar, la presidenta de la asociación.

—Hola, Amaia, encantada —dijo tendiéndole la mano mientras las invitaba a entrar.

—Un placer.

El local era bastante pequeño pero muy acogedor. En la sala principal se encontraban varias personas trabajando en distintas mesas.

—Vamos a mi despacho. Allí podremos hablar con más tranquilidad —dijo invitándolas a que tomaran asiento. Amaia se fijó en que su mesa estaba llena de papeles. La presidenta rebuscó entre ellos y rescató una publicación.

—Mira, la recibimos todos los meses —comentó dirigiéndose a Clara y enseñándole la revista que habían publicado el mes anterior—. Nos encanta.

—Me alegro. Amaia también colabora.

—Bien, ¿qué es lo que necesitáis?

Amaia le explicó que estaba escribiendo un libro y le habló sobre los perfiles que andaba buscando.

—Aquí no somos muchos. Parece que todavía a la gente le da miedo hablar de lo que aquellos fascistas nos hicieron, pero creo que podría conseguirte a tres compañeras. No tienen pelos en la lengua y sus experiencias son bastante duras. Hablaré con ellas y, si acceden, os pondré en contacto.

—Muchísimas gracias —agradeció entusiasmada.

—Le he comentado a Amaia que tenéis un archivo estupendo.

—Que ponemos a tu disposición desde este mismo instante. Solo tienes que comentar a mi compañera qué fechas quieres consultar y ella te proporcionará toda la información que tengamos al respecto.

—Estupendo. He preparado unas preguntas sobre la labor que desempeña la asociación —dijo Amaia, mostrándoselas.

—Genial. Las contestaré y te avisaré en cuanto las tenga. Ahora si no te importa, te robo a Clara, que tiene que ponerme al día.

—Claro, te invito a un café y mientras, Amaia, puedes ir revisando el archivo.

—Vale.

Se acercó a la encargada del archivo y le pidió que le mostrara todo lo que tuvieran de septiembre del 36 sobre la población de Irún y la frontera. Quería ver si encontraba algo sobre Marisa y la suerte quiso estar de su parte. Entre todos los papeles y carpetas que la encargada puso a su disposición, había un listado de las personas que habían sido encarceladas en aquellas fechas en la prisión de Irún y, entre todos ellos, figuraba el nombre de Marisa.

—Si quisiera buscar todo lo referente a una persona en concreto, ¿se podida hacer?

—Estamos organizando carpetas por orden alfabético de los apellidos pero todavía vamos por la m. Como ves, aquí hay mucho trabajo por hacer.

—Busco todo lo referente a una mujer llamada Marisa Hernández —dijo Amaia esperando tener algo de suerte.

—Veamos, carpetas de la h. Hay veinte. Revisa tú esas y yo miraré estas.

Tras unos minutos, la encargada encontró algo.

—Solo hay cuatro documentos. Veamos, esta es su ficha: maestra, de la provincia de Burgos. Estuvo presa en la cárcel de Irún un año y algunos meses. Después consiguió pasar la frontera y en Francia estuvo colaborando con un grupo de la resistencia; sus tareas: facilitar el paso de compañeros a Francia y falsificación de pasaportes. No hay nada más.

—No te preocupes. Es suficiente. ¿Podría llevarme una copia de todo esto?

—Claro. La fotocopidora está allí.

—Muchas gracias.

Entonces recordó las palabras de Marisa cuando les mencionó que había escrito numerosas cartas a su abuela pero esta solo había recibido una. Los papeles que tenía frente a ella mostraban otra realidad. Debía llevárselos a su *amona* y contarle lo de su visita a Francia. Ane se había sincerado con ella y pensó que merecía saberlo.

Cuando terminó de fotocopiar todo el material, vio en un rincón dos enormes sacas llenas de cartas.

—¿Y esas sacas? —le preguntó a la encargada.

—Son cartas que la oficina de correos de Irún ha ido recuperando a lo largo de los años con la ayuda de los ayuntamientos de los pueblos franceses que están cerca de la frontera y donde se asentaron varios campos de refugiados. Fueron apareciendo y al ver que la mayoría estaban destinadas a nuestro país, decidieron entregarlas a nuestro servicio postal. Entonces la oficina de correos se puso en contacto con nosotros y nos las pasó para que nos encarguemos de encontrar a sus destinatarios. Tenemos que clasificarlas, y nuestra intención es mandarlas a su destino cuanto antes.

—¿Podría echar un vistazo?

—Claro, todo tuyo.

—Gracias —dijo Amaia mientras sacaba un buen montón y se sentaba a repasar cada uno de los destinatarios que figuraban en aquellos viejos y amarillentos sobres.

Eran muchos pero decidió tomarse su tiempo y revisarlos a conciencia. Al cabo de un rato llegaron Clara y Pilar.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Clara.

—Sí, pero estoy mirando estas cartas porque puede que haya alguna que sea para mi abuela.

—Ahí hay mucha correspondencia. Déjanos ayudarte y acabaremos antes.

Ambas se sentaron junto a ella, cogieron un buen montón de cartas y buscaron el nombre que Amaia les había referido entre todos los destinos que allí aparecían. Con la primera saca no tuvieron suerte pero, cuando iban por la mitad de la segunda, Clara encontró algo.

—Creo que tengo una. Ane Garmendia, ¿es tu abuela?

—Sí —dijo Amaia emocionada.

—Entonces sigamos, que puede que haya alguna más.

Transcurrieron dos horas y, cuando terminaron de comprobar toda la correspondencia, Amaia

tenía en su poder una veintena de sobres, todos ellos dirigidos a su abuela. No podía contener la emoción. Estaba deseando llevárselas a su *amona*.

—Muchísimas gracias, Pilar —dijo Amaia.

—Ha sido un placer. Ya sabes, si necesitas cualquier cosa, esta es tu casa.

—A mí me debes una visita —apuntó Clara.

—En cuanto tenga un día libre iré a *Donostia*. Lo prometo.

Se despidieron del resto del personal y abandonaron la asociación.

Se montaron en el coche y emprendieron el camino de vuelta hasta *Donostia*. Durante el trayecto Amaia le habló de los documentos que había encontrado con relación a Marisa.

—Eso aclara muchas cosas.

—Sí. Estoy deseando contárselo a mi abuela.

Cuando llegó a casa, Natalia, en un arrebatado de espíritu navideño, estaba adornando el piso.

—Hola, ¿qué te parece?

—Que te has pasado con el espumillón. Ya sabes que odio estas fechas.

—Lo sé, pero me he propuesto que este año las odies un poquito menos —dijo mientras la besaba—. ¿Qué tal ha ido?

—Muy bien. Tienen un archivo increíble y he encontrado información sobre Marisa.

—¿Y? —preguntó Natalia expectante.

—Míralo tú misma —le contestó, acercándole la carpeta. Natalia soltó las guirnaldas que tenía en la mano y fue leyendo uno a uno todos los papeles.

—Pero esto es una pasada. Ella no mencionó nada al respecto. ¿Y todas estas cartas?

—Se las escribió ella pero nunca llegaron a salir de la oficina de correos.

—Entonces esto lo cambia todo.

—Voy a contarle también lo de nuestra visita a Francia.

—¿Crees que es buena idea? No sé, seguro que le entristece.

—Merece saberlo, y tú me ayudarás.

—Bueno, quién sabe, en estas fechas puede ocurrir cualquier cosa.

—¡No me digas que ahora crees en los milagros! —dijo Amaia mientras se sentaba en el sofá.

—No, pero creo en la magia de la Navidad, y tú también deberías. Sin ir más lejos, tu madre el otro día obró un gran milagro.

—Muy graciosa.

—¿Por qué no me ayudas a decorar esto? Anda, acércame esas bolas de ahí.

Amaia resopló pero, como siempre, Natalia se salió con la suya y terminaron decorando juntas el árbol que presidía el salón.

23

Agur, aita

Beasáin, invierno de 1944

La niña había inundado de alegría el caserío y a mí me hacía sonreír cada día. Me dediqué a ella por completo y Gaizka jamás se quejó. Él también estaba encantado, y el tiempo libre del que disponía lo pasaba jugando con ella. Pero el que más disfrutaba era mi padre. Se pasaba el día cogiéndola en brazos y contándole historias. Mientras yo araba y sembraba en la huerta, los observaba a los dos y cómo, sentados en el banco de madera, intercambiaban confidencias. Le solía relatar, una tras otra, todas las leyendas que versaban sobre el Goyerri. Tu madre siempre lo escuchaba con mucha atención y sonreía maravillada al oír todos aquellos cuentos sobre brujas y seres mitológicos.

—*Aita*, como le sigas contando todas esas cosas, tendrá pesadillas por la noche —le decía yo al ver la cara que ponía mi pequeña.

—Tonterías. Maritxu tiene que saber todas las historias que versan sobre nuestra comarca. En el colegio no se las van a contar, así que alguien tiene que hacerlo.

No le faltaba razón, con la dictadura de Franco las cosas habían cambiado por completo. Las escuelas volvieron a pasar a manos de la Iglesia. Atrás quedaron los nuevos métodos pedagógicos que la República había implantado. Todo aquello se borró de un plumazo para tener una enseñanza católica y por encima de todo patriótica. Yo no estaba de acuerdo con ello, pero solo teníamos una escuela en el pueblo. Lo único que me importaba era que mi hija aprendiera todo lo que fuera posible. Cuando llegaba a casa siempre le preguntaba qué le habían enseñado ese día, sobre todo en la asignatura de Historia, y entonces yo le contaba la verdad de lo ocurrido. En cuanto a la religión, mi familia nunca había sido muy creyente, y tuve que enseñar a tu madre a que disimulara e hiciera creer a las monjas que en nuestra casa se rezaba a diario y se bendecía la mesa con cada comida. Tu madre fue una niña muy lista y aprendió a pensar por sí misma y a cuestionarse todo lo que le enseñaban.

Recuerdo el día que llegó del colegio y nos contó que la habían mandado salir al patio junto al resto de los alumnos y les habían obligado a cantar el *Cara al Sol*. Al parecer llevaban semanas estudiándolo y pobre de aquel que no se lo supiera. Yo iba a decirle algo cuando mi padre se adelantó.

—Maritxu, si ellos quieren que cantes, tú canta, pero no olvides que por su culpa tu abuelo tuvo que ir a luchar al frente y perdió la pierna.

—Lo sé, *aitona*, yo hago como que canto, pero solo abro la boca.

—Así me gusta, *maitia* —le decía mientras la cogía en brazos.

Era una niña muy curiosa y lo preguntaba todo. Yo la ayudaba en lo que podía, aunque muchas de las veces, era ella la que me enseñaba cosas a mí. También le gustaba encerrarse con Gaizka en la caseta de los quesos y lo acribillaba a preguntas.

—*Aita*, ¿por qué hay que dejar los quesos aquí?

—Porque tienen que madurar.

—¿Y este humo?

—Ese humo es el que hace que nuestros quesos sean especiales.

—¿Por eso saben tan ricos?

—Por eso y por otras cosas más.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, la leche. Ya ves que nuestros animales comen mucha hierba, pues eso hace que su leche sea más buena.

—Y estos de aquí, ¿cuándo los podremos comer?

—Habrá que esperar unos meses.

Como te he dicho, tu madre era una niña muy espabilada y le encantaba aprender.

Cuando Maritxu cumplió los cinco años, a mi padre se le paró el corazón. Fue una mañana, así de repente. Al ver que no se levantaba, me acerqué hasta su habitación y allí estaba, tumbado en la cama como si estuviera dormido. Cuando me arrimé a él y lo toqué para despertarlo, noté que su piel estaba gélida. Apoyé mi oído en su pecho y su corazón había dejado de latir. Gaizka fue en busca del médico y, tras examinarlo, diagnosticó que se había tratado de un paro cardíaco.

—Tenía ya una edad. Son cosas que pasan —dijo, sin darle mayor importancia.

Lo velamos durante dos días y dos noches. Muchos vecinos del pueblo se acercaron para darle el último adiós. Mi tío, pese a no ser avisado, también se presentó.

—¿Qué haces tú aquí? —le dije en voz baja, intentando no llamar demasiado la atención. Nuestra casa estaba llena de gente que quería mostrar sus respetos a mi padre y yo no quería montar un escándalo, pero verlo allí me enfadó muchísimo.

—Ane, es mi hermano. Tengo todo el derecho del mundo a estar aquí. ¿Por qué no me habéis avisado?

Iba a contestarle cuando Gaizka apareció de repente.

—No te hemos avisado porque esta es nuestra casa y aquí no eres bienvenido. Te agradecería que te marcharas.

—Mi hermano se merece un funeral con honores. No olvides que luchó con el bando vencedor —dijo dirigiéndose a mí.

—Mi padre era un hombre honrado y jamás quiso participar en esa guerra, y mucho menos con los carlistas. ¡No era un asesino como tú!

—Ane, vigila tus palabras, o si no...

—No te permito que amenaces a mi familia. ¡Vete ahora mismo de aquí! —le gritó Gaizka.

—¿Y tú quién coño eres? El que te hayas casado con mi sobrina no te hace dueño de todo esto.

—¡Fuera de aquí! —le grité sin importarme ya lo que los demás pensarán. Entonces mi tío se

dispuso a empuñar su arma, pero entró por la puerta el coronel Díaz.

—Joxe, ya basta. Es hora de irse —le dijo como si estuviera dándole una orden. Mi tío lo miró y le obedeció, pero antes se acercó a mí.

—Esto no va a quedar así. Te guste o no, siempre seremos familia.

Iba a contestarle, pero el coronel Díaz me interrumpió.

—Siento mucho lo de tu padre. Era un buen hombre —dijo mientras agarraba a mi tío del brazo y se lo llevaba hasta la puerta.

Gaizka se quedó a mi lado mientras observábamos cómo abandonaban el caserío.

Todos los presentes fueron testigos del desafortunado encuentro y, desde ese día, no volví a saber de mi tío nunca más. Nunca le perdoné lo que hizo.

Ya en el cementerio, Gaizka lloraba como un niño cuando el ataúd de mi padre se perdía bajo la tierra.

—Era como un padre para mí —me dijo sollozando.

—Lo sé. Él también te quería como a un hijo, y nada le habría gustado más que saber que sigues adelante con su legado. Después de Maritxu, los quesos eran su gran pasión.

Cuando volvimos del cementerio, tu madre, que estaba al cuidado de una vecina, no paraba de preguntar por él. Tuve que explicarle que su *aitona* se había ido para siempre.

—¿Y entonces ya no me va a contar más historias? —me preguntó con la inocencia de la niña que era.

—Me temo que no, *maitia*.

—¿Eso quiere decir que el *aitona* ya no me quiere?

—Cariño, tu abuelo te va a querer siempre —dije llevándola al banco de madera y sentándola en mis rodillas—. Cada vez que estés triste, solo tienes que venir aquí y pensar en él. De noche, puedes mirar el cielo como ahora. ¿Ves todas esas estrellas?

—Sí.

—Pues en una de ellas está el *aitona*. Siempre va a estar ahí, mirándote y protegiéndote. Si tú no le olvidas, él siempre permanecerá a tu lado.

La marcha de mi padre fue un duro golpe para todos. Gaizka se refugió en el trabajo y apenas hablábamos. Yo me aferré a Maritxu, pero sabía que tarde o temprano se haría mayor y también me dejaría. Estábamos seguros de que iría a la universidad y, cuando ese día llegara, mi niña se iría de casa. ¿Sabes?, ya desde pequeña soñaba con ser maestra. Cada vez que me lo decía, el recuerdo de Marisa me asaltaba. Era lo único que nadie podía quitarme. Solo yo sabía de su existencia, y sería un secreto que me llevaría a la tumba, o eso creía yo.

Una noche, tu abuelo estaba sentado ahí, en la mecedora junto a la chimenea. Yo acababa de acostar a tu madre y me puse a recoger la mesa. Ya estaba acostumbrada a sus continuos silencios cuando de repente habló.

—¿Quién es Marisa?

La pregunta me cogió por sorpresa, y el plato que tenía en la mano se me cayó al suelo haciéndose añicos.

—¿Por qué lo preguntas? —acerté a decir.

—Estaba buscando entre las fotos y he encontrado esta carta —me dijo con una tranquilidad que todavía consiguió alterarme más.

—Si ya la has leído, no hay más que contar —contesté mientras terminaba de recoger la mesa.

—Ane. Nunca te he pedido explicaciones y creo que siempre te he respetado.

—Sí, así es —afirmé.

—Han pasado muchos años y me gustaría saber quién es la culpable de que yo no haya podido conquistar tu corazón.

—Gaizka, yo te quiero muchísimo.

—Ane, me lo debes. No voy a enfadarme si es eso lo que te preocupa. Solo quiero saber.

—Está bien —le dije mientras me sentaba a su lado.

Se lo conté todo, desde el principio. Me ahorré los detalles porque no quería causarle más dolor del que ya le había causado.

—Debiste contármelo. Te habría ayudado —dijo con gran serenidad después de escuchar mi relato.

—¿Cómo? Tú estabas enamorado de mí.

—Por eso mismo. Habría sido capaz de sacrificar mi propia felicidad para salvar la tuya. Te quiero y siempre te he amado. Me mata el solo hecho de pensar que no has sido feliz.

—Gaizka, no digas eso. Me has hecho el mejor regalo que nadie podría hacerme, nuestra hija. Eres un hombre maravilloso y he sido muy feliz a tu lado —dije abrazándolo mientras él se echaba a llorar como un niño.

No volvimos a hablar del tema, pero fue un alivio para los dos y la brecha que había existido entre nosotros se cerró para siempre.

24

Querida Ane

San Sebastián, invierno de 1981

Era el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad y Amaia tenía que reunirse con su profesor de Historia en el despacho. Llamó a la puerta y este la invitó a entrar.

—Buenos días Amaia —dijo mientras rebuscaba entre los papeles desperdigados por su mesa. Finalmente dio con el trabajo de Amaia—. Esto es exactamente lo que quería. Los testimonios que has incluido son de vital importancia. Has hecho un buen trabajo —dijo mientras se lo entregaba.

Amaia no pudo evitar su sorpresa cuando vio un nueve escrito en la parte superior derecha de la primera página.

—Muchas gracias —acertó a decir. El profesor tenía fama por sus bajas notas y eran pocos los alumnos que conseguían arrebatarle un sobresaliente. Amaia abandonó el despacho satisfecha y se reunió con Natalia, que la estaba esperando para volver juntas a casa. Ambas aprovecharon la tarde para hacer una escapada a Beasáin. Querían poner al corriente a Ane de todo lo que habían averiguado. Amaia sabía que aquello entristecería a su *amona*, pero debía conocer toda la verdad.

—¿Sigues creyendo que es buena idea? —le preguntó mientras Amaia se concentraba en la carretera.

—Tiene que saber la verdad. Quizás en todas esas cartas encuentre la respuesta a todo.

—Esto hará que se culpe todavía más.

—Lo sé, pero debemos hacerle saber que ella no fue culpable de nada. En realidad ninguna de las dos tuvo la culpa. Fueron las circunstancias las que las separaron. Esa maldita guerra fue la causante de todo.

—Lo único que hicieron fue amarse —dijo Natalia con tristeza.

—Y todavía se siguen amando, pero en el caso de Marisa el dolor es más fuerte. Espero que algún día pueda dejarlo a un lado y acceda a reencontrarse con mi abuela.

—Yo también lo espero. Sería muy triste que toda esta historia acabara aquí.

Cuando llegaron al caserío, como siempre, Ane las recibió con un gran abrazo.

—*Amona*, tenemos que hablarte de algo —dijo Amaia mientras le entregaba las cartas que había encontrado en las sacas de la sede republicana de Irún. Ane las miró sorprendida.

—¿Qué es todo esto?

—Son todas las cartas que Marisa te escribió y que fueron retenidas en la estafeta de Irún. Al parecer nunca salieron de allí.

—Entonces, ¿me estuvo escribiendo todo ese tiempo?

—Así es. Vamos a abrirlas y las ordenaremos por fecha.

Natalia ayudó a Amaia, y juntas rasgaron cada uno de los sobres bajo la atónita mirada de su abuela, que no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Esta es la primera, 10 de septiembre de 1936. Toma, *amona* —dijo acercándole la carta.

—No, por favor. No creo que sea capaz. Mejor léela tú.

—Está bien. *«Querida Ane, te escribo desde la cárcel de Irún. Conseguí llegar sana y salva a la frontera pero el salvoconducto no me sirvió de nada. Me dieron el alto y al mostrarles el papel lo rompieron delante de mis narices. Me detuvieron y me trajeron aquí. Una compañera me ha dejado este trozo de papel para que pueda escribirte. Tiene un contacto al que le pasa nuestras cartas y él se encarga de llevarlas a la estafeta para evitar la censura de nuestros carceleros. Los nacionales me acusan de pertenecer a la República y creen que colaboro con un grupo de la resistencia que anda escondido en el monte. Durante mi andadura por esos lares, tuve la suerte de no encontrarme con nadie. Gracias a las viandas que me preparaste, conseguí las fuerzas suficientes para cruzar la montaña pero, al llegar aquí, todo se truncó. Esta gente no se anda con remilgos y, en vez de preguntar, te acusan sin más. Somos muchas las mujeres que estamos aquí encarceladas y, aunque pasamos bastante frío y hambre, no quiero que te preocupes. Estoy bien. Tarde o temprano se darán cuenta de que no soy quien ellos creen y tendrán que soltarme. Se me acaba el papel, de modo que solo puedo decirte que te quiero».*

Ane estaba visiblemente emocionada y no pudo contener las lágrimas. Su nieta la abrazó.

—¿Quieres que siga?

—Sí.

—22 de octubre del 36. *«Querida Ane, sigo en la cárcel. Mi paciencia se agota y la de ellos también. No hay quien les haga entrar en razón. Siguen con la cantinela de que pertenezco a la resistencia y me piden que delate a compañeros que yo ni siquiera conozco. Dos días a la semana me sacan de la celda para llevarme a la sala de interrogatorios. Allí me golpean sin miramientos queriendo sacarme una confesión que no existe. Tengo el cuerpo lleno de cardenales y apenas puedo moverme. Las presas con las que comparto celda están cuidando de mí pero me temo que, como no les diga algo pronto, acabarán matándome. Aquí las noticias que nos llegan son escasas pero mantenemos la esperanza de que los nuestros ganaran la guerra. Te quiere, Marisa».*

—No imagino por todo lo que tuvo que pasar. Y yo pensando que se había olvidado de mí.

—*Amona*, no te culpes, tú no podías saberlo.

—Amaia tiene razón. Además, ambas sabían el peligro que corría Marisa —comentó Natalia.

—Sí, pero si hubiera sabido lo que estaba ocurriendo, habría ido en su busca.

—Entonces os hubieran encarcelado a las dos —sentenció Amaia.

Ane sabía que su nieta tenía razón, pero no podía dejar de sentirse culpable. Amaia cogió otra carta y buscó el consentimiento de su abuela antes de continuar.

—17 de febrero de 1937. *«Querida Ane, siguiendo el consejo de mis compañeras de celda, he decidido por fin confesar. He inventado todo lo que estos canallas quieren que les cuente y al*

parecer se lo han tragado. Una compañera me dijo que no mostrara ni la más mínima duda, que si yo me creía lo que les iba a contar, ellos también lo harían, y así fue. Gracias a la falsa confesión, he logrado que me dejen en paz. Taño me llevan a la sala de interrogatorios para molerme a palos. Supongo que es cuestión de tiempo que se enteren de mi mentira pero, mientras tanto, tengo la esperanza de salir de aquí algún día. A algunas ya las han llevado a juicio y han dictado su sentencia, pero a mí de momento no me han dicho nada. Cada día somos más mujeres y el espacio es muy reducido. Nos están racionando la comida y cada vez pasamos más hambre. No puedes imaginar cómo me acuerdo de tu mermelada. Lo que daría por una tostada untada de mermelada de moras. No sé si te llegan mis cartas, porque todavía no he recibido ninguna repuesta tuya, pero no pierdo la esperanza. Te quiere, Marisa».

Ane no podía dejar de pensar en los horrores que había sufrido Marisa.

—Esa maldita guerra destrozó tantas vidas... Tal vez, si se hubiera quedado escondida aquí, en el caserío...

—Tarde o temprano habrían dado con ella y las dos habríais caído en manos de esos canallas —apuntó Natalia.

—El coronel Díaz la habría descubierto y, por lo que me cuentas, una de sus obsesiones era acabar con todos los republicanos.

—Estáis en lo cierto, la habría encontrado de todas formas y lo más seguro es que nos habrían matado a las dos. Sobre todo después de haber acabado con la vida de aquellos dos militares.

Amaia cogió otra de las cartas y continuó leyendo.

—Esta es del 9 de noviembre del mismo año. «*Querida Ane, estoy viva porque la suerte así lo ha querido. Hace unos días, bombardearon la ciudad y una de las bombas fue aparar muy cerca de la cárcel. Era por la noche cuando escuchamos un gran estruendo. Todas nos tiramos al suelo intentando protegernos, pero las paredes y el techo se nos vinieron encima. Perdí la consciencia y, cuando desperté, la imagen era desoladora. Aluchas de las compañeras yacían en el suelo muertas. Otras se afanaban en ayudar a las pocas que habíamos sobrevivido. Me sangraban los oídos y no oía nada. Una mujer se acercó a mí y me ayudó a levantarme. Me hablaba pero yo no conseguía oírla. Cuando logramos abandonar los escombros de la cárcel, la imagen en el exterior no era mucho mejor. La mayoría de los edificios habían sido derribados y la gente corría por la calle despavorida. Todavía hoy, no sé cómo logramos llegar hasta la frontera. Tuvimos la gran suerte de que también allí reinaba el caos y pudimos colarnos sin problema. Las dos nos perdimos por el monte intentando alejarnos lo máximo posible de cualquier población. Vagamos durante días hasta que las fuerzas nos abandonaron y tuvimos que acercarnos a un pueblo, Urrugne. Era bastante pequeño y, en cuanto los vecinos nos vieron, nos acogieron ofreciéndonos su hospitalidad. Ahora te escribo desde el campo de refugiados de San Juan de Luz, adonde hemos sido trasladadas. Espero tener noticias tuyas pronto. Te quiere, Marisa».*

—Debió de ser un auténtico caos para que todas estas cartas nunca llegaran a su destino.

—Cuando los nacionales bombardearon Irún, mucha gente tuvo que escapar con lo puesto, y los campos de refugiados cerca de la frontera tampoco daban abasto.

Ane no dijo nada. Las escuchaba en silencio sin poder dejar de pensar en Marisa.

—15 de mayo del 58. «*Querida Ane, sigo en el campo de refugiados. La vida aquí no es fácil. Cada día llegan nuevas personas escapando de la guerra y el pueblo ya no da abasto. La*

comida escasea y es imposible combatir el frío. Dormimos a la intemperie, y tenemos como único techo la chapa de un frontón. Apenas podemos lavarnos y la suciedad empieza a ser un serio problema. Aquí también hay muchos niños y gracias a ellos he encontrado una ocupación. Cada día, durante unas horas, reúno a un pequeño grupo y les doy clase. No es fácil porque no tenemos ni libros ni cuadernos y lo hacemos todo oral, pero así consigo que ellos olviden por un rato dónde están. No hay un solo día en que no piense en ti. A menudo me pregunto si estarás bien allí sola, apartada del mundo. Sé que eres fuerte y que, pase lo que pase, conseguirás salir adelante. Te quiere, Marisa».

—Salió de un infierno para acabar en otro —dijo Ane con tristeza.

—Sí, pero también logró salir de allí —contestó Natalia.

—La siguiente carta es la que tú tienes, *amona*.

—Ya imagino cómo sigue la historia. No hace falta que sigas leyendo.

Amaia recogió las cartas y las agrupó en un montón. Vio que su abuela estaba muy triste, pero debía contarle lo de su visita a Francia.

—*Amona*, hay algo más.

—Sí, que el día de Nochebuena vendremos a recogerla pronto —la interrumpió Natalia, rogándole con la mirada que no siguiera con la conversación.

—Está bien, pero ahora mismo no tengo ganas de celebraciones.

—Será mejor que nos marchemos; si no, se nos va a hacer muy tarde —dijo Natalia, intuyendo que Ane quería quedarse a solas.

—¿Estás bien, *amona*? —preguntó Amaia preocupada.

—Sí, *maitia*. Marchaos ya, que Natalia tiene razón y se os hará de noche.

—Vale. Pasado mañana vendremos a buscarte. Agur, *amona* —se despidió, dándole un fuerte abrazo.

—Agur, *maitias*. Amaia, conduce con cuidado.

Abandonaron el caserío y, ya en el coche, Amaia le preguntó a Natalia por qué no le había dejado contarle nada a su abuela de su visita a Anglet.

—Ya estaba bastante afectada. Si se lo hubieras contado, se habría sentido más culpable todavía. Lo único que conseguiríamos es hacerle más daño.

—¡Pero tiene derecho a saberlo!

—Sí, claro que sí, pero pienso que hoy no era el momento. ¿No crees que con las cartas ya ha tenido suficiente?

—Tal vez tengas razón.

Ane seguía junto a la chimenea llorando en silencio y mirando las cartas que Amaia había dejado sobre la mesa. Decidió que debía terminar de leerlas aunque aquello le hiciera daño. Cuando acabó, se alegró de haberlo hecho. En todas ellas, Marisa le hablaba de su nueva vida en Francia, de que la escuela en la que limpiaba le habían ofrecido un puesto de maestra y, cómo no, en todas ellas siempre figuraba la misma promesa, la de volver a verse algún día.

25

¡Feliz Navidad!

Amaia trabajaba en su libro y Natalia perfeccionaba su tesis. Era 24 de diciembre y habían pasado toda la mañana en la cama. Comieron algo ligero y estaban terminando de arreglarse para ir a Beasáin a buscar a su abuela. Habían quedado a las nueve en casa de los padres de Amaia para cenar todos juntos.

—Como no termines, llegaremos tarde. Ya sabes que tenemos un buen rato hasta el caserío.

—¡Ya voy! —gritó Natalia desde el dormitorio. Cuando apareció en el salón, Amaia se quedó con la boca abierta—. ¿Qué tal estoy?

—Increíblemente *sexy*. Ese vestido te sienta muy bien —dijo mientras se acercaba a ella y la besaba cerca del oído.

—Tú también estás muy guapa.

—Gracias.

—Como sigas besándome el cuello, sí que vamos a llegar tarde —sonrió Natalia.

Amaia la agarró de la mano y tiró de ella hasta la puerta. Cuando la abrió, se encontraron frente a ellas a Marisa, que estaba a punto de llamar al timbre. Las dos la miraron con asombro sin saber bien qué decir.

—Debería haber avisado —dijo Marisa mientras hacía el amago de volver sobre sus pasos.

—¡No! —gritó Natalia a la vez que la sujetaba del brazo—. Has llegado en el mejor momento —dijo mostrando una gran sonrisa. La invitó a pasar y después se disculpó, pidiendo a Amaia que la acompañara hasta la cocina.

—Creo que deberías ir tú sola a buscar a tu abuela. Yo me quedaré aquí con Marisa. Si ha esperado todos estos años para verla, no creo que le importe esperar unas horas más.

—Y cuando mi *amona* pregunte por ti, ¿qué le digo?

—Que estoy terminando de arreglarme y que tenéis que pasaros por aquí para recogerme. Será una bonita sorpresa.

—Vale pero, por favor, no le hagas muchas preguntas. Ya parece bastante nerviosa.

—Descuida. Prepararé un café y mantendremos una charla distendida.

Amaia no se fue muy convencida pero, si quería sorprender a su abuela, aquella era la única forma de hacerlo. Se despidió de las dos y puso rumbo al caserío.

Cuando llegó, anunció su presencia como lo hacía siempre.

—¡Amona! Ya estoy aquí.

Ane salió de su dormitorio. Ya había terminado de arreglarse y la estaba esperando.

—¿Y Natalia? ¿Cómo es que vienes sola?

—No terminaba de decidirse con la ropa. Ha estado estudiando hasta tarde y se le ha echado la hora encima. Pasaremos a buscarla ahora cuando volvamos.

—Seguro que está nerviosa. Pero con lo simpática que es, no tiene que hacer ningún esfuerzo para impresionar. Esa chica vale su peso en oro.

—Gracias, *amona* —le dijo, dándole un cariñoso beso en la mejilla—. ¿Qué tal estás?

—Ahora mejor. Saber la verdad es doloroso, pero por fin sé lo que ocurrió. En todos estos años se me habían pasado tantas cosas por la cabeza...

—Lo siento mucho, *amona*.

—Tú no tienes la culpa. Si no hubiera sido por ti, no habría podido leer esas cartas. Ahora, por lo menos, además de los recuerdos tengo sus palabras —dijo Ane con tristeza.

Amaia tuvo que morderse la lengua para no desvelar nada sobre la sorpresa que la esperaba en su casa.

—¿Nos vamos?

—Sí, no hagamos esperar a tu madre, que ya sabes lo poco que le gusta la impuntualidad.

Ambas sonrieron y Amaia ayudó a su abuela a subir al coche. Durante el trayecto hablaron de la universidad y del libro que estaba escribiendo. Le contó cada una de las historias que le habían relatado algunas de las mujeres con las que había hablado. Su abuela se mostró contenta y supo que su nieta sería capaz de conseguir todo lo que se propusiera.

—Estoy muy orgullosa de ti, Amaia. Ya eres toda una mujer.

—Gracias, *amona*. Sabes que te quiero muchísimo.

—Y yo a ti también, *maitia*.

Llegaron al barrio de Gros y Amaia aparcó cerca del portal. Su abuela no hizo amago de salir del coche.

—Yo os espero aquí.

—No sé cuánto puede tardar Natalia. Se pone muy pesada y ha insistido en que subieras para ayudarla con el modelito. Dice que yo siempre le digo que todo le queda bien.

—Está bien, pero espero que haya ascensor y no me hagas subir un montón de escaleras.

—Sí, *amona*, no te preocupes —dijo Amaia mientras la ayudaba a salir del coche—. Así conoces el piso.

Subieron en el montacargas en silencio, y cuando llegaron al descansillo, Amaia sacó las llaves del bolso y abrió la puerta del cuarto B. Llevó a su abuela hasta el salón, donde Natalia y Marisa estaban sentadas tomando café.

—¡Marisa! —dijo Ane sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Habían pasado muchos años, pero la reconoció al instante.

—¡Ane!

Natalia se levantó y besó a Ane en la mejilla, aunque esta apenas notó su presencia.

—Supongo que tendréis muchas cosas de las que hablar —dijo Amaia mientras hacía señales a Natalia para que abandonara el salón junto a ella y dejarlas a solas.

—¿Sigues sin creer en los milagros? —le preguntó guiñándole el ojo.

Ane y Marisa seguían inmóviles, de pie, mirándose, sin percatarse de que Amaia y Natalia ya se habían marchado. Ane dio un paso al frente y las dos se fundieron en un cálido abrazo.

—¿Cómo es que estás aquí? —le preguntó mientras tomaban asiento.

—Tu nieta y su amiga estuvieron hace unas semanas en Francia. Fueron a visitarme y me dijeron que les habías contado nuestra historia. Insistieron en que viniera a verte pero en ese momento rechacé su invitación. Después lo pensé mejor.

—Y ahora estás aquí —dijo Ane acariciándole la mejilla—. Te esperé año tras año y ni una sola carta. Entonces llegó mi padre herido y al final accedí a aquella absurda boda. Lo siento mucho, Marisa. Incumplí mi promesa.

—Ojalá hubiera vuelto a por ti, pero al no responder a mis cartas, no estaba segura —dijo cogiéndola de la mano.

—Solo recibí una, la que iba acompañada de nuestras fotografías, y para entonces, yo ya era una mujer casada y estaba embarazada. Por eso jamás te respondí a aquella carta.

—Pues te escribí, muchas más. No dejé de hacerlo hasta que al final me di por vencida.

—Lo sé. Hace unos días mi nieta las encontró en una asociación republicana de Irún. ¿Sabes?, he leído cada una de ellas.

—¡Oh, Ane! Fue horrible, pero nada comparado con alejarme de ti.

—Yo nunca te olvidé. No puedo ni imaginar todo lo que debiste sufrir.

—Pensar en ti me daba las fuerzas que necesitaba para seguir adelante.

—Fuiste más valiente que yo.

—No digas eso.

—Es la verdad. Debí haberme marchado contigo.

—Yo jamás lo habría permitido. No tenía ningún derecho a hacerte pasar por todo aquello.

—No ha habido un solo día en que no haya pensado en ti. Hasta le conté a mi marido la verdad y le dije que seguía queriéndote.

—¡Ane! Yo tampoco he podido olvidarte.

—Te quiero, Marisa.

—Yo también te quiero —dijo mientras sus labios sellaban un beso que llevaba aguardando más de cuarenta años.

GLOSARIO

Agur: adiós

Aita: padre

Aitatxo: papá

Amona: abuela

Asko maite zaitut: te quiero mucho

Bai: sí

Bilbo: Bilbao

Bonjour, que désirez-vous?: buenos días, ¿qué desean?

Bonjour: buenos días

Bonsoir: buenas tardes

Donostia: San Sebastián

Eguzki: sol

Eguzkilo: Flor del Sol

Emakumes: mujeres

Eskerrik asko: muchas gracias

Gixajo: pobrecillo

Ilargi: luna

Kaixo: hola

Lagun: amigo

Laztana: cariño

Maitia: cariño

Mamie: cuajada

Mari: diosa vasca

Marmitako: guiso de bonito con patatas (plato típico vasco)

Neskatxa: muchacha

Porrusalda: caldo de puerros

Txiki: pequeña.



SONIA LASA (Beasáin, 1979) Vasca de nacimiento y andaluza de adopción. Estudió Periodismo y ha trabajado en varios medios. Su primera novela «*Una receta inesperada*» fue autopublicada (2016). «*No me olvides*» (Egales, 2017) es su segunda novela.